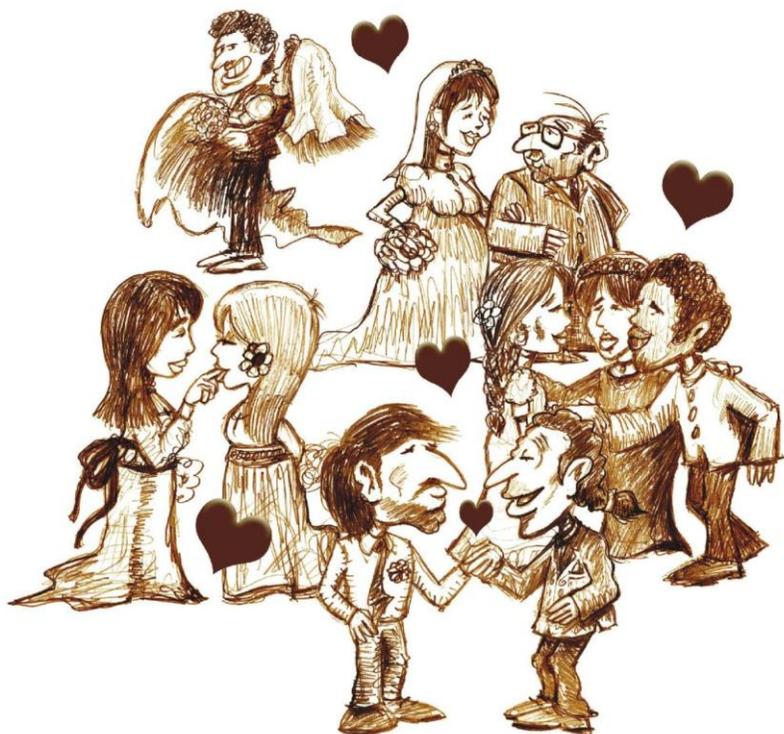


Bodas diversas y amores Queer

Coral Herrera Gómez



Haika



ediciones

BODAS DIVERSAS Y AMORES QUEER

*Bodas por papeles, bodas lésbicas, bodas
disney, bodas performances, bodas gays,
bodas okupas, bodas tropicales, bodas
cristianas, bodas infernales, bodas por amor,
bodas de cuento*

Coral Herrera Gómez

Haika



Autora: Coral Herrera Gómez

Edición: Jorge Morales Carbonell

Portada y diseño gráfico: Jorge Morales Carbonell

Colaboración en labores de edición: Sandra Bosch Olías,
Oswaldo García Crespo.

Editorial: Haika Ediciones

Colección: Serie Queer

ISBN-13: 978-1492768081

ISBN-10: 1492768081

Fecha de publicación: Septiembre 2013

Blog de la Autora: <http://www.haikita.blogspot.com>

*A Jorge,
mi compañero de viaje*

"Algunos matrimonios acaban bien, otros duran toda la vida".
Woody Allen

*"En la antigüedad, los sacrificios se hacían ante el altar.
Actualmente, esa costumbre perdura".*
Helen Rowland

*"Es curioso este juego del matrimonio. La mujer tiene siempre
las mejores cartas y siempre pierde la partida".*
Oscar Wilde

*"El matrimonio es una gran institución.
Por supuesto, si te gusta vivir en una institución".*
Groucho Marx

*"Cásate con un arqueólogo. Cuanto más vieja seas,
más atractiva te encontrará".*
Agatha Christie

*"El amor es una cosa ideal; el matrimonio, una cosa real; la
confusión de lo real con lo ideal jamás queda impune".*
Johann W. Goethe

*"No quiso la lengua castellana que de casado a cansado
hubiese más de una letra de diferencia".*
Lope de Vega

INTRODUCCIÓN	9
BODAS DIVERSAS	16
Lloro en las bodas	
El lado oscuro de las bodas románticas	
El mundo de los baños en las bodas	
Del <i>qué dirán</i> a la bacanal	
Lo nuestro es puro teatro...	
El mito del matrimonio por amor	
El mito del divorcio por desamor	
Lo romántico es político	
Las bodas reales y las bodas por amor	
El matrimonio igualitario y los amores diversos	
... Y AMORES QUEER	
CAPÍTULO I Mis bodas románticas	47
Mi boda legal en Costa Rica	
Mi boda romántica y otras utopías tropicales	
CAPÍTULO II Performances nupciales	68
Bodas mágicas y bodas fallidas	
Mi boda performance en Madrid	
Mi boda con la Ciencia en Getafe	
Mi boda de mujeres en Tánger	
CAPÍTULO III Las bodas alternativas y los amores queer	88
Sonsy y Moha: boda multicultural por los derechos	

humanos
La boda más cristiana del mundo

Juan y Jimmy
Helen e Isabel

EPÍLOGO Y vivieron felices, y comieron perdices 100

Los cuentos que nos cuentan
El patriarcado en nuestras venas
Por qué es tan difícil quererse
Propuesta subjetiva de transformación del amor y
las Bodas

ANEXO: EL DERECHO UNIVERSAL AL AMOR 118

Introducción

Me casé por amor. Y escribo este libro porque me encantan las bodas.

Aquí les cuento sobre las bodas que he creado, las bodas que he protagonizado y algunas bodas que he vivido de gente muy querida. Me apetecía dejar la teoría y sumergirme en la realidad, fuente inagotable de narrativas de todo tipo, a menudo más complejas, coloridas y diversas que las de ficción. Mientras les entretengo con historias de amor, haremos un análisis crítico de los ritos nupciales de nuestra cultura y también obtendremos herramientas para poder analizar nuestras propias bodas en clave de humor, y con enfoque de género.

Este es mi primer libro escrito desde una perspectiva queer, con afán crítico y con mucho humor. Con mucho amor, también.

Lo escribí con el afán de contribuir a la *despatriarcalización* del amor romántico y a la construcción de relaciones más sanas, igualitarias y libres; y para tratar de entender por qué nos casamos y nos divorciamos tanto, por qué el matrimonio se considera el día más importante en la vida de una mujer, por qué todos los relatos acaban en boda, por qué solo unos pocos pueden casarse, y por qué dedicamos tanto tiempo y energía a encontrar a nuestra media naranja.

Pienso que es fundamental que aprendamos a querernos más allá de las etiquetas que nos separan, que logremos crear redes de afecto y de ayuda mutua más allá de la pareja, que luchemos unidos por el derecho a amar de todo ser humano (sea cual sea su identidad de género o su orientación sexual), que aprendamos a tejer redes de solidaridad para poder trabajar unidos por el bien común.

Además, creo que es fundamental contribuir a este trabajo de desmitificación y de nuevas construcciones desde la cultura: es necesario contarnos otros cuentos, visibilizar otras historias amorosas, dar espacio a héroes y heroínas de carne y hueso, crear tramas narrativas más diversas y coloridas.

Y por eso he escrito este libro. *Bodas diversas y amores queer* está confeccionado con diversas historias de vida, incluida un trocito de la mía propia. En él encontraréis anécdotas y relatos de celebraciones de amores diversos, muchas preguntas, alguna idea para vuestra propia boda y reivindicaciones variadas.

Es el libro más personal que he escrito porque habitualmente me escondo detrás de la teoría y de autoras y autores de prestigio para poder opinar sobre un tema que hasta ahora no ha tenido mucho espacio en el mundo académico.

Nos casamos y nos divorciamos todos los días, y yo no puedo seguir hablando del tema como si no fuese una humana que se enamora perdidamente. Caigo bajo los influjos de los mitos románticos como cualquier otra, y es importante para mí hablar y escribir de ello porque lo romántico es político y porque estoy trabajando desde hace años –como mucha otra gente– en resolver la contradicción entre el enfoque feminista queer y las emociones patriarcales que me habitan.

Ésta es la primera obra en la que mezclo teoría y praxis, intelecto y sentimientos, cultura y política, porque no los vivo ya como realidades opuestas, según la lógica del pensamiento binario patriarcal. Escribo desde donde soy, desde mis propias experiencias, desde mi contexto de *mujer blanca treintañera emigrante juvenil*, sin pretensiones de objetividad o neutralidad.

Manejo el lenguaje académico y el de la calle por igual, y quizás lo noten ustedes mientras leen: ambas jergas se complementan, no son contradictorias, flotan en el magma de jergas que me habitan sin jerarquías (el *pachuquismo* tico, el madrileñismo barriobajero, la finura académica, la jerga periodística y *bloguera*, la jerga del mundo del cine y el teatro...).

Quería también contarles que las doctoras feministas que critican el romanticismo patriarcal también se enamoran, disfrutan del amor, sufren lo indecible, se ilusionan y se decepcionan, e incluso se casan. Como todo el mundo.

Mis bodas románticas en Costa Rica

En este capítulo les cuento mis dos bodas, que fueron un poco surrealistas, pero muy románticas. Se me ocurrió pedirle a mi compañero matrimonio cuando estudié a fondo las posibilidades de obtener los papeles de residencia. Yo quería dejar de ser una inmigrante ilegal y aquella tarde se lo propuse a Jorge muy solemne y algo nerviosa. Él se echó a reír y me dijo que no. Que sólo se casaría conmigo por amor, que él estaba muy de acuerdo en que los inmigrantes tengan derecho a trabajar, pero que sólo aceptaba propuestas amorosas. Así que preparé una cena romántica con todo mi cariño mientras pensaba, qué diría mi gente de las redes si me vieran aquí derretida pidiéndole a mi compañero que se comprometiera conmigo románticamente bajo unas cláusulas totalmente patriarcales (y eso que aún no había leído la ley del matrimonio en Costa Rica).

Y después de cenar rico a la luz de las velas, me acordé de no poner la cara de imbécil de las princesas Disney y traté también de no ponerme punki-sarcástica, para poder crear una atmósfera romántica creíble. Respiré hondo como antes de salir al escenario, se me disparó la adrenalina, me conecté con el amor que siento por mi compa, le sonreí seductoramente y le pregunté toda simpática si quería casarse conmigo. Él me sonrió cual *latin lover* y para martirizarme –pues me estaba costando horrores–, me dijo que no me veía muy sincera y que seguro que podía darle más sabor.

-Yo sé que vos sos más tierna, probá a ver cómo lo mejoras -me dijo- como si estuvieras encima del escenario. Convénceme como tú sabes, mi amor.

Volví a respirar hondo y me conecté con el cuerpo unos segundos, a ver dónde me llevaba y cómo podría utilizarlo para rendir las resistencias teatrales de mi *latin lover*. Me arrodillé cual caballero medieval frente a la dama, me sentí todo tierno y sincero, y mirándole a los ojos le pregunté si quería casarse conmigo. Me dijo que sí. Lo celebramos entre risas y copas de vino, y después se lo pregunté varias veces más desde lo más profundo de mi corazón, ya sin máscaras ni performances queer.

Disfrutamos mucho analizando todo el proceso desde un enfoque antropológico-queer. Nos pusimos cursis, nos reímos, nos emocionamos como tontos, y hasta lo pasamos un poco mal, como en casi todas las bodas.

En la segunda boda nos casó una sacerdotisa del amor en medio de la naturaleza, todos y todas dispuestas en un círculo bañado en poesía que culminó con un abrazo colectivo mientras caía la niebla sobre nosotros.

Un mes antes formalizamos papeles con un amigo abogado, a quien apodaban *Papillón* en el colegio. Nos casó en la mesa de ping-pong de casa, donde representamos un improvisado combate entre la normatividad del matrimonio y la libertad del quererse. Fue una boda multicultural muy divertida en la que no dejamos que la ley se impusiera sobre nosotros: salimos victoriosos de aquella ceremonia.

Papillón nos dijo que jamás había estado en una boda igual y que nunca había casado a una novia descalza. Siempre hay una primera vez para todo, le dijimos, con un enorme sentimiento de gratitud por lo mucho que nos reímos durante el rito. Creo que es la boda en la que más me he reído en mi vida, la boda más teatral en la que he estado.

Después de estas dos bodas soy una firme partidaria de celebrar más y mejor: no tenemos por qué limitarnos a casarnos una o dos veces en la vida. Creo que habría que estar celebrando siempre: las uniones por amor o por amistad, en pareja o en grupo, oficiales o ilegales, de verdad y de mentira, cuando se quiera, con los medios que se tengan.

El lema que nos mueve a Jorge y a mí es poder celebrar mucho, homenajear al amor con la gente querida y disfrutar del presente a muerte. Hasta que la vida nos separe.

Las bodas performance

Me encanta analizar cómo nos creemos los cuentos que nos contamos, pero también me gusta representarlos, porque tengo metida en vena una sobredosis de teatro.

Si uno mi pasión por los escenarios con mi mirada antropológica me salen cócteles de realidad y ficción muy ricos.

Por eso me gustan tanto las bodas, tanto verlas como hacerlas.

Les voy a contar dos bodas que surgieron de la magia de la nada: una fue en Lavapiés y la otra en Tánger.

La primera surgió de la nada, una aburrida tarde de domingo en la que encontré unas cartas en una maleta de cuero que estaba en una casa abandonada. La historia trascendió la dimensión epistolar y creció como escena dramática, se convirtió en una boda performance callejera, y terminó siendo un trabajo de doctorado un poco loco por el que obtuve una matrícula de honor. Estuve toda la tarde sumergida en los años cincuenta del siglo XX leyendo las cartas de Agustina. Me puse su vestido de novia y salí a la calle convertida en una mujer del barrio, pero de otra época. A la gente le hizo gracia la idea, se unieron muchos a la performance y acabamos celebrando su boda con su compañero Esteban en la calle. Fue una forma de conectar dos siglos sin salir del barrio, aunque mi profesor nunca creyó que saliese realmente a la calle vestida de novia y acabase celebrándolo en Argumosa con mi gente. Me felicitó, eso sí, por mi poderosa imaginación y el poder de mi pluma.

La segunda fue una boda de mujeres marroquíes y españolas. Fue una boda de verdad y de mentira, con sus preparaciones previas, su rito de unión, sus juegos, canciones y risas, su tayín de cordero, té verde y muchos pasteles árabes. Yo fui la novia, Sinebb se travistió de novio y pasó a llamarse Rachid, a mí me pareció todo super queer. Abdulá padre no quiso casarnos porque dijo que era una boda de lesbianas, pero Aicha madre si reconoció a Rachid e hizo de chamana, mis amigas de madrinas, y bailamos toda la noche para celebrar la vida y el amor. Fue una boda especial porque yo sentí que celebramos la hermandad de las mujeres. Con las risas, la música, las caricias, los besos, las bromas de nuestro espacio de mujeres... cayeron todas las fronteras que nos separan. La diferencia de idioma, religión, clase social, color de piel, nacionalidad... dejó de notarse con el baile y por las bromas que nos hacíamos.

Ésta unión que derriba etiquetas y diferencias es, para mí, la verdadera magia del amor.

Las bodas alternativas y los amores queer

En el tercer capítulo hablaré de otras bodas alternativas al modelo tradicional. Estuve en bodas de católicos de base que no implicaron apenas gasto monetario pero sí mucha creatividad; en una boda lésbica íntima e improvisada al calor de un fuego, un cocido madrileño y un vino tembleño; y en la boda de mi marido gay con su marido real, que yo sentí histórica porque fue el primer matrimonio igualitario al que asistí desde que lo aprobaron en España.

Les contaré la mejor boda en la que he estado en mi vida: la de mis amigos Sonsy y Moha... un acto de desobediencia civil para otorgar plenos derechos de ciudadanía a un inmigrante marroquí. Fue una boda divertidísima y emocionante, y súper teatrera.

Convertimos un mero trámite en una performance colectiva y una fiesta multicultural que no olvidaremos ninguno de los que participamos en ella.

Fue, quizás, una de las mejores celebraciones de la vida y del amor que hicimos en los años que vivimos todos juntos en Lavapiés, en el corazón de Madrid.

Y vivieron felices, y comieron perdices...

En el epílogo hablaremos de los cuentos que nos cuentan, del patriarcado que habita en nuestras emociones y nuestros sueños, de las contradicciones que nos poseen, de las opresiones que nos limitan. Al final lanzo unas propuestas en torno a cómo podríamos trabajar para mejorar nuestras formas de relacionarnos y para crear sociedades más pacíficas e igualitarias, desde el convencimiento de que otras utopías románticas son posibles.

BODAS DIVERSAS

Lloro en las bodas

Me puse a escribir este libro animada a desvelar mi secreto más inconfesable: lloro en las bodas. Yo, que presumo de ser muy queer, lloro en las bodas. Disfruto deconstruyendo utopías posmodernas, destripando los estereotipos, cuestionando roles, destrozando ritos, y lloro en las bodas.

Lloro en las bodas tradicionales y en las bodas alternativas. En las bodas de verdad y en las de mentira. En las de las películas y en las de las novelas.

Me gustan las bodas desde pequeña, más las que presencio en vivo que las que veo en pantallas. Me fascinan los rituales humanos y animales desde antes de tener uso de razón, y me encanta asistir a eventos sociales y ritos diversos, como las bodas, los entierros, los bautizos, las bienvenidas al mundo, las graduaciones o las mudanzas.

Lo que más me alucina de estos ritos es ver cómo los humanos nos adaptamos (vestuario, tono de voz, gestos, expresiones, comportamiento) al momento social que estemos viviendo: funerales, comuniones, divorcios, firmas de hipoteca, cenas de empresa, ritos espirituales, repartos de premios o condecoraciones, manifestaciones políticas...

En estos rituales todos hacemos lo mismo y evitamos las mismas cosas, según el contexto en el que nos halleemos. A los niños y niñas se les enseña a comportarse en cada rito según sus normas no escritas. Por eso no nos reprimen las manifestaciones de alegría en los bautizos ni en las bodas, pero sí en un funeral, en la jura de bandera de los soldados o en la toma de posesión de un cargo político.

Por debajo del protocolo se puede escuchar el sonido de los corazones palpitantes de los participantes: me pongo las gafas violetas de maga antropóloga y con ellas soy capaz de leer los cuerpos y ver cosas que los adultos intentamos disimular. Por ejemplo, el dolor que se oculta en la rígida sonrisa de la madre de la novia, la mirada de complicidad entre dos hermanas que se hablan sin pronunciar palabra o las tensiones familiares que se perciben en algunos comentarios lanzados al vuelo.

Y es que las bodas son ritos sociales en los que sentimos muchas cosas, y cada uno tiene su maleta de herramientas para expresar lo que sentimos o para gestionar emociones fuertes.

Otros ritos en los que es posible ver a los humanos expresarse es cuando el cumpleaños sopla todas las velas de la tarta y los demás aplaudimos, sonreímos, nos besamos y hacemos bromas. O cuando la jueza se dispone a dictar sentencia y contenemos la respiración, o cuando gritamos "ole" al final de una actuación musical o de baile magistral, o cuando escuchamos el suspiro de alivio del público al comprobar que el voluntario no fue cortado en dos cuando el mago abre la caja (y respiramos aliviados al verlo enterito y aplaudimos agradecidos por la ilusión), o cuando el cura hace la señal de la santa cruz para finalizar un bautizo.

Los personajes que participamos en los ritos estamos generalmente llenos de nervios y emociones: los recién casados, los padrinos del bebé bautizado, la familia en el entierro, el niño que va a recibir la primera comunión, la niña que celebra su fiesta de los quince años, el poeta que recoge el premio literario, la joven que se gradúa en la universidad, el alcalde en su primer nombramiento, la violinista que saluda al auditorio en pie... todos contenemos la emoción de una manera solemne y grave.

Unos disfrutan mucho siendo los protagonistas absolutos de nuestro universo y otros sufren de lo lindo. Y es que hay que ser muy generosa para ser protagonista de cualquier evento. Cuando te toca exponerte en público tienes que abrirte en cuerpo y alma a la gente que está allí congregada para verte o para acompañarte.

Hay que ser grande para saber recibir aplausos... tan grande como Rocío Jurado dando las gracias a su amado público. No he conocido a nadie tan expresivo como ella recibiendo el amor del público a manos llenas. Su grandiosa sonrisa siempre provocaba más aplausos, su cuerpo se abría al extender sus brazos en cruz, iluminando el mundo con el brillo de sus ojos mirando a su público.

El lado oscuro de las bodas románticas

En las bodas me dedico a observar a la gente, y lo que sucede entre los bancos de las iglesias o de los juzgados, los asientos desde los que se escuchan los discursos, las mesas desde las que se mira a los novios y los *no lugares* donde pasan cosas increíbles. Por ejemplo, los baños en las bodas son fantásticos.

El lado luminoso de la vida es la foto de los novios puesta en el salón de la casa y el lado oscuro sería la esposa esperando a su marido que llega tarde al hogar porque ha tenido la fatalidad de perder la cartera en el puticlub.

Gracias al lado oscuro de la realidad podemos hacer muchas películas, novelas, canciones y manuales de auto ayuda. El lado oscuro sería lo anormal, lo incierto, el pecado, la noche, la locura. Es ese lugar del subconsciente donde se cuecen las tramas de la vida, o ese margen del espacio social habitado por los excluidos del sistema, o ese nido de pesadillas, recuerdos del pasado, traumas heredados, miedos soterrados, rencores acumulados. El lado oscuro está formado por los secretos más inconfesables de la gente, por eso los adultos hacemos como si no supiéramos, o tratamos de disimular para que los demás no sepan, o compartimos silencios que pesan porque llevan toda la carga de lo que no se habla.

Las ausencias, por ejemplo, estallan en nuestro rostro en cuanto alguien las nombra: "¿Cómo es que no ha venido el novio de tu padre?", "¿por qué se habrá ido tan pronto y sin despedirse tu prima Manoli?", "Carolina de Mónaco asistió sola a la misa de la boda de los Príncipes de Asturias. Su marido estaba en el hotel con una tremenda resaca".

También las presencias despiertan todo tipo de comentarios en los que es fácil monitorear cómo funciona el *qué dirán*, eso que tanto preocupa a la gente.

El *qué dirán* está basado en chismorreos malévolos de corte erótico-beato, racista, sexista, patriarcal o clasista. Por ejemplo: "El novio de Rosi es extranjero", "Mira tu tío Rodrigo, ese ha venido con su amante porque se está divorciando", "Mira la Mari, está embarazada, ay cómo se le nota", "oyes qué guapo el novio de tu tía Sole, ¿no?", "¿Y dime, qué hace aquí Josito, no se le había desterrado de la familia para siempre?".

El qué dirán se practica sobre todo al inicio de las bodas. Al saludarnos obtenemos y damos información para saber de los *pecados* y los problemas ajenos, y para tratar de aparentar lo que nos apetecería ser delante de los demás.

Este lado oscuro de las bodas es como el de la realidad y está formado por transgresiones variadas de cada cual, miedos acumulados, mentiras sostenidas en el tiempo, rencores ancestrales irresolubles... El lado oscuro de las bodas se lee en los rostros que disimulan y en comentarios lanzados al vuelo. En indirectas demasiado directas. Y en preguntas incómodas con respuestas evasivas. En los cruces de miradas entre los comensales. En encuentros casuales para fumar afuera. Y en accidentes misteriosos. En los encuentros sexuales durante y después de la fiesta nupcial. Y en las confesiones de las borracheras nocturnas, que es cuando caen todas las barreras y los primos que llevan siglos sin hablarse bailan juntos una *lambada*.

El lado oscuro de las ceremonias nupciales se visibiliza en mayor medida cuando los adultos han saciado su apetito y su sed, y comienzan a interactuar y a bailar. El inicio del baile suele ser el momento más delicado. Está a punto de estallar la cosa pero hay que romper el hielo. Cuando por fin sacas a alguien a bailar o alguien te saca, ceden las palabras a otro mundo más corporal en el que no te puedes defender con discursos. En este mundo lo que digas da igual, porque no se oye y porque se liberan los cuerpos que quieren disfrutar moviéndose al compás de la música y quieren relacionarse con otros cuerpos. Tocarse, rozarse, olerse, componer coreografías improvisadas, seguir el compás de los corazones.

El lado oscuro de las bodas está por los pasillos, los ángulos muertos, los aparcamientos, pero fundamentalmente, lo percibimos con claridad en los baños, esos lugares que albergan universos paralelos al universo hegemónico del salón nupcial.

El mundo de los baños en las bodas

En los baños no solo puedes evacuar tus necesidades, sino asistir a la evacuación o el desparrame de las necesidades ajenas.

Es mi espacio favorito porque te enteras de muchas cosas de las que no se habla en la mesa, como las peleas y pasiones de la familia (la propia y la ajena).

Además, a veces te toca resolver situaciones extrañas como, por ejemplo, que se acerque una tía abuela que lleva doscientos años sin hablarse con tu abuela porque se acostó con tu abuelo en sus años mozos. Tú apenas la conoces y no sabes si saludar o no, si hablar como si no pasara nada o si ser educada y saciar su curiosidad contándole un poco tu vida, porque al fin y al cabo, piensas: ¡qué carajo te importa a ti lo que pasó hace sesenta años y qué buena gente parece esta mujer!

Y oye, que es tu tía abuela, al fin y al cabo. Y te acabas enamorando de su fugaz romance con tu abuelo...

El aparcamiento es otro lugar en el que suceden cosas. En la rigidez de la mañana se escuchan todas las cosas no dichas a través de conversaciones intrascendentes sobre el clima o el paso de los años.

En la bacanal de la noche, en cambio, he podido oír y ver de todo en los baños y en los aparcamientos: amargas acusaciones, fuertes abrazos, llantos disimulados, confesiones a la luz de la luna, carcajadas gozosas, gemidos de placer, arcadas vomitivas y estruendosos gases de diarreas etílicas.

Nada me entretiene más que moverme entre el salón de baile y estos espacios periféricos, porque me permiten transitar entre el lado luminoso y el lado oscuro de las bodas, entre las apariencias del principio y los desparrames del final.

Del qué dirán a la bacanal

La boda es el evento social más teatral y más elegante. Una de las cosas que más me chocan es que casi todos nos vestimos como si fuéramos de clase alta (o lo que la gente humilde puede creer que es vestir como la clase alta). Nos disfrazamos por un día con elegantes y brillantes telas, nos enjoyamos, calzamos zapatos incómodos, lucimos escote, nos maquillamos como si fuéramos actrices a punto de salir al escenario.

Las mujeres escogemos vestidos de noche, texturas de raso y terciopelo, vestidos de princesa. Los hombres visten corbata y algunos lucen frac o chaqué. Los coches elegidos para transportar a los novios suelen ser de una marca famosa y carísima, y todo el mundo derrocha en complementos. Los peinados son también de lujo: se alisan y se rizan pelos, se engarzan en un espectacular moño, se recogen y se sueltan, se tiñen y se cortan, se ponen extensiones.

Las mujeres lucimos un maquillaje perfecto que luego irá evaporándose y difuminándose. Algunas acabaremos con el rímel corrido por toda la cara, con los ojos rojos, las ojeras marcadas, las arrugas visibles. Otras se irán perfectas de allí gracias a los retoques permanentes en el baño, pero suelen ser muy pocas.

La llegada a la boda se parece mucho a la alfombra roja de los famosos. Cuando nos toca a nosotros, tratamos de llegar espectaculares o bien rezamos para que nos trague la tierra. Después nos dedicamos a analizar y comentar con los más cercanos la llegada de los demás: "qué joven se conserva la Juani, qué gorda está la Puri, qué hortera es Teodoro, qué radiante y bella está la Paqui, qué estropeado está Manolito"...

Los reencuentros de familiares que se han peleado a muerte o que se han distanciado por diversos motivos son tesoros antropológicos para mí. En las bodas suelen suceder dos cosas: o estalla la alegría del reencuentro entre la gente, o se tensa el aire y se huele el malestar a kilómetros. Las bodas son como grandes ollas de comida en la que se cuecen diversas e intensas emociones como la euforia extrema, la alegría desbordante o las catarsis familiares. En ellas nos emocionamos todos a cara descubierta: es el día ideal para llorar, reír, saltar de alegría, pelearse o derrumbarse de pena.

El alcohol ayuda mucho a potenciar los estados emocionales extraordinarios. No he estado en ninguna boda donde no se consuma en grandísimas cantidades. Mis borracheras más épicas, de hecho, han sido en las bodas. La mezcla brutal de cervezas, vinos, sorbetes, champagne, licores de hierbas, café, refrescos azucarados, rones y whiskies, gin tonics... y lo que quede a última hora, incluido el agua de los floreros, nos transporta a mundos de ebriedad en los que la vida se hace más intensa.

El trago desata las lenguas y estalla los corazones reprimidos durante años. Cuando sube el nivel de alegría, hay gente que se besa apasionadamente, gente que se pelea, otros se reconcilian felizmente. Unos se tensan toda la boda, otros lloran en los baños, otros acaban bailando el trenecito al son de las cumbias... y atrás quedan los inicios del rito, en los que todos llegamos luciendo nuestra digna máscara social a la puerta del Ayuntamiento o de la Iglesia, muy bien olientes y muy bien vestidos y peinados.

Pero luego perdemos alegre, o salvajemente, la compostura. En la bacanal la gente baila al unísono *La Macarena*, los abuelos fuman, los niños gritan enloquecidos, la gente se manosea en los rincones oscuros, la tía abuela se echa unos bailes en el centro de la pista desatada y eufórica, los adolescentes y los nostálgicos se fuman un porrito en el aparcamiento, los adultos roban botellas, hacen confesiones, hacen el amor, se embriagan y bailan hasta el éxtasis.

A mí me da que en las bodas tradicionales heteropatriarcales ésta rigidez del principio (y su consiguiente *despiporre* final) es más intensa que en las bodas ficticias o en las bodas alternativas. Probablemente se debe a que cuanto mayor es la solemnidad de la etiqueta, más necesita la gente liberarse.

Lo nuestro es puro teatro...

Decía yo que las bodas son muy teatrales, y quería contarles que yo amo el teatro desde lo más hondo de mi ser. He pasado muchos años en la parte luminosa que se desarrolla bajo los focos, y en la parte oscura de las bambalinas, esos túneles en los que se cuecen las verdaderas emociones. Esas que tan generosamente mostramos encima del escenario y que en la vida real tratamos de ocultar fervorosamente.

Esos túneles, como ya digo, son canales por los que transitamos de un estado (ficcional) a otro (real), y en el cambio de máscara estamos ahí, desnudos y desnudas. No se crean que en los grupos de teatro todo el mundo se desfasa y andamos *en pelotas* por los camerinos; que a veces sí, pero yo hablo de la desnudez de las almas que trabajan personajes.

El día del estreno dejamos de ser nosotros y en el escenario aparecen personajes con sus propios motivos, con sus traumas y sus deseos, con sus miedos y sus conflictos.

Antes y después de crear esta magia narrativa, lo que hacemos es transitar de un estado a otro, vagamos por túneles entre la realidad y la ficción. Esto nos sitúa en cierto nivel de vulnerabilidad, porque estar con la gente de teatro en esos túneles supone asumir que te vean llorar, gritar salvajemente, sufrir y divertirse, que te sientan eufórica o bajoneada. Los compañeros te ven todo: el ego y la autoestima, y las máscaras que te pones para que no se vea todo lo anterior.

Me hice adicta al teatro por las atmósferas emocionales que creamos al convertir las palabras en realidades. En las bodas es lo mismo: por mucho que nos pongamos lujosas o bellas máscaras y construyamos muros de contención, al final todo se ve, se palpa, se adivina, se deja entrever, se expone con libertad o explota en nuestras narices. Por eso me siento en ellas como una antropóloga de otro planeta estudiando a los humanos. Lo mismo en los entierros, pero ese es otro libro que me encantaría escribir después de éste.

Entonces, volvamos al estado mágico que nos lleva de la luz a la oscuridad en el teatro, de la máscara a la desnudez en las bodas.

A medida que comemos y bebemos se van relajando las rigideces de los rostros, de las corbatas, de las sonrisas de plástico fino, de las fajas que oprimen, de los tacones que hieren y limitan la libertad de movimientos. Caen los sujetadores y los gemelos, a veces se desprenden los zapatos, los pendientes o las horquillas que sujetaron otrora elegantes peinados. Y todo es gracias a la alegría colectiva y contagiosa de la gente, que deja las palabras para comunicarse con el cuerpo al son de la música bailonga.

Cuando disfruto de veras es cuando llega el momento en el que sube el alcohol, caen las máscaras y la gente se desnuda.

Entonces se te acerca la chica que lleva toda la noche marcándote con la mirada, o el primo segundo que está harto de aguantar un secreto que le atormenta, o la tía que quiere hablar contigo y lo primero que te pregunta es cuándo te vas a echar novio definitivo de una vez por todas.

Mientras unos bailan acercándose a gente que hace mucho que no se acercaban, o se ensimisman deleitados con sus parejas de baile, los niños corretean con el subidón de azúcar que tienen y la lán parda.

Yo me fijo en los que se apartan: siempre hay alguna persona que se sienta y se dedica a observar en la distancia. A veces es gente que está descansando los pies, sin más; te acercas y te hablan con nostalgia de su boda, de lo rápido que se pasa la vida, de lo felices que van a ser los recién casados, de las decepciones que ha sufrido en su vida o de los sueños por los que lucha a diario.

Si te acercas con ternura, te cuentan toda su vida. Mientras se desarrolla la escena, ella o él te hablan de otros y de otras que bailan en la pista. O de gente que no llegó a la boda y debería haber llegado. O de otras bodas y otra gente. Es el único momento en que siento que merece la pena relacionarse: cuando se abre el corazón y ceden los miedos.

Cuando ya no hay resistencia, cuando alguien se te entrega y se desnuda delante de ti, contándote miserias y hazañas en exclusiva, me siento como si asistiera a un magistral monólogo que sabes que sería aplaudido en cualquier gran teatro del mundo, porque está hecho desde el corazón inflamado de emociones y vapores etílicos.

Estos *monólogos de amateurs* son los mejores momentos de mi vida, porque siento una profunda conexión con la persona que me habla. Me meto en otros mundos en los que no soy yo, empatizo al máximo, me pongo en su lugar, sufro, me encandilo con las historias de vida de la gente.

Cuando tengo el lujo de escuchar estas historias de vida, pienso en lo complicada y larga que es, en las decisiones valientes que tomamos, en los errores que cometemos, en los aprendizajes dolorosos, en la escasez de herramientas que tenemos para afrontar la vida. O en lo maravillosamente bien que la gente ha sabido luchar contra todos los obstáculos, los externos y los propios. Y también me da por pensar en la de cosas que una no sabe y no sabrá nunca de los demás.

El mundo está lleno de secretos y los poetas, las cineastas, los novelistas, las actrices y músicos, se nutren de ellos para crear. Me da rabia pensar en todo lo que no sé, pero a veces me lo invento imaginando escenarios posibles.

Y me consuelo pensando que los secretos existen para contarlos y que constituyen una especie de realidad subterránea que al final siempre sale a la luz de manera clandestina. Aunque sea treinta o cincuenta años después, como los documentos secretos de la CIA o el Vaticano.

El mito del matrimonio por amor

Cuando el rito nupcial se une con el mito del amor romántico, surge el mito del matrimonio por amor. Pero este mito es relativamente nuevo en nuestra cultura amorosa. Durante muchos siglos la Iglesia católica estuvo intentando que la gente pasara por la vicaría para que su unión fuese bendecida y, por tanto, legitimada. Pero no había forma.

En el siglo XII se inauguró el sacramento del matrimonio, pero los únicos que se casaban como Dios manda eran los nobles. El matrimonio era una cuestión de transmisión patrimonial y de estrategia geopolítica para crear naciones más grandes y poderosas. El amor iba por otro lado.

Las campesinas y los campesinos europeos vivían en lo que la iglesia denominaba "concupinato": uniones de gente que se separaba cuando ya no quería estar junta o que permanecía unida toda la vida sin firmar ningún tipo de contrato.

No fue hasta el siglo XIX, con la explosión del romanticismo, que las clases burguesas comenzaron a imitar a las clases nobles y a casarse entre ellos.

En el siglo XX, gracias a la tecnología que permitió la cultura de masas y la sociedad de consumo, se puso de moda casarse entre las clases populares.

El mito del *matrimonio por amor* se convierte en un fenómeno de masas gracias a los *happy ends* hollywoodienses que recorren el planeta. El desarrollo tecnológico de las industrias culturales permitieron que sus finales felices nos sedujeran con sus encantos: nos impusieron la necesidad de casarnos y de hacerlo radiantemente enamoradas.

Pese a que se ha abusado de la boda como final narrativo y como el broche de oro a cualquier historia de amor, y pese a que las historias de amor que nos cuentan están basados en el mismo esquema narrativo *chico conoce chica*, repetido hasta la saciedad, el mito del matrimonio por amor funciona. Prueba de ello es que nos seguimos casando masivamente, pese a que también nos seguimos divorciando masivamente, o precisamente por ello. En los sondeos de población un 95% de los habitantes de los países desarrollados afirman que el motivo por el que contrajeron matrimonio fue el amor.

De esta manera, nos juntamos por amor y nos separamos por desamor, pero todos creemos en el mito sin percatarnos de su inmensa contradicción: es la unión de la pasión (que caduca con el paso de los meses o los años) con el matrimonio, que es una institución pensada para durar eternamente.

La pasión no es eterna. Piensen que nos volveríamos locos si cada vez que viésemos entrar por la puerta a nuestro esposo o esposa se nos agitasen las mariposas del estómago, se nos acelerase la respiración y se nos llenaran las manos de sudor. Después de un tiempo el cerebro no puede sostener un enamoramiento pasional, ni tampoco hay cuerpo que aguante tantas emociones juntas hasta el infinito.

Rougemont nos advertía de lo absurdo del mito hace unas décadas: tratamos de conciliar dos cuestiones que no han tenido mucho que ver hasta hace bien poco. Este mito, cuanto más imposible, más nos hace sufrir: porque nadie quiere un matrimonio sin amor, pero al mismo tiempo, nadie quiere aceptar que el amor no es eterno.

Tampoco queremos amor sin compromiso, porque necesitamos que nos aseguren que nos van a amar para siempre y que no vamos a estar solos en la vida.

Por eso sufrimos tanto, creo. Porque queremos unir el amor con la institución, porque nos hacemos adictos a utopías románticas que nos frustran, porque nos creemos que estando en pareja jamás nos sentiremos solos o solas, porque todavía no sabemos relacionarnos sin jerarquías, porque seguimos aferrados a la división tradicional de roles, porque nos cuesta hablar con sinceridad y profundidad de nuestros sentimientos con la pareja, porque nos aburrirnos y necesitamos emociones intensas, porque somos egoístas, porque le pedimos al amor todo aquello que no buscamos nosotros...

El mito del divorcio por amor

Si echamos un vistazo a los altos índices de divorcio en la población de los países desarrollados, podemos darnos cuenta de que la boda es una celebración colectiva de alegría y amor que pretende instaurar una realidad eterna pero que no nos asegura la felicidad ni tampoco nos garantiza que vaya a durar para siempre. Lo que ocurre es que ese día jugamos a hacer teatro, nos creemos el mito y todos *hacemos como si* el amor fuese feliz y eterno.

Lo positivo de casarse es que podemos divorciarnos: la boda ya no es tan sagrada, no nos ata de por vida ni rige todo nuestro destino, aunque sigamos jurándonos amor para siempre y todas esas fórmulas que nos ayudan a crear certezas. La condición performativa del acto nupcial consiste, entonces, en que creamos realidades: nos casamos para restarle poder a la incertidumbre, a la incontingencia, a la oscuridad o al misterio que nos regala el futuro.

Y cuando nos separamos, caen todas las estructuras estables y seguras que sostenían nuestra cotidianidad. Por eso hay gente que además de hacer frente a un desengaño amoroso, ha de cargar con la reconfiguración completa de su modo de vida.

El "desastre del divorcio", sin embargo, es un concepto cultural. En otras sociedades lo viven de otra manera, no entienden la separación de un modo tan traumático: las parejas se juntan y se separan con mayor tranquilidad y libertad, como en la comunidad Mosuo de China, en la que las mujeres gozan de una libertad que

muchas mujeres occidentales ni pueden llegar a soñar. También hay parejas en Estados Unidos que celebran su divorcio con la gente querida, y empresas que se forran organizando estos entrañables eventos...

En nuestra cultura occidental el divorcio se asume, por lo general, como un fracaso terrible. Nos separamos por muchas causas, pero la mayor parte de las veces se debe a que se acaba el amor, porque no es eterno.

Aunque nos unan bajo el lema "hasta que la muerte os separe", el amor se deteriora con el tiempo, como todo en la vida. Y unos son menos monógamos que otros, aunque no puedan reconocerlo en el ámbito familiar y tengan que mentir para satisfacer su deseo de afecto más allá del círculo matrimonial.

Si se paran a pensarlo, es curioso que en lugar de sentirnos agradecidos con la vida por habernos juntado un ratito en el camino, nos sintamos desgraciados porque no pudimos disfrutarlo eternamente.

El divorcio acaba con cualquier intento de hacer ver que nuestro matrimonio es maravilloso. Acaba con el sueño romántico y nos muestra a todos el lado oscuro que no vemos en los álbumes de bodas: el odio, los egoísmos, las frustraciones, las envidias, los miedos, las heridas abiertas, las cicatrices del pasado.

El divorcio es una constatación de que el matrimonio no es eterno ni perfecto, pero nos cuesta mucho asumirlo con deportividad. Y creemos que tenemos que vivirlo sufriendo, porque no sabemos vivirlo de otro modo. Sufrimos porque estamos haciendo daño a la pareja, o porque tenemos miedo a la soledad, o porque necesitamos económicamente al otro, o por el disgusto que le voy a dar a los seres queridos.

Vivimos el divorcio en forma de crisis existencial sobre todo cuando significa que no solo nos quedamos sin pareja, sino que también se nos derrumban todas las estructuras (económicas, sociales, afectivas) que creamos alrededor de ella. Tras el divorcio podemos sentirnos liberados, o tardar un poco en llegar a sentirnos así. Unos se quedan sin ganas de volver a repetir por el momento, y otros esperan poder algún día encontrar a la media naranja (la verdadera).

Otros, en cambio, se dedican a hacerle la vida imposible al ser que decían que amaban. Vivimos la separación como una batalla de sexos bajo la creencia popular de que "del amor al odio hay un paso", de modo que lo mismo que quieres a alguien, puedes despreciarle, humillarle o joderle la existencia hasta que se arrodille pidiendo perdón.

Es realmente terrible creer que si una persona deja de querernos, tenemos toda la razón del mundo para declararle la guerra y odiarle para siempre. Cuando el dolor nos vuelve seres miserables es cuando se rompen las fotos de boda por la mitad y se desata la venganza. Hasta la gente más equilibrada y generosa entra en ruedas de dolor, de puteos mutuos, de negaciones desesperadas, de mentiras, de perdones, de conversaciones inútiles, de llantos amargos, chantajes, sobornos y amenazas, litigios judiciales, y otras batallas que sufre no sólo la pareja sino toda su gente alrededor. Especialmente niños y animales domésticos, pero de esos daños colaterales no hablan los grupos anti divorcio y pro familia tradicional, que sólo proponen la resignación y la fe para soportar el infierno doméstico diario.

No vamos a seguir hablando de los divorcios ni de los infiernos porque este es un libro sobre bodas más o menos felices. Pero quería resaltar que, como lo personal es político, es fundamental detener las guerras individuales que nos quitan la energía para otras cosas. Podríamos dedicar menos tiempo a sufrir, y más tiempo a cosas como mejorar nuestro bienestar y el de la comunidad en la que vivimos, aprender a tratarnos bien, construir redes de cariño y solidaridad, probar nuevas formas de querernos y relacionarnos...

Lo romántico es político

El matrimonio es un rito social y un mito cultural que influye en nuestra forma de organizarnos política y económicamente: en nuestro caso, lo hacemos de dos en dos y luego nos reproducimos.

La cultura nos ofrece esos modelos, y esos modelos adoptamos, mayormente. Son modelos basados en los intereses del patriarcado y el capitalismo: el individualismo del dúo heterosexual, la monogamia sucesiva, el placer enmarcado y limitado, el sexo genitalizado y utilitarista (con fines reproductivos), la familia tradicional.

Esta ideología se transmite a través de las narraciones: la cultura transmite las creencias y valores de los grupos de poder que imponen sus cosmovisiones del mundo, su idea de cómo deben de ser las cosas en nuestra cotidianidad, qué deben sentir, desear nuestros cuerpos, qué decisiones vitales hemos de tomar, en qué vamos a emplear nuestro tiempo.

Lo romántico es político, y no podemos perder de vista que todo está relacionado: el romanticismo burgués e individualista del XIX es una creación cultural que ha influido e influye en nuestras estructuras sociales, afectivas, emocionales y sexuales.

Las emociones son susceptibles de ser analizadas en su dimensión política y social, ya que construyen la realidad y determinan nuestro modo de organizarnos y de relacionarnos entre nosotros. Los sentimientos son estructuras conceptuales heredadas: nos las transmiten a través de los relatos.

Aprendemos, comprendemos, reproducimos el funcionamiento del mundo gracias a los esquemas de superación que nos cuentan en los cuentos, y cuyo final feliz suele ser representado con la boda, que marca el inicio de una nueva era, del amor matrimonial, la felicidad conyugal y la abundancia de recursos.

El matrimonio, entonces, debe poder ser estudiado desde las ciencias sociales como cualquier otro rito social o mito cultural. En estos mitos y ritos podemos descubrir la ideología hegemónica que subyace en la mayor parte de la producción de las industrias culturales. En los ritos nupciales esta ideología está invisibilizada: cuando vamos a una boda solo vemos amor. Y la disfrutamos porque el rito de la unión amorosa es un momento extraordinario que nos pone en contacto con la línea de la vida y de la muerte, la realidad y la ficción.

En este acto mágico compartido socialmente, todos nos enamoramos de la supuesta e indiscutible inocencia de la pareja enamorada. Nos enamoramos de la pareja feliz incluso los ateos del amor, los rebeldes al matrimonio, los divorciados o los que llevan casados más de treinta años.

Nos emocionamos cuando les vemos prometerse fidelidad eterna, se nos escapa alguna lágrima cuando se esposan con los anillos, y nos palpita el corazón cuando gritamos "¡Vivan los novios!". Ellos se besan, muertos de felicidad, y nosotras los imaginamos disfrutando de una relación llena de ternura, complicidad, buen trato, ayuda mutua, deseo a raudales...

Es ciertamente difícil ponerse a imaginar a los novios sumidos en luchas de poder, rencores acumulados, infidelidades variadas o hartazgo absoluto. Así que por un ratito nos lo creemos todos y todas: los novios y sus invitados, los camareros y las cocineras, el padrino y la madrina. Solo los profesionales del vídeo y la fotografía saben que es una *performance*, porque trabajan en el plano narrativo y graban cien mil bodas.

La pregunta es por qué nos emocionamos tanto cuando nos casamos o se casa gente querida. Por qué nos proyectamos e identificamos tanto con los protagonistas. Cómo logra la sociedad que la boda sea un momento clave en la vida de las personas que recordarán *para siempre*.

De adolescente me dije que estaría genial escribir un libro con todas las preguntas que me surgían. De mayor pensé en que sería estupendo poder investigar acerca de la mitificación del amor romántico en las bodas. Desde que me acerqué a la semiótica me di cuenta de que son fuentes narrativas inagotables, plagadas de mitos, de secretos, de anécdotas, de miedos, de arrepentimientos, de comportamientos extraordinarios.

En el amor se mezclan política, economía, cultura, emociones, sexo, género, instintos y naturaleza, el consciente y el inconsciente, el cariño, el apego, el odio, el miedo, la dominación, la sumisión, la culpabilidad, el poder. Es un gran tema, sin duda, que no ha merecido hasta ahora la atención debida en el mundo académico.

Afortunadamente, los feminismos queer están ahondando cada vez más en el área de la identidad, de los cuerpos, de la sexualidad y también de las emociones. Es importante que estudiemos fenómenos como el amor de pareja para visibilizar el poder de las ideologías que recorren estos procesos que creemos "individuales".

La pasión romántica es un motor vital: puede ser revolucionaria o puede ser un arma de destrucción masiva. Trastoca nuestras vidas, para bien y para mal. Por amor la gente se atreve a cambiar, se enfrenta a sus fantasmas del pasado, se comporta con una tremenda generosidad y sensibilidad, se siente una persona nueva, se encuentra a sí misma, renace o se reinventa.

El amor nos saca lo mejor de nosotras mismas, nuestro yo más empático, solidario y sensible. Pero también nos revuelca en la ciénaga del ego, del miedo, de las inseguridades y los complejos, de las luchas de poder. Es el lugar en el que estalla el inconsciente, se nubla la mente, se reprimen los monstruos internos o se toman decisiones locas. El espacio emocional donde más se lucha contra una misma y contra las contradicciones que nos acompañan en la vida...

Todo nuestro recorrido vital se trastoca al enamorarnos. Y si bien enamorarse es una pequeña revolución personal porque nos abre otras posibilidades vitales, el romanticismo patriarcal es también el espacio en el que nos aprisionamos mujeres y hombres. Porque está cargado de promesas que nos frustran, de prohibiciones que nos sujetan, de divisiones imaginarias que nos separan, y de otras cuestiones culturales que tienen mucho que ver con nuestro sistema económico y político. Por ejemplo, los celos, el exceso de apego, los miedos ancestrales al abandono, las relaciones de dependencia, o la euforia que nos hace sentir el sentimiento de posesión sobre otras personas.

Por mucho que luchemos para liberarnos de estas estructuras, creo que aún tienen que pasar siglos para que nuestros corazones y nuestro deseo se abran más allá de las imposiciones del patriarcado y del capitalismo.

Hay días en que pienso que lo lograremos, y hay días en los que me parece una tarea titánica, y hasta cierto punto, utópica. Y ya se sabe que si algo bueno tienen las utopías es que nos sirven para caminar hacia metas que pueden pasar de ser imposibles a ser posibles.

Hay mucha gente hablando, debatiendo, y probando nuevas formas de quererse. Algunos logran liberarse de las estructuras heredadas porque trabajan activamente el tema de los celos, de la monogamia y la fidelidad. Unos logran separarse sin traumas, otros logran un reparto equitativo de las tareas domésticas y reproductivas, unos logran quererse bien y construir relaciones bonitas, otros crean redes de amor y cariño más allá de la pareja.

El camino es largo y costoso, porque requiere cuestionar permanentemente las relaciones desiguales y dependientes que nos hacen infelices. Para poder construir otro tipo de relaciones más bonitas tenemos que cuestionar todos los mitos en torno al amor romántico, y mostrar la diversidad sexual y afectiva de nuestros mundos.

Para crear relaciones igualitarias, tendremos que aprender a querernos sin luchas de poder, sin jerarquías, y sin etiquetas. Para crear relaciones más libres, tendremos también que aprender a querernos tal y como somos, sin mitificaciones ni idealizaciones fantásticas.

Siempre me han impresionado mucho las historias de amor y las cosas que la gente hace por amor. Pero lo que llamamos *locura de amor* en realidad es cultura amorosa: se nos imponen unas normas y las cumplimos en diversos grados. Nos ofrecen unos modelos de pareja y unas estructuras amorosas en los que nos sentimos cómodos, aunque en realidad nos crean muchos problemas.

Por ejemplo, en nuestra cultura la gente se resiste a la monogamia, que es un mito y una norma que incumplimos constantemente, pero no hablamos de ello porque está en el lado oscuro y preferimos pensar que el adulterio es esa cosa que les pasa a los demás.

En el noticiero nos comentan que la hora del almuerzo es la más elegida por las parejas adúlteras para encontrarse (vamos, que a la una los hoteles y hostales se ponen a reventar de parejas clandestinas, al menos en Costa Rica), pero no nos ponemos a relacionar estos datos para tratar de entender por qué nos consideramos monógamos y por qué nuestras instituciones amorosas lo son, o pretenden serlo.

Echando un vistazo a los índices de infidelidad en todos los países resulta absurdo creer que somos monógamos... ¿Cuánto tiempo seguiremos *haciendo como si* el adulterio y la prostitución no existiesen?, ¿Cuánto tiempo hablaremos de estos fenómenos como si fuesen extraordinarios cuando en realidad son cotidianos?

El problema, entonces, de este cuento que nos cuentan, es que no refleja la realidad, que es muy diversa y muy compleja.

Solo nos muestra una forma de quererse, generalmente mitificada, y por eso nos frustramos: porque no siempre logramos ser fieles, porque el amor no es tan bonito como nos lo cuentan, porque no dura tanto como parecía y porque no logramos ser tan absurdamente felices como se nos había prometido.

Por eso es importante estudiar los mitos, porque tenemos el patriarcado dentro de nosotros y tenemos que trabajar mucho para derribar los viejos esquemas de nuestra cultura amorosa. En el plano teórico, muchas lo tenemos muy claro (todas querríamos tener relaciones bonitas y ser felices) pero, paralelamente, seguimos construyendo relaciones basadas en la desigualdad y la dependencia.

Hablamos en público de igualdad legal y económica, pero tenemos que hablar también de las dependencias emocionales que constriñen nuestra autonomía y, por tanto, nos impiden relacionarnos sexual y afectivamente desde la libertad.

Y es importante hablarlo con la gente, porque nunca hablamos de sentimientos, como si fuera el problema de cada cual, como si nos diera vergüenza reconocer que estamos muy liberadas en el ámbito sexual pero no tenemos herramientas para gestionar las emociones.

Y no pasa nada, en el fondo. Sólo es reconocer que nadie nos enseña a trabajar el miedo, la ira, la prepotencia, los complejos e inseguridades, las euforias o las contradicciones tormentosas. En las escuelas no nos enseñan a gestionar los sentimientos, de modo que tenemos que aprender de los relatos. En ellos se nos ofrecen un solo modelo de relación, idealizada y reduccionista, y se nos dice que este modelo es lo *natural* o lo *normal*, para que controlemos el deseo y no nos desviemos del camino de la heterosexualidad.

Entonces tenemos que hablar de estos relatos e inventar otros. Tenemos que poder hablar de lo que sentimos y de por qué sentimos de esta forma, y no de otra. Hay que hablar del sufrimiento, de la gente que no liga, de la gente que aparenta no ser celosa y lo es, de la gente que tiene el corazón desgarrado, de las relaciones entre mujeres y hombres, de la feminidad y la masculinidad.

Hay que hablar también del romanticismo capitalista y del romanticismo patriarcal, y de la división del mundo en dos grupos que nos separan. Hay que hablar de amor y sexo en las universidades, en la calle, en los bares, en las asambleas, en las fiestas, en las jornadas, en los congresos, en las plazas. El camino para lograr unas relaciones más bonitas y para construir nuevas herramientas, es tortuoso, porque seguimos muy aferrados a las estructuras tradicionales de caza-conquista-lucharendición. Nos cuesta amarnos sin idealizarnos, sin someternos o dominarnos.

Se trataría, entonces, de atreverse a querernos sin jerarquías y a desafiar las leyes hipermasculinas que relegan el tema emocional a las profundidades de la investigación científica. Somos muchos los que reivindicamos la necesidad de hablar de amor, de sexo, de soledad y de compañía, de las luchas de poder y las jerarquías que nos separan. Yo siento que este desafío es netamente queer y antipatriarcal.

Siempre me pregunté por qué las novias se ven tan guapísimas y radiantes, por qué ese rostro virginal de mujer santa, por qué las amigas se pelean por recoger su ramo y por qué la que triunfa en el empeño se cree realmente que la próxima boda es la suya.

Por qué las niñas juegan a que se casan. Por qué las jóvenes se disfrazan de princesa medieval para casarse. Por qué las mujeres adultas se sienten incompletas porque están solteras, o infelices porque están casadas con un príncipe azul que les salió rana. Por qué, entre las divorciadas, algunas parecen tan felices y empoderadas y otras parecen mujeres abandonadas con cara de tener la vida destruida.

Todas estas preguntas me llevaron a la necesidad de entender cómo el género determina nuestras emociones, metas, anhelos, deseo y erotismo. Y precisamente una de las preguntas fundamentales es por qué estas representaciones tienen tanto poder sobre nosotras. Aunque sabemos que nos venden paraísos que no existen, seguimos soñando con ellos cuando nadie nos ve.

Este bombardeo romántico que sufrimos se parece a la tiranía de la belleza a la que nos sometemos voluntariamente. Ambos mitos, belleza y amor, son estrategias de control político que funcionan: pensemos en cuántas se casan con el primer tonto que aparece por la esquina, cuántas creen que en el amor está la salvación, cuántas dejan a un lado el desarrollo de su profesión "por amor", cuántas emplean toda su energía en apoyar los proyectos de su marido, cuántas renuncian a sus sueños. Son muchas las mujeres que buscan marido con plata, porque nos han hecho creer que viviremos mejor si un hombre poderoso nos ama.

Y cómo no nos lo vamos a creer, si nos cuentan que Blancanieves, que estaba harta de cocinar y fregar y lavar ropa de los siete enanitos, fue "rescatada" por un príncipe azul que se la llevó a un palacio con criadas y criados.

La estrategia que nos proponen es esperar, no ponerse a la búsqueda de unas mejores condiciones de vida.

Si a mí me hubieran contado este cuento: "*Cenicienta estaba harta de limpiar la chimenea y de los malos tratos de su madrastra y hermanastras. Un buen día se puso a estudiar, salió de casa, buscó trabajo, alquiló una casa con tres amigas, salía y entraba libremente, y estaba muy feliz con su nueva vida*"..., entonces quizás yo hubiera pensado de pequeña que no hacía falta un príncipe azul. Que una puede buscarse la vida sin necesidad de aferrarse a alguien y que de ese modo es más fácil construir relaciones bonitas.

Y esto es importante porque las chicas adolescentes no se dan cuenta de que es altamente improbable, por una cuestión estadística, que aparezca en tu vida un heredero al trono que te libere del trabajo remunerado y sin remunerar.

Se salva de esta cruda realidad un uno por ciento del planeta: los demás tenemos que trabajar para poder comer y pagar facturas. A pesar de ello, muchas mujeres siguen soñando con ser mantenidas por un hombre exitoso, o enamorarse de un príncipe que las trate "como a una reina". No aprenden a valorar su autonomía, y por eso dedican tanto tiempo y energías a encontrar un marido con plata. Después se decepcionan, y por último se conforman con lo que hay.

Es una auténtica degradación del mito en realidad pura y dura... quizás por eso nos aferramos tanto a los sueños, para no despertar a una realidad que no nos gusta. Un poco al *estilo Bella Durmiente*.

Las bodas reales y las bodas por amor

Las bodas son los finales de los cuentos de ficción, pero también un punto de inflexión en nuestras historias de vida. Son ritos importantes porque marcan un antes y un después, y porque nos integran socialmente en un mundo donde todo el mundo se casa: los pobres y los ricos, las princesas y las obreras, los musulmanes y los cristianos, las conservadoras y las hippies, los semai y los tuareg.

Unos se casan legalmente, otras simbólicamente. Unos lo representan teatralmente, otras se casan como Dios manda. Unas se casan por papeles, otros por conveniencia. Hay bodas por amor y otras bodas forzadas.

En muchas partes del mundo, las niñas son obligadas a casarse con viejos: el número de hombres que compran niñas y adolescentes a las familias es espeluznante.

Esas niñas son violadas en su noche de bodas y utilizadas como esclavas sexuales y domésticas toda su vida. Y no podrán escapar, so pena de perder la vida. Si no cumplen con sus obligaciones, o si se les ocurre enamorarse de alguien, podrán ser asesinadas por su marido, su padre o un hermano vengador, todo para restablecer el "honor" de la familia. Si el marido muere porque es demasiado anciano, la niña puede morir quemada con el cadáver (como en la India), verse abocada de por vida a la mendicidad (como en Afganistán), o pasar a ser propiedad de su cuñado u otro hombre de la familia.

En otras partes del planeta, sin embargo, las bodas se celebran entre gente que se quiere y son una excusa para pasarlo bien, para lucirse, para reunir a nuestra gente querida y para compartir nuestra alegría. La sociedad nos permite disfrazarnos, actuar y vivir la película, disfrutar del protagonismo y acaparar los flashes. Y además de ser los protagonistas, podemos narrarlo, filmarlo, recordarlo, compartirlo en las redes sociales y conservar ese recuerdo como un tesoro detenido en el tiempo.

Mitificamos las bodas porque siguen siendo eventos que rompen con lo cotidiano y tienen un fuerte poder de trascendencia sobre la realidad y sobre nuestro modo de vida. Necesitamos los mitos para pensar que aunque no nos guste la realidad que nos ha tocado vivir, hay otras realidades mejores esperándonos.

Y si no podemos vivir el mito, por lo menos tenemos que poder ver cómo lo viven otros.

Por eso son millones las personas que ven por televisión las bodas reales de las monarquías europeas. Los príncipes y las princesas herederas se tienen que casar porque las monarquías sobreviven gracias a los contenidos narrativos que nos proporcionan. Si tienen sentido hoy en día es porque nos entretienen: podemos seguir sus andanzas, verlos esquiar felices en los Alpes, navegar en yate por el Mediterráneo, acudir al baile de invierno, disfrutar en una boda real de sus parientes lejanos. Les vemos subir y bajar de aviones, en su puesta de largo, en eventos reales de otros países, les vemos enamorarse, casarse, pelearse, reproducirse, e incluso divorciarse.

El poder de fascinación de las bodas reales se debe, sin duda, a su grandiosa puesta en escena: catedrales que otorgan majestuosidad a la escenografía, coches antiguos y caros, sofisticado vestuario, música clásica con orquesta y coro en directo, iluminación de los decorados, maquillajes, telas, flores, tocados y sombreros. Son pasarelas de moda para entretenernos con imágenes fotográficas y televisivas de unos protagonistas que tienen la capacidad económica y la influencia política precisa para representar el cuento de hadas a la perfección.

No sólo a nivel escenográfico, sino, por supuesto, también interpretativo. Un príncipe azul debe de estar enamorado, nervioso pero muy contenido, y una princesa debe de estar enamorada, nerviosa, contenida. Sería pero con inocencia, disciplinada, obediente, radiante, sumisa, feliz... y debe de irradiar un aire de pureza. Ayuda mucho el blanco del vestido, por supuesto, y la cara que muchas de ellas ponen de no haber roto un plato en su vida.

Nos encanta ver cuentos de hadas con personajes de carne y hueso, si no la revista *iHola!* no tendría el nivel de ventas que tiene. Ninguna ha logrado reproducir el lujo con esa fotografía espectacular: ella es la que nos muestra los palacios y los casamientos de la nobleza posmoderna, la que sigue dotando al periodismo de claves narrativas.

Además, nos regalan gratis instrucciones para la vida (cómo son o deben ser las princesas, cómo son o deben ser los príncipes, cómo lograr enamorar al otro, cómo organizar una boda grandiosa, cómo mantener la relación bella durante años, cómo sacar partido del matrimonio, cómo divorciarse de un millonario, etc.).

iHola! es más que una revista: es una visión de mundo y una auténtica filosofía de vida. En el *mundo iHola!* navegamos por islas paradisíacas y palacios renacentistas con humanos semidioses. En ella es fácil ver que las bodas reales son eventos mediáticos a medio camino entre la realidad y la ficción: siguen el mismo esquema narrativo que las bodas de los cuentos, pero son personas que están vivas y que nos cuentan su vida, y ganan millonadas por ello.

Este *mundo iHola!* constituye una especie de hiperrealidad fantástica en la que, como en los mejores relatos de ficción, tenemos reyes, reinas, príncipes, princesas, infantas, marqueses, condesas, soldados, obispos, damas de honor, amantes, hijos ilegítimos.

Las crónicas *reales* nos permiten volar un rato y perdernos en ensoñaciones románticas sin pararnos a pensar en las consecuencias políticas, económicas y sociales que tiene, precisamente, el que nos perdamos en ensoñaciones románticas.

Mientras ellos se casan ensalzando la monogamia, la familia tradicional heterosexual, el dúo que se complementa, la felicidad conyugal y la división de roles, nosotros dejamos de pensar en otras cosas (como nuestros indignos salarios, el enésimo caso de corrupción política, el recorte de derechos y libertades en toda Europa, el uso de armas químicas en Siria, la invasión de Monsanto en Latinoamérica, la fuga radioactiva de Fukushima).

Consumimos esas imágenes de cuento sumergidos en una burbuja de amor para no llorar de la rabia o de la impotencia. Y porque esas imágenes son más bonitas que las que genera la realidad y el mundo injusto en el que vivimos.

La burbuja romántica une el amor con la felicidad, la belleza y el lujo. Todo el lado luminoso estalla radiante ante nuestras narices: el poder reunido gracias a la fuerza del amor. Los reyes y las reinas se casan para ofrecer historias al pueblo, pero también para legitimar la religión y la moral católica, el Ejército, los Bancos y las empresas, las instituciones y los gobiernos "democráticos" que acuden a sus fiestas nupciales.

Lo mejor de estas ceremonias es lo que viene después: la post-boda, eso que no nos van a mostrar jamás y que queda al servicio de nuestra imaginación, un poco como la vida que transcurre en las entrañas del Vaticano o del Pentágono. La diferencia es que unos trabajan en la sombra, y otros nos dejan ver sus palacios, sus recepciones, sus viajes. Podemos asistir a sus eventos *in live, on line*, día a día: las bodas de las reinas de verdad, por ejemplo, nos sumen en conversaciones intrascendentes y nos alejan de nuestros propios problemas durante meses.

No sólo nos venden happy ends: las narrativas rosas también se alimentan de tragedias porque los ricos también lloran, se separan, se divorcian, se reconcilian, se reproducen, se desintoxican, se reinventan y se enamoran, y en mucha mayor medida que nosotros porque tienen más tiempo para dedicarse a estas cosas.

Estas contradicciones y paradojas, estos secretos y misterios que surgen de la doble moral, dotan de sentido a la existencia de las monarquías, simplemente porque son una constante fuente de relatos. Sus protagonistas no solo nos conmueven: también nos entretienen. Piensen en el juego que nos dan las amantes de los reyes, las princesas que abortan, los reyes que renuncian, las reinas que aguantan, las adicciones de los consortes, los inexplicables accidentes que sufren algunos príncipes o los infiernos domésticos que viven en sus palacios las princesas de carne y hueso.

Nos gusta pensar que aunque se crean superiores, son humanos, y que en realidad su doble moral les hace profundamente infelices. Al menos nosotros nos podemos pelear y reconciliar con nuestra gente sin que se entere el país entero. Podemos separarnos o divorciarnos si no nos queremos. Ellos no lo tienen tan fácil, pues sus decisiones han de ser ratificadas por otras personas o por el parlamento de su país.

Entonces nos sentimos un poco más libres y auténticos que ellos. Más pobres, pero más libres. Porque ellos dicen que son una cosa y luego hacen otra, y por eso a veces tienen que pedir perdón públicamente.

Quién nos iba a decir a nosotros, plebeyos e ignorantes, que la verdadera historia de amor de la monarquía inglesa fue la de Camila y Carlos. Ellos se enamoraron de jóvenes y siguieron juntos toda la vida, aunque ambos tuvieran que casarse con otros. Ella asistió a la boda de su amante con Lady Di, y veraneó con la familia en Mallorca durante años. Siempre estuvo allí, pero nunca la veíamos porque la belleza rubia y cándida de Diana la colapsaba.

Y sin embargo, cuánta gente lloró de alegría el día de la boda de los príncipes de Gales, cómo llovieron las flores y las felicitaciones y los mejores deseos de paz y amor para la pareja. Cuánta gente se creyó el cuento de hadas hasta que *la princesa del pueblo* habló y protestó delante de las cámaras dos décadas después.

Diana nos desveló la realidad del cuento de hadas, el lado oscuro del poder monárquico. Fue muy generosa al desnudar su intimidad y contarnos de sus infidelidades y de las de su marido, porque lo hacía desde nuestro lado. Su muerte nos hizo darnos cuenta de que el relato de amor, que comenzó con el anuncio de su boda real, no era un cuento de hadas. Fue una tragedia con un final terrible. Y en realidad nos gustan más las tragedias, si cabe, que los finales felices.

Años después la gente vuelve a creer en *el poder del amor* gracias al enlace matrimonial de su hijo Guillermo con Kate Middleton. Los dos herederos al trono guapos, simpáticos, jóvenes, sanos y triunfadores que además se quieren. Ella es plebeya pero no importa: el amor todo lo puede. Y si el cuento se tuerce tampoco importa, ya digo: nos gusta mucho verlos triunfar, y nos gusta mucho también verlos fracasar.

Nos alegramos con los éxitos ajenos, nos identificamos con sus fracasos matrimoniales, nos ilusionamos con sus bodas del mismo modo que nos ilusionamos con las nuestras.

Esas ilusiones nos sirven para soportar la rutina del trabajo, las angustias al pagar las facturas, los problemas a los que tenemos que enfrentarnos a diario.

Somos millones las personas que fantaseamos con encontrar algún día a nuestra alma gemela, o encontrar un buen trabajo con un buen salario, o que nos toque la lotería... podríamos llamarlas utopías terapéuticas. No es descabellado soñar con un príncipe azul: en algún momento te puede pasar. Mira si no a Letizia, o a Kate en Inglaterra: no nacieron princesas pero gracias al amor van a reinar España e Inglaterra.

Algunas utopías románticas devienen en espejismos mediáticos que se derrumban con el tiempo. Es el caso de la boda de la infanta Cristina de Borbón, *la princesa moderna* que trabaja y que se casó por amor también. Quién nos iba a decir que ese jugador de balonmano tan bello, tan vasco, tan atlético que eligió para casarse, iba a resultar una calamidad.

Don Urdangarín cayó en el lado oscuro como Darth Vader en la Guerra de las Galaxias: basta con ver las fotos de su transformación desde el día en que se convirtió en el caballero elegido por la dama hasta el día de hoy, que ya se nos aparece como un duque envejecido. Es la transformación del jovencito humilde al poderoso vicioso, endurecido, hipotecado e imputado en un juicio por corrupción y chorrocientos delitos más. No le ayuda eso de arrodillarse en una misa de una remota capilla en Andorra para aparentar ser un buen cristiano arrepentido y redimido: ese padre de familia que nos ha representado durante años es el autor de los mails *calentitos* que leyó su esposa cuando fueron publicados en el periódico *El Mundo*.

Doña Cristina cumple, en este relato, el papel de la esposa abnegada, del mismo modo que su madre, la señora Reina de España. La Infanta decide quedarse con él. O, incluso, irse a Qatar si es necesario, porque es el padre de sus cuatro hijos.

Aunque a ella le han puesto un abogado pagado por el Rey y a él le han dejado que se busque la vida como pueda, ella no le abandona. Aunque todo el mundo le aconseja que le deje, ella ha decidido imitar a su madre: su misión en este feo asunto es aguantar, resistir, callar y asumir con valentía las pruebas que el Señor les pone en el camino.

Las revistas del corazón enaltecen su dolor, nos hablan de su sufrimiento, de su amor incondicional, de su resignación como rasgos heroicos femeninos. No nos hablan del patrimonio que acumuló gracias a los negocios extraños de su marido... nos ofrecen un retrato de una mujer profundamente enamorada que ha sido víctima "por ignorancia" y que se encuentra "destrozada" ante tanta injusticia con ella y su marido.

Estas parejas que en un principio se nos presentan tan "perfectas", se supone que son un modelo para el resto de las parejas, o sea, para el 99% de la población mundial. Nuestra cultura produce modelos idealizados para que nosotros nos casemos también: los Pitt Jolie son un ejemplo de pareja ideal que se ama, joven y exitosa, heterosexual y monogámica, y cuyas andanzas siguen millones de personas.

Pero en la calle, en las casas y en las camas, la realidad es mucho más diversa, compleja y colorida. Existen otras parejas, existen otros modelos, y la gente va saliendo de los armarios e inventando nuevas formas de quererse. Son muchos los que están trabajando para crear otras formas de organizarse. Y muchas las que trabajan para visibilizar otros romanticismos y para reivindicar el derecho universal al amor.

Porque otras bodas son posibles, tenemos que seguir construyendo relaciones alternativas al absolutismo heterosexual e individualista, ampliar nuestros horizontes, ensanchar nuestros corazones.

Y atrevemos a pensar, también, más allá del matrimonio igualitario.

El matrimonio igualitario y los amores diversos

El matrimonio es una demostración de amor pública, pero también un contrato social, económico y político. Las bodas pueden ser un contrato entre familias para convertir niñas en esclavas sexuales y domésticas. Pero pueden ser también un regalo de un amigo o amiga para que nos otorgue derechos de ciudadanía en otro país. Pueden ser también un sueño inalcanzable: el matrimonio igualitario sigue estando prohibido en muchos países del mundo, y en ninguno se reconoce la posibilidad legal de formar un hogar de tres adultos o más unidos por vínculos eróticos, sexuales y afectivos.

El hecho de que sólo se puedan casar las parejas heterosexuales hace que el resto de la población, que es muy diversa, quede excluida: son millones las personas intergénero, transexuales, lesbianas, bisexuales, homosexuales, ancianas, discapacitados, o trabajadoras del sexo que no pueden disfrutar de sus derechos fundamentales.

La exclusión social es tan fuerte que en algunos rincones del planeta la gente se juega la vida si se enamora.

A mí me impresiona que el amor pueda ser un pecado o un delito, y que tengas que pagar con tu vida los amores clandestinos. En Costa Rica hay lugares donde cuelgan carteles que dicen: "Se prohíben las escenas amorosas". No se prohíbe el uso de armas, ni las peleas, la violencia contra los animales. No se prohíbe contaminar o destrozar la naturaleza. Se prohíben las escenas amorosas.

Pienso en todos los amores clandestinos que han de luchar día a día contra el miedo a ser descubiertos, como el amor entre una paya y un gitano. Pienso en los amantes presidiarios que no pueden estar juntos, en los tríos que no pueden disfrutar de la vida unidos, en hombres y mujeres atados de por vida a un matrimonio espantoso sin posibilidad de poder vivir su amor con otra persona. Y se me parte el corazón.

Pienso también en la violencia homofóbica de países como Rusia en los que amar a alguien de tu mismo sexo/género es sinónimo de peligro de cárcel o de muerte. Y me maravilla que a pesar de tanto odio homofóbico, tanta violencia racista o clasista, tanta represión y tanto dolor, la gente se ama.

La gente se quiere, es inevitable. A pesar de las tradiciones impuestas, de las normas y las prohibiciones, de los mandamientos morales o religiosos, la gente se enamora. No hay cura, legislador, policía, soldado, juez o psiquiatra que pueda evitarlo.

La gente no solo se enamora, sino que además sale a la calle para reivindicar su derecho al amor y al matrimonio.

La gente se junta, se separa, se casa, se traiciona, se comparte, se divorcia. La unión de dos o más personas por amor es un fenómeno universal y enormemente diverso.

Las ceremonias de amor se celebran en todo el planeta. Unas a la luz del día y otras en la noche, unas son legales y otras no, unas son heteros, otras no, unas son públicas y otras son íntimas: existen millones de formas de celebrar un rito de unión amorosa.

Esta diversidad de formas de unirse y de quererse nos muestra que la concepción tradicional del matrimonio tiene que abrirse. La resistencia de algunos sectores sociales a admitir que todos y todas tenemos derecho a amarnos tiene que caer de una vez por todas. Heteros u homos, cissexuales o transexuales, mujeres, hombres o intergénero: la gente que se enamora quiere unirse, convivir, y tener los mismos derechos que la pareja heterosexual y monógama.

Creo que para poder construir un mundo sin exclusión por cuestiones de orientación sexual es preciso que se respete el derecho a casarnos. Es fundamental reconocer ese derecho para que luego que cada quien sea libre para elegir si desea o no unirse en matrimonio.

Es cierto que la *heterosexualización o normalización* de la homosexualidad no ayuda mucho a que nuestras estructuras amorosas se transformen, puesto a menudo lesbianas y gays reproducen los patrones patriarcales del mismo modo que los heteros. Son muchas las parejas que construyen relaciones de dependencia, y reproducen la división de roles tradicional, igual que las parejas *heteros*.

Así pues, creo que la estrategia es trabajar en la despatriarcalización de nuestros corazones, nuestros genitales, y nuestras mentes.

Mujeres y hombres, heteros, bisex, trans, lesbianas, gays, osos y personas intergénero... tenemos que unirnos para llevar a cabo este proceso de deconstrucción, que ha de ser individual pero también colectivo.

El matrimonio es una institución económica y social: todos los procesos cambian y por eso esta institución va poco a poco abriéndose hacia concepciones del amor más diversas. Sin embargo, es necesario que siga abriéndose aún más para superar el individualismo y el *egoísmo a dúo* que nos condena a la soledad. Tenemos que derribar, también, el romanticismo patriarcal que nos mantiene en guerra a las unas contra los otros.

Es importante visibilizar y celebrar otras formas de quererse, de convivir, de organizarse. Más allá del pensamiento binario que nos separa en dos grupos y nos organiza en parejas, existe una realidad amorosa muy compleja que se resiste a la normativización. Irremediamente, los humanos sentimos atracción por lo prohibido, nos enamoramos de gente de la que no deberíamos enamorarnos, nos aventuramos más allá de los límites de la moral heterosexual y monógama, construimos amores platónicos o imposibles, y rompemos con la norma una y otra vez.

Este libro es un canto a la gente diversa que se quiere y que se atreve. Es un relato de bodas bonitas, bodas de verdad, bodas de cuento, bodas performance, bodas lujosas, bodas precarias, bodas gays y lésbicas, bodas rurales y bodas posmodernas, bodas improvisadas y bodas reales...

Pueden elegir a su gusto el orden de los capítulos y viajar a Tánger, Madrid, Getafe, San José conmigo para celebrar una boda legal, una boda mágica, una boda con la Ciencia, una boda teatral... En todas ellas hay unas cuantas anécdotas y reflexiones narradas con humor del bueno, desde una perspectiva crítica a la par que desenfadada.

Espero que disfruten mucho saboreando estas historias diversas de amor y no echen en falta los finales felices... porque son todos relatos de la vida misma, de nuestro tiempo presente, y por tanto inacabados.

La clave para saborearlos es la misma que para vivir el amor: se trata de disfrutarlos mientras duren.

Coral Herrera Gómez

CAPITULO I

Mis bodas románticas

La boda legal

Yo no me quería casar nunca, en principio. De pequeña quería ser como mi tía Clara, que jamás se casó y sigue tan feliz con su novio de toda la vida después de más de treinta años. Siempre asocié su amor y su unión a la falta de matrimonio. Quizás porque las parejas casadas que conocía estaban formadas por personas cansadas de sí mismas y del otro.

La primera vez que me planteé casarme fue cuando me di cuenta de lo lento y difícil que iba a ser obtener la residencia en Costa Rica. Como necesitaba ponerme a trabajar cuanto antes de manera legal, pensé en pedirle a mi compañero que se casara conmigo.

Me costó pedírselo porque sabía que se reiría mucho. Luego por otra parte a mí me dolía porque sabía que por muy poca importancia que yo quisiera darle a una sencilla firma de papeles para poder conseguir otros papeles, sí tenía importancia. Me di cuenta de que mi gente lo interpretó como una clara señal de que me quedaba en Costa Rica a vivir, y que mi emigración no tenía vuelta atrás. Me lo hicieron saber así, que les daba pena, pero que se alegraban muchísimo por mí. Yo desdramatizaba diciendo que la vida da muchas vueltas y que quién sabe, que ningún paso que damos y creemos definitivo lo es, que igual me tocaba la lotería o me salía un trabajo bueno y podría ir muy a menudo allá, o acabar los dos jubilados en tierras ibéricas...

Lo cierto es que para mí esto no tenía importancia porque ya hacía meses que había dejado París para regresar a Costa Rica. Era donde quería estar y de algún modo cuando sales de tu país te conviertes en ciudadana del mundo. Podrías vivir en cualquier otro país, porque en realidad lo que te arraiga a algún sitio es la gente con la que te vinculas emocionalmente.

A mí lo que me preocupaba era que en mi estado civil iba a poner "casada". Y no sé por qué, me parecía que poner "soltera" me presenta ante el mundo como una mujer autónoma e independiente.

Sin embargo, lo de la autonomía es una chorrada porque todos dependemos de todos. Y al fin y al cabo, era una boda por derechos humanos, sólo que nosotros además nos queremos. Entonces me atreví y se lo pedí con el corazón un poco acelerado. Él me contestó que sólo se casaría conmigo si se lo pedía con amor. Y también me pidió que lo publicara en Facebook, a lo que yo me negué en redondo (no sabía que luego iba a perder así la vergüenza e iba a escribir sobre ello tan alegremente).

Entonces le preparé una cena romántica y me dijo que sí. Yo me sentí muy feliz y pensé en todo el material que sacaría de esta experiencia para mis estudios sobre el amor romántico. Quería disfrutar de la performance nupcial y a la vez analizar qué implica celebrar tu unión por amor con la gente.

Lo que más me gustó es poder analizarlo con Jorge, que es antropólogo, y poder bromear sobre el romanticismo patriarcal y nuestro grado de adecuación al mismo. Por ejemplo, yo le hablaba de lo absurdo que era mezclar romanticismo y matrimonio, pero lo estábamos haciendo porque nos hacía mucha ilusión lo de casarnos. O nos reíamos hablando de cómo se me retorcián las entrañas al pensar en ser nombrada como "la esposa de" alguien. La esposa de, la mujer de, el horror de. Jorge me decía: "Vos sos mi compa, déjate de pendejadas. Mi compañera, y eso no va a cambiar".

Yo me derribo cada vez que me dice algo así, la palabra compañera me resulta erótica y me llega al alma. Y me ayudó a darle menos importancia al tema.

En realidad, era un trámite sencillo que podíamos hacer con un amigo suyo de la infancia, abogado. Y dos amigos de testigos del enlace. Pero no sé cómo, al final resultó una boda súper divertida y romántica.

El día de la boda Jorge se fue a trabajar y yo a pasear con Haika. Preparé el humus y la ensalada, fajitas de carne, y guacamole, corté queso de Turrialba regado con aceite de oliva y pico de gallo (cebolla morada, trocitos de tomate, culantro, ajito picado, chile dulce).

Luego me duché y me arreglé. Me puse música para estar acompañada por voces queridas, me encremé, bailé y me vestí. Me puse el vestido color beis nicaragüense que me regaló Jorge, con los pendientes de aro y la pulsera morada que me regaló Sonly en una de sus mudanzas.

Me pinté las uñas rojas, los ojos con lápiz negro, las pestañas con rímel y los labios de rojo, y estuve descalza casi todo el tiempo porque olvidé las sandalias en algún lado y no las volví a ver en toda la fiesta.

Durante el día no había tenido nervios y más bien me levanté un poco punki, con pocas ganas de ir a la peluquería. Quería que fuese un día normal y corriente, pero tenía ya el pelo desastroso, seco y sin color, y tenía que depilarme las piernas, y casarse era una buena excusa para ponerse guapa. Eché de menos a mi hermana y a las sesiones de belleza con mis amigas de Madrid, más alegres que las peluquerías.

Una vez allí, sentada frente al espejo, me puse a provocar al peluquero, un jovencito gay (que aún no lo sabe) con su biblia en la mesa, siempre junto al secador. Le solté a bocajarro que me casaba en unas horas, y se puso como loco de contento de tener una novia en sus manos, aunque me regañó porque podríamos haber planeado el peinado de antemano. Le dije que mi máxima aspiración era que me tiñera las canas y me cortara el flequillo, que nada de moños de novia, que yo no iba de blanco.

–Ah, ¿y qué se va a poner?

–Un vestido precioso, color tierra. Me lo trajo mi compa de Nicaragua, le costó 12 dólares. Vieras que lindo y qué sencillo.

–Ah, ¿y cómo es que le da por ponerse un vestido así el día de tu boda?. –se echó a reír. – Ustedes las europeas son bien raras.

–Seguro que estás pensando que qué poco *glamour* porque es *nica*, pero es precioso y está hecho con mucho amor. Lo importante no son las formas, sino el contenido. Lo importante es lo que sientes, el matrimonio es una institución. Hay gente que se gasta una pasta en su boda pero sabes, el romanticismo no se puede comprar. Si los novios no se aman, no sirve de mucho despilfarrar para que parezca una boda bonita. El dinero no crea atmósferas de amor.

–En eso tiene usted razón, hay gente que se casa por casarse, sin quererse. Y muchas van muy guapas el día de su boda, con el vestido de princesa más *tuanis* del mundo, pero luego se divorcian enseguida porque no hay amor. A mí me gustaría casarme por amor, también.

–Y qué terrible que haya gente enamorada que no pueda casarse ni estar junta.

–Si, si te juntas por ejemplo con un hombre casado.

–No, yo me refería a las mujeres lesbianas, por ejemplo. Acá no pueden casarse, en este país.

–Es que no es lo mismo.

–¿No es lo mismo que qué?

–Que el amor entre un hombre y una mujer.

-Claro que es lo mismo. El amor es el amor, *mae*, y da igual quién lo sienta. La gente se ama por encima de las leyes y de lo que se considera correcto o incorrecto. Algunos pueden disfrutarlo y otros tienen que esconderse, por eso lo mejor entonces es que todos podamos casarnos, sin discriminaciones de ningún tipo.

Israel se reía y decía:

-Ahá, *mae*, que novia más *tuanis* y más loca me ha tocado. Es que en España están ustedes más avanzados.

-Mmmm no te creas, ¿eh?, no te creas.

-Pues estoy un poco nervioso, con esto de su boda. Usted no parece muy nerviosa.

-No, la verdad. Es que somos seis personas sólo, es firmar y cenar algo y echarnos los tragos, sin más.

-Bueno, sin más... yo estaría temblando. Es el día más imp...

-Nooooooooooooooooo digas eso. No digas eso, hombre. Es un día especial, pero no tiene ningún mérito casarse. Lo que tiene mérito es trabajar duro, estudiar duro, ayudar a la gente, ser útil, aportar a esta sociedad. Yo me puse nerviosa, nerviosísima, el día que...

-Su novio le pidió la mano.

-No, qué va, se la pedí yo a él. El día que leí la tesis doctoral fue el día que pasé más nervios en toda mi vida. Imagínate cinco años de tu vida escribiendo un libro enorme.

-Ah, ¡ha escrito usted un libro!

-Dos, sí. Sobre el amor romántico.

-No me diga... ay qué bonito. Yo quiero leerlos. Leo mucho últimamente, no me separo de mi biblia. Le he cogido el vicio a esto de leer... y soy súper romántico.

-Te aburrirías un poco con mis libros, creo. En la Biblia hay muchas historias diferentes. En mi tesis hablo del capitalismo romántico, del romanticismo patriarcal, de la lucha feminista y LGBT....

Le dije que la pareja no lo es todo en la vida, que el mundo está lleno de gente a la que uno quiere. Le hablé de la diversidad de la realidad, más compleja que los modelos amorosos que nos ofrece esta cultura. Le hablé de la maldita división de roles que nos aprisiona en relaciones de dependencia a todos. Le hablé de la existencia de otras formas de quererse, más allá del modelo canónico tipo Brad Pitt y Angelina Jolie. Le hablé de la lucha feminista, de la tiranía de las canas y la tortura de la depilación, de la gente que se casa sin conocerse y sin quererse, de los infiernos conyugales, del negocio de las bodas... Israel me peinaba fascinado.

Después de soltarle todo el rollo, me dijo que a él le parecía que yo era muy romántica, en el fondo, porque me iba a casar como quería y con quién me apetecía.

Me tiñó de morado berenjena el pelo, me dio tratamiento, me cortó a capas, me puso el flequillo para un lado, me dio con el *blower* y me planchó. Me dijo: *"Es usted la cliente más rara que he tenido en toda mi vida. Se ve tan linda, disfrute mucho en su boda esta tarde"*.

Pablo llegó con una planta de regalo muy bonita y se puso a tocar la guitarra, después llegó Carolina, mi amiga tica más atípica, y testigo de mi boda. Maika, tica de origen polaco, apareció con un ramo de tulipanes y margaritas, y unos detallines del Ikea de su último viaje a Europa (corazoncitos para hacer cubitos de hielo, un paño de cocina, un pelador de papas).

Rigo, también costarricense, llegó vestido de negro, con el pelo engominado hacia atrás, tipo Raphael, y emocionado de ser el testigo. Rigo es esa clase de amigos que nunca queda para verte pero que si lo llamas para liarlo con cualquier cosa, o si le pides ayuda, acude.

También vino Isabel, una amiga española que conocí aquí. El abogado llegó vestido de traje, era el más elegante de la boda y nada más entrar Jorge se rió de él. Son antiguos compañeros de la infancia y gracias al facebook se reúnen de vez en cuando en las casas de la gente. Lo sentamos a la mesa y al principio rehusó tomar alcohol (estoy trabajando, quieras que no), pero pronto se relajó.

Jorge y yo estábamos uno frente al otro, de modo que al principio no sabía quién era la novia. Cuando él llegó estábamos hablando de las bodas. Empezamos hablando de bodas bonitas y emocionantes, y acabamos criticando lo machistas que son algunos curas, el lado oscuro de las celebraciones, y muchas anécdotas sobre bodas que acaban en desastre.

Lo más gracioso fue la cara que puso cuando le contamos sobre mis libros y yo le hablé de mi teoría de como el individualismo burgués promueve, a través de la cultura, un tipo de relación romántica individualista e idealizada que vacía las calles, nos separa en parejas y nos encierra en nidos de amor.

Pablo tuvo que irse a ensayar con la orquesta de la universidad. Yo me puse con Carolina a sacar platos de comida, y Jorge diciendo en el salón que a ver si lo hacíamos ya. Yo gritaba desde la cocina: "les suplico que me den media hora más de libertad".

Al abogado le contamos de broma que la noche anterior decidimos llamarlo para suspender la boda, pero que amanecimos de nuevo con ganas de casarnos. Yo creo que le teníamos confundido con tanta *jodedera*. Después de cenar vino a preguntarme en un aparte si solo firmábamos o si decía unas palabras, y yo me quedé pensando. Me dije, sí, claro, vamos a reírnos un rato, como en Lavapiés, como en Tánger, con mi Jorge.

Debí de poner una cara súper romántica porque se le iluminó la cara y gritó: "Ya le he visto la cara a usted, usted está deseando que la obliguen a hacer la ceremonia, ¿ah?"

Se rieron mucho de mí, porque me puse roja tratando de defenderme: "Bueno, coño, ya que estamos, hagamos todo el rito, sí".

Salimos todos al garaje alrededor de la mesa de ping-pong. Mientras Rolando sacaba los papeles, Maika se puso de fotógrafa, Isabel de cámara de vídeo, y yo me fui a pintar los labios al baño. Al salir vi muy emocionados a Rigo y Carolina, y me emocioné yo también.

Cogí a Rigo del brazo para que me llevara hasta la mesa de ping-pong, pero tardamos en salir porque se empeñó en descargarse con el celular la marcha nupcial de Mendelsohn, para ponerla de banda sonora.

Rolando estaba nervioso, ahí al fondo, mirando sus papeles. Levantó la cabeza para iniciar la ceremonia pero le pedimos que esperara a que Rigo se descargara la canción, y con los nervios lo puso como tono de llamada.

Así que le pedimos a Jorge que nos llamara al teléfono para que sonara la canción. Yo me reía tanto que no podía explicarles porqué, solo suplicaba que había que llamar a Rigo al teléfono:
-Jorge, llama a Rigo, por favor, luego te lo explico todo, llámalo a su celular.

El novio me esperó móvil en mano y con cara de no entender nada, y una vez que sonaba la marcha ya fuimos hacia Carolina que nos esperaba con Jorge.

Yo escribo ahora muerta de la risa recordando los apuros de Rolando, que sudaba y se ponía rojo tratando de elaborar un discurso que, como le advirtió previamente Jorge, debía ser con perspectiva de género para que no me chirriase. Le advirtió que tuviera mucho cuidado con los "momentos machistas".

Así que Rolando tuvo que improvisar el discurso que lleva treinta años dando porque no pudo hablar del mito de Aristófanes. Me lo comentó en la cena y le dije que ese mito promueve la absurda idea de que nacemos incompletos y sólo podemos completarnos con otra media naranja.

Como no quisimos mitos griegos, se agarró a las leyes costarricenses. Fue rico, porque de tanta risa no pudo imponer la solemnidad de las instituciones de esta república costarricense. Él era su representante legítimo, pero sus clientes, o sea nosotros, no nos sentíamos impresionados ante la solemnidad del discurso jurídico.

A mí Jorge me contó que era un tipo súper divertido con un gran sentido del humor y que siempre se andaba metiendo con todo el mundo, así que ahora no le venía nada mal probar en sus propias carnes un poquito de bromas variadas.

Él trataba de sostener su personaje, seguir con la retahíla solemne, pero le interrumpíamos con las carcajadas. Cada artículo que nos leía nos daba material para una nueva broma (hijos, fidelidad, responsabilidades, mitos, estereotipos insertos en la norma).

Rolando no tenía muy claro qué clase de pareja éramos. Sobre todo cuando yo dije: "Jorge, teníamos que habérnoslo leído, no sabemos lo que estamos firmando. Que pare la boda, que nos bajamos". Y nos volvíamos a *cagar* de la risa.

Don Rolando decidió lanzar su órdago, y se dirigió amenazante hacia Rigo y Carolina, los testigos de la boda. Les advirtió de que si el matrimonio era falso tendrían 8 años de cárcel y les explicó que ellos eran responsables de todo aquello. Carolina se puso blanca, yo me tapé la cara con la mano pensando "vaya movida en la que les he metido a estos, mare de deu", y Rigo se dio la media vuelta como que se iba de allí. Me brotó una risa brutal de esas que te descomponen, y nos contagiamos todos con la pantomima.

Si, nuestra boda fue como quisimos: entre risas, comentarios jocosos, ironías, exclamaciones subversivas, desparrame de serotonina. Fue un rato divertidísimo, irreverente, tierno, y súper romántico. Haika estuvo a nuestro lado, no entendía qué hacíamos parados allí de pie, pero quiso estar, molestando con su rabo al abogado que a veces también tenía serias dificultades para aguantar la risa.

En la recta final del rito escuchamos la canción de *Devórame otra vez* a lo lejos, como si estuviésemos en una película. Así que cuando nos declaró compañeros oficialmente nos dimos un beso de película y todos aplaudieron. Fue un festival de risas y de amor total.

Yo me di cuenta de que habíamos puesto de relieve la dimensión performativa del rito, pero que habíamos sido capaces de vivirlo disfrutándolo también.

La parodia del rito de unión había sido un mecanismo para celebrar el mismo rito de unión, y eso me hizo sentir que no se imponía la ley sobre nosotros, sino que la utilizábamos para lograr derechos y para compartir nuestra alegría.

Después de cenar le contamos al abogado nuestra historia de amor. Surgió de una manera espontánea: hicimos una rueda en la que todo el mundo habló de nuestra relación y la contó desde su perspectiva.

Yo fui la primera. Conté cómo después de escribir los dos libros me había venido a Costa Rica a buscar trabajo. Dos meses después le conocí y me enamoré hasta el tuétano de manera incomprensible, pues tenía terror a que me pasara tal cosa. Si me enamoraba de alguien eso podría significar establecerme aquí y no poder volverme a España.

Y efectivamente, eso mismo me pasó. El amor me dividió el corazón en dos mitades para siempre: desde que empecé a querer a la gente aquí, estoy condenada a amar a decenas de personas a los dos lados del charco.

Me puse lírica-romántica para confesarles que yo pensaba que nunca podría volver a enamorarme después de la última relación. Me costó mucho separarme y sufrí tanto... es como quien deja el tabaco y no está dispuesto a volver a pasar el infierno de la desintoxicación. Después de pasar un largo duelo y de escribir dos libros me sentía inmunizada contra la magia romántica.

Yo siempre digo que se puede querer mucho a la gente sin idealizarla, y no pensaba volver a caer en mitificaciones absurdas. Tampoco pretendía encontrar al compañero ideal con el que compartir la vida: la vida se comparte con la gente que va y viene, que se cruza en nuestras vidas, que se juntan a las nuestras, que están un tiempo y después se marchan de nuestro lado.

Jamás pensé que podría construir una relación tan igualitaria, tan linda, tan sincera, tan divertida, y tan llena de momentos hermosos bajo el lema del Carpe diem: disfrutar de la vida y del amor. Me siento una persona muy afortunada por haber encontrado a Jorge en mi camino, y de paso a Pablo y Daniela, mis hijastros, que me han convertido en madrastra.

Nos reímos al comprobar que la versión de Jorge no coincidía exactamente con la mía. Fue muy emocionante oírle hablar de sus sentimientos delante de nuestros amigos, oírle hablar de lo feliz que es porque tiene una compañera con la que puede hablar y con la que puede ser él tal y como es, sin miedo a que le rechacen o le impongan estructuras de relación basadas en las luchas de poder.

Dijo de mí que era la mujer feminista queer más coherente que había conocido y que disfrutaba mucho con la relación porque se sentía libre. Y porque nos habíamos saltado todos los roles de género y evitado las dinámicas tradicionales asociadas a la pareja, lo que nos da más libertad para querernos bien y para disfrutar.

Rigo estuvo muy gracioso contando su versión, porque al inicio del romance yo vivía en su casa, mientras buscaba trabajo y apartamento. El me acogió al llegar a Costa Rica e hizo reír mucho a los demás cuando contaba cómo andaba yo con el celular a todas partes por si me llamaba Jorge, y la semana que pasé tan terrible pensando que estaba embarazada.

Rigo pensaba que Jorge se desentendería y que él tendría que ser el padre porque yo estaba de inmigrante ilegal y sin dinero. Jorge pensaba que me iba a venir la regla sin problemas. Rigo no sabía que Jorge era Jorge, y cuando lo supo se alegró mucho porque lo considera una buena persona.

Maika, la jefa de Jorge, nos hizo reír mucho también contando cómo me buscó en Google el primer día que Jorge habló de mí en la oficina con cara de enamorado. Jorge bajó su productividad cuando empezamos a estar juntos, y Maika fue muy paciente esperando a que se nos pasase la euforia del principio. Pero no se nos pasaba, y para colmo de males a mí me dieron una plaza de lectora en la Sorbona.

Cuando me fui a París yo creí que me moría de la pena. Maika contó que la productividad de Jorge fue todavía más baja porque andaba triste y no dormía bien. El compañero de Maika, Stefan, le dio flores de Bach. Maika se encargó de sacar el billete de Jorge a Europa para navidades. Cuando se lo dio le dijo: "No vengas sin Kori por favor".

Y contó la alegría que sintió cuando yo decidí dejar París y regresar a Costa Rica para vivir con él. Maika nos puso contentos a todos y yo conté entonces por qué decidí apostarle a mi historia de amor. Fue junto con Madame Rocío Alcalá, mi gran compa en la Sorbona, con quien conversé largamente sobre nuestra carrera y sobre los sacrificios que hemos tenido que hacer por nuestra profesión de doctoras sociales. Ya teníamos 35 años y nos dábamos cuenta de que nuestros esfuerzos no habían servido para nada. Ahí estábamos: doctoras, precarias, emigradas, y trabajando gratis para todo el mundo.

Rocío me hizo ver que la vida es corta, que es más importante vivir el amor que escribir sobre ello, y que la feminidad empoderada también es un mito. Nos necesitamos unos a otros para sobrevivir, me dijo, nadie es independiente y ya hemos renunciado a demasiadas cosas en estos años.

“Y tú aquí te me vas a morir de la pena en París. Aquí es así de gris todo el año. Tienes que ser valiente, apostar por ti, por tus sentimientos, por la gente a la que amas. Eso es lo único que merece la pena, créeme. El amor, las apuestas personales, las decisiones que una toma”.

Rocío me contó su historia con Freddy: los dos ilustres becarios, uno en París y otro en Hong Kong. Ninguno quiso renunciar a su carrera para unirse al otro en cualquiera de las dos ciudades. Aceptaron con resignación que iba a ser solo por tres años, y en esto se les pasó la vida y se les difuminó el amor de tanto skype.

Mientras Rocío trabajaba para convencerme de que una tiene que estar donde es feliz, Freddy estaba en una conferencia en Río de Janeiro, preparando mentalmente las maletas para regresar definitivamente a París, al lado de Rocío. Pero esto no lo sabíamos ninguna de las dos. Un poco más al norte, en Costa Rica, Maika pensó que el billete de avión a París para Jorge había sido buena idea. Y lo fue, porque durante esos meses nos agarramos a ese billete electrónico con ardor. Nos consolaba mucho repetir en voz alta la fecha del vuelo. Y el reencuentro fue maravilloso.

El abogado se quedó fascinado, creo que le enamoramos con tanto amor.

Cuando le tocó su turno contó que pensaba que aquella boda era una broma pesada de esas que te hacen para que todo el mundo se ría de ti en Youtube. Y que por eso se agarró a lo de los años de cárcel de los testigos, por ponerse gracioso el también.

Dijo que en el fondo éramos muy románticos y que era la primera boda en la que casaba a una novia descalza. Que entendía que nosotros éramos más modernos, pero que quería contarnos igualmente el mito de Aristófanes. Entonces sí, pudo vivir su momento de protagonista hablando sobre medias naranjas y naranjas enteras, y le aplaudimos para celebrar su discurso.

Después de tantas risas durante la ceremonia, fue súper emocionante escuchar el mito, y oír nuestra historia narrada por otra gente.

Nos lo pasamos tan bien que aquella noche le volví a proponer a Jorge que nos casáramos, esta vez de verdad, sin leyes de por medio. Mis padres llegaban en un mes así que fijamos la fecha de la fiesta y pensamos en hacerla de *traje* porque no teníamos dinero para poder invitar a tanta gente. Acá la fiesta de traje es una costumbre maravillosa porque te permite abrir las puertas de tu casa para celebrar lo que quieras con la gente que quieras aunque no haya plata.

Yo pensaba al principio que había que acudir vestida de elegante, pero luego comprendí que aquí *traje* es un verbo solidario: "traje unas yucas fritas y un vino", "traje un queso y unas cervezas", "traje un guacamole con nachos y gallito", "traje un queque de chocolate", "traje unos rones con limones".

La boda mágica

Un mes después tuve que volver a la peluquería (a quitarme los pelos y las canas), pero esta vez no estaba Israel. La chica que me atendió no me preguntó nada así que no hablamos apenas: el resultado es que salí de allí irreconocible. Parecía Cristal, o cualquier personaje de telenovela latina. Ni Jorge me reconoció al llegar a casa.

Cuando me miré en el espejo y me vi tan distinta a mí, me sentí un personaje. Me entró el gusanillo que siempre he sentido antes de subirme a un escenario y me acordé de mis bodas performance en Tánger y en Madrid, y de todas las veces que me he preparado para salir a entretener, a emocionar, a divertir a la gente representando historias.

Me puse un vestido rosa y negro que compré en una tienda de ropa americana por cuatro dólares. La tela es de estampado punki desteñido a la par que reflectante. El corte, elegantísimo, largo hasta los pies. Me estaba llamando desde la percha para que fuese a por él: llevaba mi nombre en la etiqueta.

Mi madre me regaló un chal rosa fucsia para darle el toque boda y Jorge me trajo de El Salvador un collar y unos pendientes de coral rojo a juego, regalo de su mamá. También me puse la pulsera que me regaló Sonsy y unos zapatos de tacón negro que aguanté con estoicismo un par de horas.

Para la noche elegí un vestido negro de esos que usan las actrices para dar o recibir un Oscar, también me costó cuatro dólares. Afortunadamente a la noche me parecía más a mí misma: cayeron las máscaras de maquillaje, los tirabuzones del pelo, me quité los tacones, y se nos fue la noche entre bailes, risas y canciones.

Esta sensación de ser un personaje se acrecentó cuando empezó el drama. Es ese drama que hay en todas las bodas y que yo pensaba que en la mía no habría. Vi que Jorge andaba con mala cara tratando de sonreír a la gente que iba llegando a la casa y supuse que era la diarrea que le tenía débil desde hacía dos días. Pero le pregunté.

Me dijo que Daniela y Pablo no iban a venir a la ceremonia y al almuerzo en Chubascos. Que no sabían que era la boda, que tenían que llevar a su primo al aeropuerto, y que luego se iban a descansar a casa, que vendrían al bailongo de la noche. Yo no entendí mucho pero lo vi muy dolido y me puse a pensar qué podría hacer yo. Quise llamar a Daniela y decirle que su padre se sentía fatal y que por favor viniesen. Pero pensé que no debía meterme porque ellos tendrían sus razones para no venir, y que igual se incomodaban si me tenían que dar explicaciones a mí.

Desde mi punto de vista, era un problema de comunicación. Por alguna razón ellos no se habían enterado aunque lo hablamos en casa un par de veces. No le habían dado importancia. Entonces le sugerí a Jorge que no le diera tampoco importancia. Que lo importante es que ellos y yo nos llevamos bien y nos tratamos con mucho cariño, y que la boda no es más que un evento social extraordinario, que lo que cuenta es el día a día.

Jorge me recordó que todo rito social contiene una dimensión emocional y que él sentía que no venían para joderle. Para él sí era importante compartir ese momento con sus hijos. Yo me sentí culpable un rato pensando que igual teníamos que haberles explicado con más claridad que la ceremonia iba a ser familiar, en un precioso restaurante situado en las faldas del volcán Poás, y que habíamos alquilado una microbús para olvidarnos de manejar.

Le di vueltas al tema pero no pude hallar la solución porque me daba miedo llamarles. Mi personaje tenía que dejar que las cosas sucedieran sin poder influir en ellas, y mientras mi compañero lloraba, fue bien difícil tratar de consolarlo. No servía de mucho explicarle que no tenía importancia, que ni Dani ni Pablo querían demostrar su rechazo a la boda, y que los íbamos a echar de menos, pero que luego podríamos disfrutarlos a la noche.

Nos subimos al bus y llegamos a Chubascos. Mis padres se quedaron impresionados por la belleza y la magia del lugar. La gran casona de madera está rodeada de un bosque de pinos y tiene una praderita en la que celebraríamos el enlace plagada de flores. El restaurante conserva la arquitectura tradicional de la zona, con techos a dos aguas, y tiene un caminito para bajar hasta el lecho del río Poás, en medio de la selva.

El restaurante sirve comida típica costarricense y está hecho de madera, decorado con flores, velas aromáticas y colgantes diversos. Lo regenta mi amiga Julia, que fue la chamana de la ceremonia y que estuvo pendiente de todos los detalles: ella confeccionó el menú y estuvo todo el tiempo atenta para que todo saliese bien. Comimos de maravilla, yo muy impresionada porque mi amigo Peris vino desde Quito y pudo presentarse por sorpresa en la comida.

En los baños me encontré lo que en todas las bodas. Mis cuñadas y sobrinas se preguntaban por la ausencia de Dani y Pablo, y aprovecharon para preguntarme a mí cómo me sentía. Yo les dije que bien, que sabía que el tema no iba conmigo, y que quizás había que ponerse un poco en su lugar: puede que les cueste manejar el tema, puede que hayan pasado de la boda como mecanismo de defensa para asimilar una nueva situación, puede que piensen que no íbamos a hacer nada más que comer...

Yo me sentía tranquila pero me daba pena por Jorge porque lo notaba tristón. Antes de salir nos dimos un abrazo súper fuerte y súper largo, que los demás interrumpieron entre risas para que nos sumásemos a la ceremonia. Julia había hecho un caminito súper lindo de pétalos de rosas rojas, blancas, amarillas. Nos colocamos en círculo porque queríamos hacer un ritual en el que fuésemos todos protagonistas, y de este modo nadie quedase apartado. Yo no quería espectadores que hacen fotos, quería que sintiesen conmigo el homenaje que le estábamos haciendo al amor.

La ceremonia fue muy romántica. El discurso de Julia estuvo plagado de palabras hermosas: habló de amor, de viajes, de culturas, encuentros, energías que chocan, lazos que nos unen, magias que nos trascienden. Mientras, las nubes caían hasta nuestros pies, humedeciendo las flores y nuestras ropas. Duró poquito, pero muy emotivo. Julia abrió el rito con un discurso de bienvenida lleno de amor y ternura. Habló de Costa Rica como un país abierto y amable, que ha sido desde siempre un lugar de encuentros de culturas diferentes. Habló de las esferas indígenas prehistóricas, de la magia latinoamericana y del amor, y nos dio la bienvenida a los dos, extranjeros emigrantes, amantes aventureros. Nos deseó toda la felicidad del mundo para nuestra vida en común en este país bello, diverso, palpitante, exuberante, generoso y contradictorio.

Julia terminó su discurso e inició el rito leyendo una cita de Erich Fromm sobre el amor. Cada una de las personas asistentes leyó un poema: Gioconda Belli, Mario Benedetti, Eduardo Galeano, Pablo Neruda, Isabel Allende, Julio Cortázar, Cervantes y Shakespeare.

El más hermoso fue el de Jorge, porque lo escribió él mismo. Nos sacó las lágrimas a todos con su poesía, que entraba directa desde mis oídos hasta el corazón. La niebla descendía acariciando las copas de los árboles y nos iba envolviendo, como las palabras de Jorge. Las finas gotas de lluvia hacían brillar los colores de nuestras ropas y los pétalos de rosa esparcidos por el suelo.

Al terminar el poema lo besé. La gente aplaudió. Julia nos pidió que nos abrazáramos todos, estrechando el círculo. Mi papá dijo unas palabras súper emocionantes, estaba muy inspirado y yo sentí de nuevo una emoción enorme. Le salieron espontáneamente, desde lo más hondo de su corazón. Fue tan lindo escucharle a él y a mi mamá, que se nos saltaron las lágrimas. Después explotamos de alegría, brindando con copas de cava y fresa. En el momento que alzamos las copas comenzó a llover, y salimos corriendo, felices y alborotados.

La fiesta de la noche fue una loquera de gente impresionante. Se me pasó volando, dando la bienvenida y despidiéndome de la gente, que trajo de todo: carnita en salsa, ensaladas, platanitos, papas, maní, queso crema, *sandwichitos* salados, palmito, aceitunas, salsas variadas para untar con tortillas, tarta de queso y bizcocho de chocolate, vino, birra, whisky y ron, guaro, refrescos... y las deliciosas tortillas de patatas que hizo mi mamá la tarde anterior.

Me encantó ver a gente de todas las nacionalidades (ticos y ticas, panameños, polacos, alemanes, españoles, italianos, salvadoreños, chilenos) y de todas las edades celebrando con nosotros. Daniela y Pablo trajeron a sus amigos, yo a los míos, y Jorge a los suyos.

Fue impresionante la cantidad de gente que había en las habitaciones, el salón, la cocina, el garaje y la calle; abrimos la puerta para tomar la acera y el camino, y eso me encantó porque en San José vivimos enrejados, encerrados hacia dentro.

En mi barrio las calles están vacías, la gente aparca el coche dentro de sus casas, no pisan las aceras. Y una fiesta siempre es un buen motivo para abrir ventanas y puertas hacia el exterior.

La verdad que yo no pensaba que me iba a hacer tanta ilusión casarme, y os confieso que si por mí fuera armaría una fiesta de boda todos los meses, porque me encantó. Sentí que, definitivamente, las bodas son excusas para verse, para ponerse guapos, para celebrar la vida y el amor.

Nos unimos como quisimos. No hubo promesas de amor eternas, nadie nos habló de obligaciones, nadie nos hizo prometer ni jurar. Nuestra sacerdotisa no nos habló de fidelidad, ni nos dio ejemplos a seguir, ni tuvimos que arrodillarnos. No utilizamos símbolos que nos atasen, y sellamos la unión con un beso, un brindis y un abrazo.

Yo no tuve que poner cara de virgen, ni él tuvo que poner cara de "la cuidaré como si fuera una princesa".

No aceptamos regalos (la consecuencia de esta advertencia fue que se nos llenó la casa de tazas de café, tenemos colecciones para exportar), pero al final la gente logró colarnos cosas: una olla exprés, aceite lubricante con sabor a fresa, tres bandejas de jamón serrano, dos cartas escritas a mano, una tabla de madera para cortar hecha a mano, un ramo de orquídeas (es la flor nacional de Costa Rica), una licuadora, un marco de fotos, un chunche para hacer cubitos de hielos en forma de corazón, dos macetas con flores, muchos mails y llamadas, un álbum de fotos de mis sobrinos, una crema corporal perfumada, un sofá, una pipa para fumar, y el más impresionante: un vídeo musical grabado por mis amigos del barrio que me hizo reír y llorar como una loca.

Me gustó casarme y vivir el proceso en su doble dimensión: teórica y emocional. Pude analizarlo desde dentro, del mismo modo que el enamoramiento brutal que me invadió un año atrás al conocernos.

Como había pasado muchos años sola, sin querer tener pareja y aun habiéndolo intentado en dos ocasiones, me encantó verme arrastrada por esa oleada de anfetaminas que posee tu cuerpo y tu mente cuando te fascinas con algo o con alguien.

Nos curramos un video muy bonito a base de fotos con una canción romántica y me reí de mí misma, porque se lo envié a mi gente querida. Y si, me acordaba de mis críticas a los vídeos de las parejas nupciales tradicionales.

Jorge habló con Dani y Pablo, con ese nivel de comunicación que yo tanto admiro, y las aguas volvieron a su cauce. Saber que al hijo de Maika también se le olvidó la boda de su madre nos hizo ver que son procesos hasta cierto punto inconscientes, y lo bueno es que pudieron llorar, abrazarse y arreglarlo. Hoy hacemos bromas sobre el tema porque gracias a que lo hablamos no se hizo herida ni se convirtió en tabú.

Cuento mi boda aquí para dejar de sentir que me escudo en el discurso. Me casé enamorada y por lo tanto, víctima de muchos mitos románticos inyectados en vena cuando era una niña y una adolescente. Me casé con la excusa de que necesito los papeles de residencia, pero feliz porque quiero estar con Jorge y compartir ese amor con los demás. Mostrarlo para expandirlo, para contarlo, para compartirlo, si.

Me encantó comprobar la fuerza social y emocional del rito. La gente a nuestro alrededor nos arropó con su presencia física o virtual, mi gente en España se volcó en muestras de cariño, y me llamó la atención la cantidad de personas que mostraron su aprobación o dieron su bendición. Muchas mujeres de mi pueblo, por ejemplo, suspiraron aliviadas y mostraron su alegría (pensaban que me iba a quedar soltera cuando me veían sola viviendo en el pueblo y haciendo una incomprensible tesis doctoral).

-Aunque sea con un extranjero, pero bueno, es un marido al fin y al cabo, oyes.

-No, tía Luisa, allí la extranjera soy yo.

-Ah, si, bueno, claro, allí tú eres la extranjera, pero aquí el extranjero es él. Eso depende de donde estéis.

-Si lo importante es que sea una buena persona, tía.

-Si, si, los extranjeros pueden ser también buenas personas, claro, bonita. Qué bien, hija, que por fin tienes a un hombre, que estar sola no es bueno.

-Qué va, tía, si tengo muchos amigos y amigas. No me hace falta. Lo que pasa es que me enamoré.

–Hija son cosas que pasan, qué le vas a hacer. Así es el amor, y si Dios quiso que así fuese, pues por algo será. Yo te felicito desde lo más profundo de mi corazón, te conozco desde que eres una bebé, y aunque seáis muy modernas todas, y trabajéis y tengáis vuestro dinero, yo me quedo tranquila de saber que ahora ya tienes un hombre. Ahora ya puedes tener hijos y tener tu propio hogar.

Como Sinneb, que me desea lo que ella cree que es lo mejor para mí y para cualquier mujer: casarse y tener hijos. En el imaginario colectivo una mujer soltera no es una mujer de verdad. Por eso las mujeres que me quieren desean verme protegida por la figura de un hombre. Protegida de los demás hombres y de las malas lenguas. Después de la boda, que te vaya bien o no es cosa de la suerte y de la vida. Pero para ser “normal” y estar plenamente integrada en la sociedad, una muchacha joven en edad reproductiva tiene que casarse. Y mi edad y mi soledad las inquietaba sobremanera.

Por eso estaban tan contentas de saber que por fin había encontrado un marido. Me pedían que enseñara su foto en el teléfono móvil. Mientras buscaba alguna especial, todas hicieron todas la misma pregunta: ¿y para cuando los niños, bonita?.

Yo me reí pensando, *joe luego tienes una hija y todo el mundo te pregunta que cuando vas a por el niño para hacer la parejita, y así sucesivamente*. Yo les dije, de momento no, que tengo que encontrar un buen trabajo, y disfrutar un poco, ¿no?.

–Pues vete dando prisa bonita que yo a tus treinta y cinco ya tenía a los seis niños y faltaba por venir la Mari.

–Disfrutar, disfrutar, si ahora las jóvenes no hacéis otra cosa que disfrutar, os cogéis el coche y hala, y el avión, y a viajar, y a ir a fiestas, y conciertos, y a daros la vida padre, ¡oyes!

Y yo reía, “no como vosotras que no os dio tiempo a nada, coño”. Y también les dije: “ *y se está mejor sola que mal acompañá, eso no me lo podéis negar. Es mejor ser selectiva que juntarse con el primero que viene y que luego sea un desgraciado que te haga la vida imposible*”.

Asintieron, “sí, sí”, y babearon con la foto de mi “marido”:

–Pues es guapo, no parece catorce años más viejo que tú.

–Pues muchas gracias, tía Luisa. Pero no es viejo.

–No, no es viejo, es buen mozo.

Entonces les hablé de lo bien que cocina Jorge, de cómo lava los platos, de cómo tiende la colada, de lo buen padre que es, y se me quedan mirando boquiabiertas.

"Pues hija que suerte que tas echao un marido asin, parece de mentira". Les hablo de mis hijastros mayores y de lo guapos, listos, inteligentes y buena gente que son y se quedan alucinadas, dice una:

-Claro es que como se divorcian ahora tanto, pues al final se hacen familias arrejuntadas, unos hijos de aquí, otros de allá, menudo jaleo. Pero bueno si sus apañáis bien, allá vosotros, oyes.

A mí me sorprendió sentirme feliz a medida que la gente me daba su visto bueno o bendecía nuestra unión. Es normal que me guste que acepten mi vida y mis decisiones, pero me surgían mil preguntas: ¿Cómo hubiera sido con una mujer?, ¿Cuántos años tardaría en obtener estas bendiciones sin casarme?...

El compromiso anunciado públicamente otorga legitimidad a tu pareja, a tus compromisos emocionales, a tu elección de vida. Siempre me llamó la atención que en todas las biografías de personajes famosos, como reyes, científicos, políticos, artistas o intelectuales, se habla indefectiblemente sobre si se casó o no, y de cuántos hijos e hijas tuvo.

Yo al principio pensaba que debería ser una información irrelevante, pero de algún modo, saber qué tipo de vida llevó esa persona te permite conocerla mejor. Algunos se encierran en vidas apacibles con sus esposos o esposas e hijos mientras idean fórmulas matemáticas grandiosas o gestan novelas inolvidables.

Unos viajan impenitentes por todo el planeta dejando un reguero de amantes, otros permanecen como lobos solitarios, unos se casan ocho veces a lo largo de su vida, otros son infieles impenitentes, y otros bohemios ocasionales.

Sí, lo de casarse marca de algún modo. Yo sé, por ejemplo, que mis padres respiran tranquilos.

Nunca me vieron demasiado adulta, ni demasiado apta para la supervivencia, y de algún modo sienten que acompañada estoy mejor. Su emoción en mi boda me impactó porque me hizo sentir por fin adulta, pero a la vez un bebé que era de ellos y pertenecía a ellos. Y ellos se sentían felices simplemente porque Jorge y yo declaramos públicamente nuestro compromiso de querer vivir la vida juntos.

Hasta que la vida misma nos separe.

CAPITULO II

Performances nupciales

Bodas mágicas y bodas fallidas

La vida es puro teatro, cantaba la Lupe, y nosotros aprendemos a relacionarnos desde las situaciones dramáticas de las novelas, las películas, las canciones, y los culebrones. Aprendemos a ser personas siguiendo los modelos de héroes de nuestra cultura, y aprendemos a ser hombres y mujeres del mismo modo que los actores y las actrices aprenden a representar y recrear identidades ajenas.

Nuestros roles son los papeles que nos tocan en la vida, y hacemos lo mismo que los artistas Stanislavski cuando construimos nuestra identidad: aprendemos a vestirnos, a movernos, a hablar desde el personaje que nos ha tocado vivir.

Adquirimos un acento, unos modales al comer, un tono de voz, unos gestos acorde a nuestro género. Además, también tenemos que adaptarnos a los contextos y hacernos diferentes personajes para relacionarnos con los jefes, con los hijos, con las amigas, con la madre, con los amigos de la infancia, con el esposo o con el amante. No somos los mismos en un bar que en un congreso internacional...

El género es el principal factor que determina nuestra identidad, y que por tanto influye enormemente en nuestra forma de caminar, de correr, de hablar, de comportarnos, de relacionarnos con el mundo. Piensen en esas madres que te regañan para que no te sientas con las piernas abiertas, para que no te ensucies el vestido, para que no te subas a un árbol bajo la máxima ley de que eres una niña. O en esos padres que te regañan para que no llores, para que aprendas a defenderte como un macho y demuestres que eres un verdadero hombre.

Aprendemos a crear el personaje de "mujer" o de "hombre" según el papel que se nos asigne en el teatro de la vida, pero también aprendemos a crear realidades mediante la palabra y el rito: "ahora sois marido y mujer", "te has convertido en un cristiano", "descanse en paz en la eternidad".

Mediante estas frases gloriosas instauramos una realidad, y para dotarla de mayor importancia, las reforzamos con rituales simbólicos: nadie duda de la realidad después del intercambio de anillos, de ver el agua escurriéndose por la nuca del bebé, o de despedir al ataúd que vuelve a la tierra acompañado de las frases en latín del cura.

Las bodas son cuentos que nos contamos a nosotras mismas y a los demás para poder recordarlos. Las bodas, además de ser un pacto de convivencia y un contrato mercantil, son también actos performativos, representaciones teatrales que vivimos con la intensidad del directo. Son rituales de paso que marcan la llegada a la adultez, son finales felices de cuentos de hadas que nos encandilan.

Para entender esta dimensión teatral y performativa de las bodas, voy a contarles que una vez asistí a una boda tradicional en la que los novios nos fastidiaron la fiesta porque no disfrutaron de ella y porque no supieron meterse en su papel.

Esta boda fallida fue una boda poligonera, es decir, de esas en las que a pesar de ser todos de clase obrera nos vestimos como si fuéramos a una boda real, con vestidos de estos que imitan a los que vemos en el *Hola*. Yo me adapté con soltura es este glamour barrial porque me gusta disfrazarme, pero los novios no. Se les notaba no estaban cómodos en sus respectivos trajes, estaban ajenos a la gente, a la fiesta, e iban mucho al baño con un grupo de amigos.

La novia me recordó mucho a Belén Esteban, la princesa del barrio, cuando la vi bajar del coche nupcial mascullando maldiciones y quejándose por la dificultad para mover la cola del vestido. Lo primero que hizo fue pedirme un piti, y su madre le regañó: "Ninguna novia se fuma un cigarro antes de llegar al altar". Pues ella sí: "Joder mamá es que estoy muy nerviosa".

Mientras apuraba las caladas del piti, miraba hacia el fondo de la iglesia como si fuese descalza a tomar carrerilla para lanzarse desde un puente al vacío. Ella no avanzó como avanzan las novias, despacio, mirando al suelo, sabiéndose objeto de las miradas, actuando con falso pudor, refugiándose tras el velo para resguardar su inocencia de las miradas ajenas hasta la llegada al altar.

La novia poligonera llegó a la puerta dando largas zancadas con sus taconazos blancos, sacudiéndose el velo con brusquedad. Estaba nerviosa y con ganas de que todo aquello pasase. El novio la esperaba en el altar, nervioso también, ante la infrarroja mirada de algunas tías y las primas de la novia, que le veían por primera vez.

La novia llegó al altar sin sonreír demasiado, y guardó silencio con la cabeza hacia abajo. De pronto puso cara de niña buena que se va a portar bien que me hizo reír, porque la conozco bien y sabía que se estaba preguntando a sí misma quién la mandaría meterse en ese jaleo. No disfrutaron de su boda: ni en la ceremonia ni en la cena. No los vimos mirarse con amor contenido, se sentían incómodos, no bailaron el vals romántico para deleitarnos porque les daba vergüenza a los dos. Hubo tres heridos por caídas tontas, los padres lo pasaron mal, y a mí me dio pena la frialdad del baile porque se evidenciaba de manera un tanto obscena el derroche en recursos y la falta de calidez humana.

No hubo forma de disimular esta obscenidad porque los novios no contribuyeron a crear atmósfera romántica ni se metieron en la piel del personaje. No nos dejaron tampoco crear nuestros personajes de invitados felices: el romanticismo no se puede comprar, sólo se puede sentir y se puede transmitir por el aire, para ser compartido con los demás.

Para que una boda tenga éxito y se cree esa magia especial, resulta esencial que los novios actúen creyéndoselo de verdad, metiéndose en el papel, y disfrutándolo como hacen las actrices y los actores profesionales. Ayuda la escenografía, el vestuario, la música, la comida: pero lo fundamental es que los novios se quieran un poco.

Y que muestren cara de amor, de susto, de buena gente, de felicidad ilusa. Si no notas a los novios felices o emocionados, sientes que te han invitado para sacarte el dinero e irse de luna de miel, o hacer reformas en la casa. Lo digo porque normalmente las bodas son caras y una tiene que cruzar los dedos para que no le caigan varias en un año.

Es un negocio tremendo que mueve mucho dinero cada año: salones de bodas, tiendas de ropa de novias, joyerías, floristerías, hoteles, agencias de viaje, tiendas de regalo, iglesias, orquestas de música, créditos e hipotecas... La gente mira muy bien lo que le dan para luego corresponder con la misma moneda en las bodas de los demás. Sin embargo, nadie se queja porque son "eventos de amor" en los que podremos lucirnos socialmente para que todo el mundo vea lo bien que nos va. Además, ¿a quién no le gusta poder contribuir a la unión de dos tortolitos jóvenes y enamorados?

El amor teatral invisibiliza esta cuestión económica porque nos ofrece emociones y sueños de felicidad y eternidad en estado puro. En todas las bodas tradicionales en las que los novios actuaban de maravilla, he llorado de emoción con el "si quiero", y me he creído el cuento. Les he imaginado de viejitos juntos y muy unidos, y he soñado mientras bailaban el vals o su canción favorita que se querían para siempre. Me lo he creído del mismo modo que me lo creo en las películas: mi corazón se desgarró cuando los corazones de los protagonistas se desgarran.

Aunque he de confesar que mis bodas favoritas son las de mi gente querida: verlos sudando la camiseta y dándolo todo en ese día tan especial me emociona hasta lo más profundo de mi ser. En esos momentos en los que compartimos la alegría de querernos con la gente cercana, siento que la vida merezca la pena, me dan borracheras de fe en la Humanidad, y creo en el amor para siempre.

No sólo he sentido esto en las bodas ajenas, sino también de las mías. Me casé varias veces en plan teatral y les voy a contar en qué consistieron mis bodas. Son bodas de éstas performativas que surgen de la nada... no sé si les ha pasado estar con amigos y montarse una.

Enseguida la gente se pone creativa, acondiciona el espacio, se reparte los papeles, se construye el personaje elegido, se maquilla, se viste, se ayudan unos a otros. y que actúas con todo tu alma para Es la excusa perfecta para hacer teatro, celebrar el amor, y disfrutar de otras realidades con la gente que te rodea. Yo lo viví en Cuenca, en Tánger, en Lavapiés y en Getafe.... Y siempre rodeada de gente querida.

Mi boda performance en Madrid

Les cuento que un día de principios del siglo XXI andaba devanándome los sesos sobre un tema propuesto para un trabajo del doctorado. Era algo así como la ciudad como espacio de creación literaria. Y no sabía muy bien por donde agarrarlo.

Después de haberme leído unos cuantos libros cuyo eje narrativo era Barcelona, Madrid, Lisboa o Roma, me puse a la tarea. Salí de casa y a pasear por Lavapiés, (el barrio en el que creció mi padre y que yo tanto amo), a ver si me inspiraba un poco. Quería oler los vapores de las cocinas de las casas y los restaurantes, distraerme con las escenas cotidianas y extraordinarias, regalar a mi oído de mundo con esa mezcla tan diversa de idiomas que surge de las ventanas de sus angostas calles.

Caminar por Lavapiés es fascinante por su multiculturalidad, por las músicas del mundo que se oyen, por las emociones que al explotar se cuelan por las rendijas de puertas y ventanas y salen a la calle. Caminando oyes risotadas y carcajadas, llantos de niños, peleas conyugales, gemidos, jadeos, conversaciones telefónicas, una actriz ensayando a gritos su papel.

Oyes el taconeo flamenco de una bailarina, el runrún del camión de la basura, el bullicio de los edificios okupados, las luces de las sirenas de la policía, los músicos ambulantes que tocan en las terrazas, el traqueteo de los monopatines en la plaza, el silbido de algún *mantero* avisando de que viene la policía, el saxo de algún noctámbulo deleitándonos en la noche...

El calor sofocante intensificaba los olores a kebab y a cocido madrileño, incienso, marihuana, orines, cacas de perro, sudor de bailarines, el olor de la ropa de muerto tirada en la calle, el olor a fritanga madrileña de los bares. Y tenía a mi alcance todas las músicas, todas las historias de vida a mi alrededor... sólo tenía que poder transformar todo aquello en palabras. Las tiendas de los chinos, las plazas llenas de niños de todas las edades y orígenes, las carnicerías árabes, los locutorios telefónicos, los solares abandonados, la puerta del metro... en todas partes había relatos esperando ser contados.

Así que me senté a elegir relato. No pensé que acabaría construyendo el mío propio. Me senté a ver pasar la vida, a ver cómo se marchaban y llegaban los viajeros, las estudiantes, los prostitutas árabes, las jubiladas del barrio. De la boca oscura del dragón urbano salió una amiga que vino a saludarme y me invitó a ir con ella a una nueva casa *okupada*.

No me lo pensé. Adriana sabía que me encanta ir a los espacios abandonados antes de que tomen vida, cuando todavía están llenos de polvo y de historia. Es un lapsus de tiempo breve que hay que aprovechar porque pronto los nuevos habitantes se reparten las tareas y comienzan a desempolvar, a tirar basura, a barrer y fregar suelos, a pintar paredes, a arreglar la luz o las tuberías, a reciclar muebles y objetos, a decorar las estancias.

No imaginaba que en uno de estos lugares detenidos en el tiempo iba a encontrarme un tesoro para mi trabajo de doctorado. Saludamos a los nuevos habitantes y estuvimos un rato hablando con ellos sobre cómo entraron, si había llegado ya la policía, qué tal los vecinos, qué tal estaba el edificio, su situación legal, qué tal habían pasado la noche, etc. Luego nos enseñaron todas las plantas del edificio y yo me quedé en una de las casas mientras los demás subían a la azotea.

El edificio llevaba vacío treinta años, de modo que lo que tenía ante mis ojos era toda una imagen congelada de una historia vital, lista para ser disfrutada. Me llamó la atención una maleta de piel cuarteada, abandonada en una cama de hierro bañada por la luz que entraba por las celosías del balcón. Había objetos y ropa esparcidos por el suelo.

Fui directa a abrir las puertas de los balcones para que entrase la luz densa del verano, y después fui a por la maleta, mientras me maldecía por no llevar encima el móvil para hacer fotos. Estaba llena de cartas. Me senté en la cama y me puse a leerlas. Estaban meticulosamente ordenadas por fechas: primero una de Ricardo, luego la contestación de Agustina, y así sucesivamente hasta el final.

Él había sido soldado en la guerra civil española y ahora estaba cumpliendo el servicio militar en Mallorca. Ella estaba en Madrid viviendo con sus hermanas y su madre, en un pequeño piso en Tirso de Molina. Todas cosían en la casa: diseñaban vestidos por encargo y remendaban ropa.

En las cartas él le dice que le echa mucho de menos y que cuando regrese se casarán y serán felices. Ella le dice que le tiene muy presente en sus pensamientos y que cuando le den permiso vaya a verla a Madrid. Él le dice que besa su foto todas las noches y que ha hecho muy buenos amigos entre los compañeros. Ella le cuenta que ha conseguido trabajo en una fábrica textil y que está muy contenta. Él le cuenta que le gustaría llevársela a su pueblo en Alicante porque Madrid es demasiado grande.

Ella le dice que Madrid le gusta mucho y que le gusta su trabajo. Él le contesta que ya veremos y que tiene muchas ganas de verla para poder hacer planes juntos. Ella le cuenta que ha ido a los toros con sus primos y primas, que después fue a bailar a la verbena de la Paloma y que se lo pasó muy bien pero que ojala hubiera estado él allí. Él le dice que cuando vuelva la va a llevar a tomar chocolate con churros en San Ginés, ella le dice que le manda un pañuelo con su nombre, que lo compró en el Rastro y que se lo ha bordado, Él le contesta que no se lo quita de encima jamás el pañuelo y le pide que le escriba más a menudo. Ella le dice que está muy ilusionada con la boda de su prima Nuri, Él bromea pidiéndole que no se eche otro novio en la boda, Ella le dice que no, que seguro que pensará en su boda con El. Ella se queja porque le duelen los pies de tanto bailar en la boda, a él le duelen porque se torció el tobillo en una marcha por el monte.

Ella le cuenta que le han hecho encargada de su sección, que lleva a 12 compañeras y que está muy contenta. Él le cuenta que ha soñado con el hijo que van a tener, y que quiere llamarle Ramiro o Remedios. Ella le contesta que todo a su debido tiempo, y que el nombre de Remedios no le gusta mucho. Él le cuenta que sigue con el pie vendado, triste y de mal humor, ella le cuenta que tenía una terrible jaqueca por exceso de sangría en la pradera de San Isidro. Él le reprocha que sale mucho y que no le escribe tanto como antes. Ella le contesta que es que tiene poco tiempo porque el ajuar y el trabajo en la fábrica le tienen absorbida. Él le reprocha que lleva dos semanas sin recibir carta, ella le pide disculpas de nuevo. Él le cuenta que su padre quiere que se encargue de la lechería en Santa Pola, Alicante, porque se ve muy mayor para trabajar ya, y le pregunta que qué le parece a ella.

Ella le cuenta que lo siente muchísimo pero que se ha enamorado de un maestro de escuela viudo que además es poeta y anarquista. Que se va a casar con él porque le está haciendo descubrir mundos. Que lo quiere y que la perdona, pero que no puede con la distancia.

La última carta me hizo llorar. Es cuando Ella le dice a Él que fue muy feliz ese mes en Alicante cuando fue a veranear a Santa Pola con su madre y hermanas. Que le encantó compartir con él esos atardeceres tan hermosos en la playa, esos besos a la luz de la luna, esas conversaciones tan bonitas y profundas, esos baños bajo la cegadora luz del sol mediterráneo. Que fue muy feliz ese mes con él y con todos los primos y primas de él, que le encantó conocer sitios tan bonitos en el campo, que se sintió la mujer más feliz del mundo el día en que robaron el bote de su tío y se perdieron en alta mar los dos solos, que había sido como un sueño poder experimentar cosas tan bonitas con sus delicadas caricias.

Pero que después de tres años ese mes estaba muy lejano y que tenía que comprenderla. Que ella no quería vivir en ese pueblo alejada de sus hermanas y su madre y sus amigos nuevos. Que no quería dejar de trabajar porque se sentía muy útil en la fábrica y que su familia necesitaba su ayuda. Que su futuro esposo, Esteban, es una buena persona que la cuida mucho y que la respeta mucho. Que la trata como a una compañera y que comparten muchas cosas en común. Que sabe que no está bien lo que ha hecho, que quiso guardarle ausencia, pero que no pudo porque encontró a su alma gemela sin buscarla. Que le perdona, que le desea lo mejor para su nueva vida ahora que tan solo le quedan dos semanas para salir de la "mili" y que ojalá encuentre a una esposa como él desea.

Y se acaban las cartas.

Entonces me puse a mirar los objetos esparcidos por el suelo y a tratar de hacer una lectura visual del espacio. Me encuentro con una foto de la boda de Agustina y Esteban en la mesilla de noche. Limpio el cristal con las sábanas de la cama, que cruje a cada movimiento mío. Ella está radiante con su vestido de novia blanco y él está trajeado pero tiene cara de pillín, de tipo alegre y honesto. Me alegro por Ella.

Busco en el cajón y encuentro un cuadernito de Esteban Rodríguez Fernández en el que el maestro iba apuntando cositas, por ejemplo el 19 de mayo de 1942: *"Hoy he conocido a Agustina en la boda de mi primo Jacinto y mi prima Nuri. Se quieren mucho y creo que van a ser muy felices. Agustina me fascinó por su alegría y su inteligencia, hablamos mucho y bailamos hasta la madrugada. Quedamos en ir al teatro para el próximo viernes, me tiemblan las piernas de solo pensarlo. Siempre me siento poca cosa para mujeres así de impresionantes, pero me pareció que le gusté mucho"*.

A finales de ese mismo año: *"Si, le gusté mucho. Vamos a casarnos y nos vamos de luna de miel al País Vasco. Soy un hombre tan afortunado; ella se siente igual que yo"*

Otra el 20 de Septiembre de 1947: *"Hoy nació mi hija Clara Isabel, me ha cambiado la vida para siempre. Difícil de explicar lo que siento, es un sentimiento grandioso que está más allá de las palabras"*

El 13 de enero de 1948: *"Ha vuelto mi hermana Concha del exilio y la tendremos en casa casi un mes. Estoy feliz porque pensé que jamás volvería a verla y porque ha congeniado muy bien con Agustina y Clara. Se va a vivir a Almería con su compañero francés, pero antes nos vamos a reunir en Madrid toda la familia por primera vez en diez años"*.

Más adelante, Esteban cuenta que Agustina ha logrado un puesto en el rastro para vender su ropa diseñada por ella misma. Que él ha ganado un premio de poesía de la Villa de Madrid. Que le van a publicar un libro, que van a tener otro bebé y se llamará Liberto. También escribió el día que murió su madre: *"Se va una mujer que me dio la vida, vacío y ausencias. Ahora que se ha ido la siento más conmigo. Quizás porque la perdoné hace tiempo"*.

La pequeña bitácora acaba en 1969, el día en que Armstrong pone un pie en la Luna. Esteban anota: *"Estoy impresionado. Qué maravillosos somos los humanos trabajando para lograr una hazaña de este calibre. Soñar es uno de los dones más valiosos de la vida, hoy hasta me siento optimista y de pronto creo en el progreso de la Humanidad"*.

Nada más.

Seguí revolviendo en los cajones y las estanterías llenas de polvo. Me encontré un álbum de fotos de Agustina y Esteban: montando en bici por el campo, en la playa de la Concha de San Sebastián, posando con Clara y Liberto en la Puerta de Alcalá, bailando en la verbena, y fotos de comidas y cenas con otras parejas amigas. Además, leí postales de las hermanas de ambos, libros de texto de Esteban, una muñeca con cara diabólica que debió haber sido de Clara, revistas antiguas, el libro de poesía que Esteban publicó (con una amarillenta reseña en el periódico ABC), una redacción de Clara sobre su madre con la nota de la profesora: "Sobresaliente", unos prismáticos rotos, un pañuelo de flores roído por el paso del tiempo, un libro de recetas de cocina, cuadernos del colegio de Liberto, un álbum de fotos de vestidos de Agustina en las sales con sus clientas, un libro con dedicatorias de los alumnos a Esteban y una colección de discos de jazz de vinilo rotos de Clara.

Mientras buceaba en la vida de esta gente, iba recomponiendo el puzzle de sus vidas y todo el tiempo me surgían preguntas: si Agustina y Esteban estarían aún vivos, cuántos años tendrán ya Clara y Liberto, y cómo podríamos localizarlos para que visitasen la casa donde nacieron y se criaron.

Ellos podrían contarnos por qué se marcharon en 1969 y por qué Agustina se había dejado sus álbumes de fotos y sus cartas. Y por qué Esteban se había dejado su cuadernito, Clara sus libros y Liberto su balón de fútbol firmado por algún deportista con el que salía en una foto en blanco y negro. Parecía que habían huido. Nadie se va sin sus libros y sus fotos, me decía yo.

Y sin embargo, habían sido felices. Se les veía estupendos en las fotos. Miré en el armario y me encontré un par de zapatos rojos de tacón desgastados y el vestido de novia de Agustina, y me pareció un milagro que los ladrones no se lo hubieran llevado. Era un vestido blanco, ceñido de cintura y con un vuelo precioso. La tela estaba casi amarillenta, y descubrí el velo en una caja que contenía además dos preciosos guantes blancos de tela de raso.

Cuando los cogí me encontré un poema de amor de Esteban con la fecha de la boda de ambos: "Para mi compañera, esposa y amiga Agustina Etxevarría".

De pronto sentí que la novela epistolar había transmutado en un escenario teatral. Las palabras de la historia de amor se habían convertido en una obra de teatro. La casa con vistas a la calle Tribulete era el escenario, el pasado se había hecho presente, y yo me di cuenta de que iba a disfrutar mucho representando a Agustina. No tenía director que me guiase, pero tenía una historia que contar.

Cuando me puse el vestido no me sorprendió que me quedara perfecto. Al fin y al cabo, llevaba toda la tarde leyendo sus cartas, curioseando su intimidad, oliendo su espacio, pensando en ella y en su gente. Sentía que yo hubiera hecho lo mismo que ella.

Sí, yo me sentía Agustina mientras me miraba en el espejo roto y me hacía un moño y me colocaba el velo alrededor del moño. Imaginaba a Esteban esperándome en algún lugar. Me puse los guantes blancos hasta el codo y los zapatos de tacón, que también me calzaban perfectamente. Enrollé mi camiseta, mis mallas y mis sandalias y las metí en mi bolso.

Le dejé el bolso a Mamen, que se murió de la risa al verme:

-Jodía, que guapa estás, ¿es que te me casas hoy?

-Sí, Mamen, ime caso!

Me lancé a las calles, feliz de ser la novia en el día de la boda. Era un domingo soleado apto para las performances, las *gaupasas*¹, las risas, la flojera, y el disfrute de la vida. Caminé por la calle al principio con el paso apresurado, como si huyese de mi boda. Luego la realidad de los tacones rojos se impuso y tuve que ir caminando despacito, metiéndome en el papel y disfrutando de la tarde.

Si bien la ruptura de Agustina con su novio fue por carta, yo para poder dramatizarlo performativamente la imaginé frente a frente a su novio diciéndole toda la verdad con el corazón en la mano, horas antes de la boda. Una vez que se libera, le abraza y se marcha con paso firme.

Entonces así caminaba yo por las mismas calles en el siglo XXI, experimentando el mismo gozo que una mujer de la década de los 40 al tomar una decisión que la libera de una vida que no quería llevar.

Me sentía como podría haberse sentido ella: liberada, orgullosa de sí misma por su valentía, extasiada por su propio atrevimiento, saboreando los finales y los principios de las cosas. Lo importante era la esencia de Agustina: su libertad, mi libertad, y el vestido de bodas.

¹ Salida nocturna que no acaba hasta que amanece al día siguiente

Yo me sentí fascinada en este transitar por el siglo XX y el XXI. Sentía a ratos que yo era la Agustina versión 1945, una mujer de la posguerra profunda con valentía y poderío. Otros ratos yo era Agustina su versión de 2007, más drag queer y performer accidental.

Llegué a la plaza de Lavapiés, y un grupo de negros tocando reggae me aplaudió y me felicitó. Yo di unas vueltas sobre mí misma para que admirasen el traje y me incliné en señal de agradecimiento ceremoniosamente, como si estuviera saludando a los señores ministros en el Teatro Real.

Se hacía difícil caminar por la calle Argumosa porque la gente me decía cosas y yo me paraba a charlar con todo el mundo que quería escucharme. Les explicaba quién era mi personaje y qué estaba haciendo: *"Soy Agustina, vivo en 1945, iba a casarme con mi novio Ricardo que estaba haciendo la mili en Menorca. Quería llevarme a su pueblo a vivir y a tener hijos, pero yo estoy muy contenta con mi trabajo en una fábrica textil, así que le he dicho que no. Que no me caso con él, que no voy a Santa Pola, y que no quiero vender leche fresca. Me gusta Madrid, me gustan las verbenas, y me gusta un hombre maravilloso, Esteban, con el que voy a encontrarme ahora para huir a la sierra. Nos casaremos solos frente al atardecer para que no se enteren los compas del sindicato. Yo todavía no lo sé, pero voy a tener dos hijos, Clara y Liberto, y a ser muy feliz con mi tienda de diseños en el Rastro"*.

Te pillas cerca, me dijo una amiga que se había metido tanto en la historia que se pensaba que era verdad. Y es que la gente alucinaba: me preguntaban que dónde estaba Esteban, que dónde habíamos quedado, que cómo sabía yo tantas cosas de mi propio futuro, que cómo había conservado ese traje de novia tan vintage, que cómo había sido tan valiente, que dónde vivía. Yo lo que no sabía me lo inventaba, así que lo pasamos muy rico conversando.

Un grupo de chicas que estaban sentadas en un banco compartiendo un litro de cerveza me maquillaron, me perfumaron, y me pusieron encima de todo; un collar de piezas de lego en chiquitito, una peluca rubia de cabello largo, una diadema de leopardo, unos pendientes de plumas rosa fucsia.

Continué caminando por Argumosa más colorida y más glamurosa, saludando a conocidos y desconocidas, y haciéndome fotos cuando me lo pedían.

Llegué a Achuri una hora después y allí estaba mi gente. Les conté toda la historia y les encantó, brindamos por Esteban, por el anarquismo, por mi boda, por mi trabajo, y por el fin del franquismo, y unos amigos sacaron las guitarras y cantamos mientras las luces del atardecer bañaban la escena.

Teche se pintó en la camiseta: "Todos somos Esteban", y Sony para contrarrestar se puso "Todas estamos agustinas". Se unió mucha gente a la celebración, algunas trajeron pelucas, gafas, chales, y crearon personajes de la boda. A mi marido Juan le tocó ser Esteban, unas eran mis hermanas, otras eran mis tías, mis primos, mis padres... todo el mundo se contaba la historia y nos encantó comprobar que en nuestra obra performativa había personajes para todo el mundo, de modo que nadie quedó excluido. Bailamos el vals típico de las bodas y también la canción de Sabina: "que todas las noches, sean noches de bodas, que todas las lunas, sean lunas de miel".

Nos hicimos muchas fotos con todo el mundo y fuimos la atracción del barrio. Los turistas se paraban y algún incauto nos llegó a preguntar si pedíamos dinero a cambio del espectáculo. Todavía recuerdo la cara de Moha cuando apareció por allí y me vio vestida de blanco, llena de accesorios que la gente iba aportando, y descalza porque esos tacones rojos me mataban de dolor y decidí bajarme de ellos.

Lo abracé eufórica, le conté quién era yo, quién era Esteban, y le presenté a nuestros amigos como si fuesen personajes de la boda.

Mamen cuando llegó se partió de risa y me dejó el bolso. Dentro de él había dos fotos: la de la boda que había en la mesilla, y otra en la que salen Agustina, Esteban, Clara y Liberto en la Plaza Mayor, tomando un helado. Las saqué y se las enseñé a la gente. Nos dio un subidón tremendo a todos ver la prueba fehaciente de que yo no estaba loca, de que Agustina era real, de que el vestido era el mismo, de que ella también fue una habitante de Lavapiés y seguramente caminó por esas calles.

-Ey, Kori, ¿te imaginas que Agustina y Esteban aparecen por esta puerta a tomarse una cervecita y nos ven celebrando su vida?, me dijo de pronto Tania, que con su cara me representó toda la escena. Miré hacia la puerta deseando que algún día apareciera esa mujer para contarle lo que hicimos en su día de bodas.

Nos dio para muchas horas de conversación pensar en los posibles presentes de la pareja en la actualidad, o de sus hijos. Si vivirían en Madrid, si tuvieron que exiliarse y ahora estaban en Venezuela, si ya estarían jubilados... Imaginamos mil situaciones en torno a Clara y Liberto, a cada cual más delirante... Todos coincidimos en que les hubiera encantado estar en la fiesta, aunque estuvieran divorciados, o ya no estuvieran vivos. "Desde alguna parte nos están viendo", dijo una de mis amigas más místicas, "encantados de ver cómo celebramos su amor".

Yo amanecí tirada en un sofá con el vestido de novia puesto y con una tremenda resaca, pero disfruté un rato de ese momento en el que sales de una realidad para ingresar en otra.

Ese delicioso instante en que no distingues muy bien entre los dos personajes que te habitan por dentro. Esos minutos en que estás suspendida entre dos épocas, dos formas de ser diferentes, dos escenarios distintos me supieron a gloria.

Una vez aterricé en lo cotidiano me di cuenta de que yo no era Agustina, y que no estaba de luna de miel. Me costó salir de aquella realidad pero logré hacerme el desayuno, desayunar, poner una lavadora, quitarme los restos del maquillaje en mi cara y los tatuajes con lápiz que me hicieron por la espalda, ducharme, mirar el correo y ponerme a relatar la experiencia para mi profesor del doctorado, que me puso muy buena nota.

Nunca se creyó, sin embargo, que caminé realmente vestida de novia por las calles, y mucho menos que lo celebrase con un montón de gente que quiso contribuir a mi trabajo de investigación participando en una performance nupcial. Pero le pareció muy divertido, eso sí.

Mi boda con la Ciencia.

El día que terminé mi tesis doctoral pensé que tenía más mérito demostrar competencia investigadora que casarse con cualquiera. Estaba con el *subidón* y quería invitar a mi familia y a mi gente para asistir a mi lectura, porque yo sentía que ser doctora era lo más grande que había hecho en la vida.

Entonces mi amiga Eva me hizo un cartel con una novia vestida de blanco que tenía mi cara (maravillas del tratamiento de imágenes digital) y un rótulo en grande: *Me caso! Con la Ciencia.*

Era la mejor forma de celebrar una unión lesbiana entre mi persona y la Universidad que duró muy poco. Un mes después de la boda, la Universidad cerró sus puertas a nuevos trabajadores y comenzó a echar a los profesores más jóvenes. Los primeros que salieron por la puerta fueron, obviamente, los de carreras como Humanidades. De modo que como no había sitio para mí, me duró poco el amor y me vi arrojada al vacío interestelar de la precariedad juvenil, en busca de otros amores laborales.

Y así fue como acabé en Costa Rica.

Mi boda intercultural en Tánger

Mi tercera boda performativa fue en Tánger. Cuando vivía en España bajé a Marruecos tres veces, y todos los viajes comenzaban con tres días en Tánger, en casa de la familia de Moha. Viven en un barrio de la periferia, en un hogar ruidoso y alegre lleno de gente que siempre me ha acogido con los brazos abiertos.

La matriarca del clan es Aicha, una mujer grande y ancha con unos ojillos alegres y bondadosos. Su cuerpo lleva encima las huellas de eternas maternidades y la sabiduría de las madres. Todos la adoran porque es el pilar principal de la familia: ella es matrona, cocinera, limpiadora, peluquera, agricultora, educadora, enfermera, costurera y resuelve todos los problemas importantes. Es una mujer alegre y llena de energía que viste ropa de colores llamativos y un pañuelo en la cabeza. Me habla siempre como si la entendiera.

Y de alguna manera, la entiendo. Ella me enseña sus manos doloridas por la artrosis. Me señala el balde donde lava la ropa a mano y yo me indigno porque todos en la casa tienen celular con vídeo y no le encuentro sentido a la ausencia de lavadora. Pero cuando se lo digo, se ríe con mi indignación.

Aicha me da de comer con la cuchara, como si yo fuera una niña pequeña. Me siento *chineada* como una bebida que abre la boca y traga comida escuchando historias en otros idiomas. Allá es una costumbre frecuente dar de comer a la gente, pero a mí me chocó la primera vez porque en Occidente no estamos acostumbrados al contacto físico tan íntimo, ni a que nos hagan cosas si no es a cambio de dinero. En Occidente pagamos en los bares para que nos sirvan la comida o la bebida, en las peluquerías pagamos para que nos laven y nos peinen el cabello, en el podólogo para que nos curen los pies, en la sala del quiromasajista.

A mí me gusta que me cuiden porque me conecta con la infancia. Aicha me peina el pelo con ternura, me regaña si tengo las uñas rotas o sucias, me besa cuando le sale del alma, se ríe de mi ropa, me canta canciones de cuna en árabe, y me da de comer ingentes y deliciosas cantidades de comida.

A mí me da cosa que Aicha pase horas en la cocina, y a ella no le gusta que yo vaya a ayudarle porque soy su invitada. Siempre le digo que quiero aprender a cocinar *tayin* pero hace como que no me entiende y me amenaza con el cucharón mientras me señala la salida hacia el salón.

Con las niñas juego en el suelo, con sus hermanos no porque ellos tienen otros espacios. Sólo interacciono con los hijos de Aicha cuando me dejan acompañarlos a hacer recados en el barrio, o cuando les mandan a *escoltarme* si quiero salir a pasear por Tánger.

En el segundo viaje que hice con Nati y Sonsy, estábamos aprendiendo a hacer *halua*, *mamul*, *atayef* (dulces árabes) en el suelo del salón, y empezamos a hablar de novios. Les pregunté cómo eran las bodas en Marruecos.

Sinebb era la que sabía algo de español, pero como no le alcanzaban las palabras se autoproclamó directora y montó la escena para explicárnosla. Meriem, Fátima y Muna se pusieron a transformar el espacio en un lugar de boda, y nos vistieron con sus vestidos de fiesta, de brillantes y alegres colores. Los sacaron del armario para que los pudiésemos lucir nosotras, porque ellas no tienen muchas ocasiones ya que apenas salen.

Nos sentaron en el suelo del salón y nos maquillaron las caras, las manos y los pies con *henna*. La parte más importante de la boda, sin duda, es el espacio femenino en los que nos acicalamos unas a otras entre canciones, risas, y confesiones. Cuando terminamos de *tunearnos* unas a otras, vino la sesión fotográfica. Posamos jugando y descubrimos muy sorprendidas que los vestidos tenían rajas muy sexys que dejaban ver toda la pierna.

Ellas se morían de la risa fotografiándonos con sus móviles y payaseando. Aicha apareció con una harira calentita, queso con tortillas, y té verde. Los devoramos como hienas hambrientas y después colocamos el espacio para hacer el lugar de encuentro de los novios, sobre cojines apilados.

Cuando terminamos, Meriem me llevó al dormitorio, donde estaba Aicha tumbada en su piel de cordero viendo la telenovela colombiana.

Meriem le pidió muy solemne a su mamá la bendición para casarme con Sinebb. Le explicó que Sinebb actuaría y se vestiría como un hombre, pero a mí me entró cosquilleo pensando que en realidad sería una boda musulmana lesbiana.

Aicha movió afirmativamente la cabeza, me besó la frente y se levantó para vestirme de novia, entrando en el juego. Sacó unas telas blancas para hacerme el vestido y mientras, en el salón, Sonly, Nati, Fátima y Muna estaban disfrazando a Sinneb de hombre.

Cuando salí de la habitación me aplaudieron porque iba muy guapa: tenía velo y cola, y llevaba puestas las joyas de Aicha, que sólo se sacaban en ocasiones muy especiales.

Aicha, Meriem y yo nos quedamos alucinadas con el disfraz de Sinebb, ¡estaba realmente travestida! Casi parecía un hombre. La abracé y se separó para indicarme muy serio que no podía tocarle aún.

Me chocó porque de pronto mi amiga ya no estaba y ocupaba su lugar un desconocido. Así se relacionan con los hombres: en la distancia. Como no tienen amigos, los ven seres diferentes a ellas. Eso pensé.

Las niñas pidieron a Abdulá que nos casara, pero estaba escuchando el partido de fútbol por la radio y no tenía muchas ganas. Se rió al vernos y nos dijo que la boda no podía celebrarse porque éramos dos mujeres. Nosotras protestamos entre risas y defendimos la virilidad de Sinebb, que dijo ser todo un hombre: empezó a hablar con voz grave y a sacar músculo para reforzar su impostada hombría. Abdulá se rió mucho y nos echó diciendo: "Serías un buen muchacho, Sinebb. Yo estaba convencido de que serías niño. Tu alma tiene un niño".

Sinebb me tradujo las palabras de su padre y volvimos a pedirle a Aicha que nos casara ella. Sinebb le pidió mi mano muy solemne con voz de hombre y Aicha se murió de la risa. De repente se puso muy seria, se colocó en el centro del salón y las demás la rodeamos. Nos juntó las manos, y comenzó a bendecirnos. Hablaba despacito, como creyendo que así la entendería todo.

Me quedé eclipsada por sus palabras deseándonos todo lo mejor: "espero que Alá os bendiga y os proteja, que seáis muy felices, que os tratéis muy bien, que tengáis un hogar lleno de paz y de armonía, que tengáis muchos hijos, que la vida os sonría, que si tenéis dificultades las paséis juntos, compartiendo penas y alegrías, que fluya vuestra comunicación y generosidad, sin cálculos. Que el corazón se os llene de mucho amor, para siempre. Amén"

Pasaron unos segundos sagrados, hasta que ella sonrió e inclinó levemente la cabeza en señal de aprobación. No hacía falta traducir. Sinebb y yo nos besamos para sellar la unión y yo me sentí, durante unos segundos, una princesa árabe de las mil y una noches. Con el beso estalló la alegría, nos besamos y abrazamos todas, y Sinebb puso música. Bailamos de todo: árabe, flamenco, rock, pop.

Nos hicieron saber que, dentro de lo exótico de nuestra música, preferían a la copla a la música punki. Cuando Fátima nos dijo en español: "somos hermanas", se me hinchó el alma de alegría. No importaba que no nos entendiésemos mucho: el lenguaje universal de la fiesta nos unió para siempre. Nuestra libertad no era una amenaza para ellas, y sabían que aunque no fuésemos religiosas, éramos buena gente. Éramos raras porque viajábamos por el mundo sin maridos, pero buena gente.

Pasamos una tarde maravillosa, como de borrachera. Me quité el vestido porque hacía mucho calor y las "joyas" que adornaban el cuerpo para bailar más cómoda, y pronto acabamos todas descalzas y sudando. No paramos de reír, dar vueltas, parodiarnos las unas a las otras, y revolcarnos por el suelo. Nuestros cuerpos se comunicaron a través de las caderas, las sonrisas, los ojos, las manos... Cantamos canciones en el idioma universal, hacíamos playbacks y nos gastábamos bromas que no necesitaron ser traducidas. Lo tengo en mi memoria como uno de los diálogos interculturales más hermosos que he vivido en mi vida.

Sinneb me preguntó al acostarnos en las pieles de cordero si me había gustado la boda romántica. A mis amigas españolas y a las niñas árabes las había dado un tremendo ataque de risa floja, así que nosotras hablamos en susurros.

Le di las gracias por habernos organizado una fiesta tan maravillosa y le dije que no la iba a olvidar en la vida. Me dijo que ella sabía que yo algún día me casaría así. Y que ella también. Que Alá nos traería un hombre bueno. Un hombre que no pega. Un hombre que trabaje. Un hombre bueno. Me besó en la frente, y me cerró los ojos.

Al año siguiente sufrí cuando la vi con su "novio", sentada en el salón con cara de señora, sin sonreír apenas. Sin rodar con nosotras por el suelo, haciendo méritos para ser considerada una *buena esposa*. Me contaron que ese hombre la vio al salir de la fábrica y fue a hablar con Abdulá, el papá de Sinneb, Moha, Meriem, Abdul, Hiram, Fátima y Muna. Y desde ese día se hicieron novios sin tocarse, novios de charlar en el salón.

A los pocos meses me mandó una foto de su boda por correo con una sola frase: "¿Ves como te dije que me casaría? Ahora te toca a ti". Y yo recuerdo que me dije para mis adentros: "Ni loca".

Diez años después me acuerdo de ella, y me maravillo de cómo nuestras vidas son tan distintas. En este tiempo Sinneb ha tenido 5 hijos y está embarazada del sexto. Yo he viajado, he emigrado, he cambiado de escenario, he conocido mucha gente, he vivido experiencias muy locas, y me siento muy afortunada de haber podido formar parte de su vida por unos días. Cuando nos despedimos le dije: "Tú serás siempre mi primer marido", y se echó a reír.

"No, tu esposa", me corrigió.

"Lo que tú quieras, ¿sabes que en España se casan las mujeres también?".

Puso cara de no entender.

"Bueno para mí será siempre mi primera boda", le dije, y nos abrazamos fuerte.

La boda en Tánger nos unió más allá de las barreras del idioma o la religión, y disfrutamos tanto porque nos olvidamos de las palabras y nos comunicamos con el corazón, la música, el baile y el cuidado. El amor es lo que nos hace saber que somos hermanas más allá del parentesco, de las distancias que nos separan, de las decisiones que tomamos, del estilo de vida que llevamos cada una. Si, la recuerdo como una boda con amor. Una boda de amor, y por amor. Sé que ellas también recuerdan esa magia nupcial...

CAPITULO III

Las bodas alternativas y los amores queer

Sonsy y Moha: la boda multicultural por los derechos humanos

La boda más divertida que he vivido fue la de Sonsy y Moha.

Fue en la época en que vivíamos todos en un edificio okupado en Lavapiés, en la esquina de la calle Ave María con San Carlos. Tenía 5 pisos y vivíamos juntos españoles, una familia marroquí, argentinos, colombianos, chilenos, e italianos. También vivía con nosotros Naza, que tenía 4 años, y dos ancianos: Flora, habitante del edificio desde 1946, y Abdulá, el patriarca del clan marroquí. Ambos sobrepasaban los ochenta, pero la convivencia pese a la brecha generacional fue estupenda.

Algunos estudiábamos en la Universidad y trabajábamos a la vez, otros eran músicos y cantantes, otros eran circenses, otras eran artesanas, y otros tenían empleos formales, de aquellos que existían antes de la crisis.

Nuestra casa era un mundo muy variopinto y abierto. Nos visitaban vecinos y vecinas del barrio, familia y amigos, y teníamos dos locales: uno habilitado como gimnasio (principalmente usado por escaladores y aficionados al boxeo), y otro como local de ensayo y grabación musical.

Por allí pulularon famosos y anónimos, viajeras, maestros, actrices, poetas, cantantes de flamenco, estafadores profesionales, intelectuales, guerrilleros urbanos y gente hermosa que se busca la vida y teje redes internacionales de afecto. Nos organizábamos asambleariamente y compartíamos comidas, cenas, y el trabajo comunal (luz, agua, arreglo de desperfectos, limpieza de los espacios comunes, etc.).

El día de la boda me desperté ilusionadísima. En teoría se trataba de ir a los juzgados a hacer el paripé, o sea, a acompañar a los futuros contrayentes para que su matrimonio tuviese credibilidad. Pero en la realidad el asunto se convirtió en un fiestón del amor.

A las 8 de la mañana todos estábamos de pie desayunando y arreglándonos en casa. Yo desayuné con la novia entre risas y bromas. Sony se puso sus botas negras hasta la rodilla, su traje negro y un vaporoso chal rojo... estaba maravillosa con su estilo punk mezclado con el toque "juzgado". Bajé a visitar al novio, que estaba guapísimo con su traje y corbata y emocionado como si fuera a casarse de verdad. Abdulá se puso sus mejores galas para acompañar a su hijo y a su mejor amigo, Khaled.

Recuerdo que Teche se peinó la cresta roja con dedicación hasta quedar perfecta, que todos los chicos del edificio se ducharon y se afeitaron, algunos se pusieron perfume y todo. Los mejores fueron los pinchitos, vestidos todos como los protagonistas de la naranja mecánica, con sus chaquetas negras abiertas y sus sombreros de gánster. Las chicas nos maquillamos y nos pusimos ropajes sexys, nos daba la risa floja y nos sentíamos como si estuviésemos de Carnaval.

Cuando nos encontramos todos en el salón de la novia, estalló la euforia de las risas que nos daba vernos tan "elegantes". Nuestro estilo fue siempre el *casual wear*, o sea el *costrismo*, vestíamos de *costris*. Unos más finos y otros más *hardcore*, pero vernos así de "normales" nos dio *subidón*. Ahora miro las fotos y estamos ciertamente peliculeros, en las poses y en nuestro vestuario...

La novia subió a ver a Flora antes de salir. Ella no quería venir a la boda, pero se quedó admirada con la elegancia de la fauna y la performance nupcial que estábamos creando con el asunto.

-Pero no es una boda de verdad.

-Que sí, Flora, es de verdad porque es un acto de amor.

-Pero no son novios. No se quieren.

-Claro que se quieren, mira cómo se ayudan y cómo les gusta estar juntos, son amigos desde hace tiempo. Y digo yo, ¿hay algo más hermoso que una persona le pueda dar a otra los derechos de ciudadanía que por sí solo no puede adquirir?

-Bueno, sí. Eso es bonito, Sonsy es muy generosa. Siempre es muy generosa.

-Y Moha también lo es.

-Sí, al final es otra forma de quererse. Más moderna.

-Claro, por eso te digo que hay amor. Anda, vente que nos lo vamos a pasar muy bien. -le dije, y le besé en la mejilla mientras ella me decía que no le apetecía nada agarrar transporte público.

Antes de salir de casa, alguien se dio cuenta de que no teníamos anillos de boda y yo me percaté de que a la novia le faltaban las flores. Así que como era habitual nos repartimos el trabajo: Moha y Rodri se fueron a comprar anillos a los chinos, y yo me fui con Tania a conseguir flores a una floristería cercana.

-Buenos días, queríamos un ramo de flores, es para una novia.

-Ahá, ¿para qué día?

-Para ahora, tenemos que irnos ya a la boda.

La mujer china me miró con ojos súper abiertos de terror. Se veía que estaba pensando, "¿pero cómo me hacen esto?". Yo le dije que no se preocupara, que queríamos algo sencillo y a ser posible barato, como unas margaritas. Creo que no se rió en nuestra cara porque no entendía nada.

Tania eligió unas de hojas rojas para que hiciese juego con los colores anarquistas de la novia, y salimos volando hacia el metro, donde nos esperaban los demás. Moha se fue en coche con Teche, y como suele suceder en los atascos madrileños, llegamos antes que ellos.

Cuando entramos a la sala, la llenamos de color y de gritos. Uno propuso darle la vuelta al cuadro del rey, otro pensaba que lo mejor era quemar la bandera de España, otro que lo mejor sería que alguien se pusiera a hacer el amor en la mesa del juez. Salió una señora, que muy seria nos pidió silencio y anunció la llegada de la jueza. Nos quedamos todos callados como si nos hubiese regañado la profesora en la escuela, y cuando desapareció de la sala estallamos con doble regocijo: Rodri insistía en lo de darle la vuelta al cuadro del rey, que la jueza ni iba a darse cuenta.

Cuando la representante de la ley entró, nos quedamos de nuevo callados como niños buenos. Ella nos echó un vistazo y sonrió. Allí estábamos de testigos Abdulá y yo, mientras Camilo, el verdadero novio de Sonsy, empezó a hacer fotos con su súper cámara.

A mí me dio un poco de miedo que la jueza se diese cuenta de que nosotros éramos punkis disfrazados de elegantes, y que el amor de aquella boda era colectivo. Se lo comenté a Valeria y me dijo que no me preocupase, que la jueza era profesora suya del master en derechos humanos y que en una de las clases sobre el tema de inmigración les contó que el modo más rápido para obtener los papeles era casarse con un español o española. Casualidades de la vida, con lo grande que es Madrid.

La ceremonia fue corta, pero extrañamente emotiva. Se nos salía la risa o se nos aguaba la mirada, sobre todo al final, cuando la jueza los nombró marido y esposa. Estallamos a aplausos y pedimos el beso mientras Camilo, de espaldas a la jueza, bromeaba con los celos que le daban y pedía que dejaran ya el "piquito" que estaba durando mucho. Le dimos las gracias a la señora jueza, que se reía, y salimos de allí a la calle a esperar; repartimos el kilo de arroz comprado y los acribillamos a balazos mientras gritábamos eufóricos "qué vivan los novios".

Nos hicimos fotos de boda (los amigos de la novia, las amigas del novio, etc.), y nos fuimos a tomar unas cañas en el bar de al lado. Brindamos contra la ley de extranjería, por el amor de la amistad, por la desobediencia civil, por la alegría de estar vivos y unidos.

El viaje de vuelta a Lavapiés en metro fue una *loquera*. Era lunes y la gente estaba con cara de lunes. Para nosotros era día festivo y carnavalero, así que estábamos todos como locos en el vagón riéndonos y gritando lo de "vivan los novios". Cuando entró un músico callejero con el acordeón fue el acabóse: nos pusimos a bailar la canción. Todavía me acuerdo de las sonrisas de la gente, agradecida por esa nota de color que le estábamos poniendo al duro día gris de trabajo. Yo me sentía en un no-tiempo, en un no-lugar: estábamos en el metro pero rompiendo todos los códigos, escuchando música en directo, compartiendo la alegría para hacerla colectiva.

El banquete fue en el *Hágale Mijo*, un restaurante colombiano de unos amigos de Camilo. Después de comer bailamos cumbias, flamenco, salsa, música árabe, vals, y se nos unieron amigos y amigas del barrio.

Seguimos la fiesta en la casa, en Ave María, con mucha más gente que se unió a la celebración, en el gimnasio, donde jugamos a escalar, a dar puñetazos al saco de boxeo, a bailar música punk, rock, pop ochentero y baladas románticas para bailar agarrados. La policía llegó, llamó a la puerta y salimos la novia y yo a explicarles que era una boda. No se lo creyó, quizás porque Sony no vestía de blanco y yo iba vestida de putón verbenero.

Cuando nos devolvió los carnets de identidad volvimos a seguir con la celebración. Moha estaba refeliz repartiendo besos y abrazos, sus amigos encantados con la fiesta multicultural, y todos contentos sintiéndonos hermanos y hermanas.

La boda más cristiana del mundo

Otra boda alternativa a la que asistí fue la de Javi y Rocío, hijos de unos amigos de mis padres. Ellos eran miembros del Verbum Dei, un grupo de base católico. Lo que más me impactó del grupo fue que practican los votos de pobreza, lo que hoy conocemos como las prácticas sostenibles, el anticonsumismo, el reciclaje, etc. Nos pidieron que no comprásemos ropa para la ceremonia, que viniésemos en transporte público o coches compartidos, que no gastásemos un duro en nada que tuviera que ver con ellos, y que si queríamos regalar algo fuese algo hecho por nosotros y nosotras. Con nuestras manos, nuestro corazón o nuestra mente.

Cuando llegamos a la finca, me quedé impresionada con la humildad de la capilla: bancos de madera viejos y reparados, un sencillo Cristo tallado en madera, unas flores en el altar. El cura era joven, guapo y mulato, y tan encantador... en lugar de regañarnos, de insultarnos o recriminarnos que nunca íbamos a misa, como ha pasado en otras bodas a las que he asistido, se dedicó a hablarnos del amor, y a leernos a Pablo Neruda y a Rubén Darío. El novio iba vestido con un jersey de punto azul y unos pantalones de pana color café, y la novia con un sencillo vestido color salmón.

Durante la ceremonia cantaron canciones a la guitarra de Silvio Rodríguez, Violeta Parra, Víctor Jara, Joan Manuel Serrat, Mercedes Sosa, Pablo Milanés... y todo el rato se habló de amor, de la necesidad de ser generoso, de comunicarse, de tener paciencia, de saber ceder y dialogar, de la igualdad entre mujeres y hombres. Se les veía tan felices a los novios que una no podía sino sentirse feliz también.

El banquete consistió en unas tortillas españolas, jamón serrano, chorizo, lomo, quesos de varios tipos, papas fritas, galletitas saladas, cacahuètes, pistachos, maíz tostado, panchitos, aceitunas, agua, refrescos, cervezas y vino tinto, servidos en platos y vasos de plástico. De postre sirvieron frutas variadas, una tarta de bizcocho de chocolate y otra de queso con arándanos, y todos quedamos ahitos.

Estábamos de pie y eso me resultó más entretenido que la inmovilidad a la que te condena una mesa redonda de la que no te puedes mover en tres horas mientras te sirven y te retiran platos ingentes de comida; yo creo que el derroche de comida en las bodas nos hace sufrir a todos. Allí comimos rico y variado y no sobró apenas. Estando de pie podíamos hablar con todo el mundo, conocer gente nueva, brindar con cualquiera. Los niños gozaron de una gran libertad para corretear por el espacio y nadie los regañaba, daba gusto verles disfrutar de su borrachera de felicidad.

Luego vinieron los regalos y fue fabuloso: dos amigas del novio bailaron unas sevillanas, otros dos amigos tocaron la guitarra y la armónica, una prima bailó danza árabe, otro primo y su novia hicieron un espectáculo de clown que fascinó a la infancia, un adolescente muy salado salió a contar chistes de Jaimito, mi papá contó un cuento que se inventó sobre la marcha, mi madre recitó un poema de García Lorca.

La hermana de la novia les regaló unos cuencos de barro para cocinar que había hecho ella misma, la madre del novio les obsequió con sendos collares de semillas diferentes diseñados en exclusiva para ellos, los sobrinos bailaron *break dance* con una coreografía súper trabajada.

La madre de la novia aportó una colcha de ganchillo hecha por ella, el padre de la novia dio un discurso acerca del matrimonio y del amor que sentía por su compañera, nos habló mucho de cómo era su hija, y de anécdotas de su infancia que nos hicieron reír y nos pusieron también al borde del llanto.

El hermano del novio les entregó un cuadro colorido pintado por él mismo y un póster con las caricaturas de ambos, una amiga les regaló una enorme macedonia de frutas y una tarta de galletas de chocolate, el tío del novio bailó claqué para todos nosotros, la tía les regaló un dvd de música variada seleccionada por ella misma, una niña les dio un dibujo hecho por ella y otra niña tocó "Noche de paz" en una flauta, y luego se juntaron todos los niños para cantar una canción de los dibujos animados de *Dartacán y los tres mosqueperros*. Mi hermana y yo les hicimos una parodia de la canción "Yo te amo" de Rocío Jurado, cantada en playback.

El novio hizo un truco de magia con una niña de voluntaria, y la novia agarró su guitarra y se puso a cantar canciones populares que todos seguimos y que nos hicieron pasar un buen rato. Nos fuimos a casa felices de haber compartido un día tan especial con gente desconocida.

Juan y Jimmy

La boda de Juan y Jimmy también fue súper especial. Para muchos de nosotros era la primera boda gay, y hasta el concejal que les casó comenzó la ceremonia muy emocionado. Era su primera boda gay, e hizo un canto precioso a la ley del matrimonio igualitario, los derechos humanos y el amor. Mis amigas Gema y Virtu salieron a leer escritos suyos hablando del amor que sentían por Juanito y lo felices que eran de verle feliz.

Estaba toda la familia de Juanito, que había viajado desde Andalucía y vestía sus mejores galas: las tías de Juanito se emocionaron hasta el llanto cuando el concejal les nombró marido y marido. La familia de Jimmy vive en Latinoamérica, pero de algún modo estaban también presentes.

Me encantó estar en el bar y ver la naturalidad de los camareros sirviendo en una boda gay: todo era tan maravilloso que se me hizo un nudo en la garganta pensando en la cantidad de gente que hay en todo el planeta que no puede hacer lo mismo. Pensé en todas las mujeres lesbianas y varones homosexuales asesinados o golpeadas por la homofobia y la transfobia de nuestros mundos patriarcales, e hicimos un brindis en nuestra mesa por el derecho de todo ser humano a amar y a desear con libertad.

Jimmy estaba radiante y nos contó que iba a empezar a trabajar en una peluquería maquillando, así que la alegría fue doble. Se me escaparon las lágrimas pensando que tenían todo el futuro por delante, y que se merecían ser felices.

No quise teorizar, solo dejarme invadir por la alegría de los novios, y disfrutar del momento histórico. Contrariamente a lo que hace cualquier pareja de recién casados, que es resistir el cansancio hasta el final, los dos se fueron a dormir la siesta tan a gusto. A mí me apreció una irreverencia, pero lo cierto es que las bodas no son el momento más propicio para disfrutar de los novios, sino más bien de la familia y los otros amigos de los novios. Y eso hicimos todos, embriagarnos de amor colectivo.

Helen e Isabel

La boda más íntima en la que he estado ha sido la de Isabel y Helen. No definimos la realidad para hacerla real: no se habló de que estábamos en una boda. Nadie dijo que aquello fuese una celebración matrimonial, pero yo lo sentí como una boda romántica a más no poder.

Nos reunimos unos cuantos amigos a comer en mi casa del pueblo. Estuvimos paseando y tomando el aperitivo al sol de la playa en el pantano, y aunque hacía frío, se sentía riquísimo el viento y sol, y la buena conversa, y los abrazos que nos dábamos de pronto.

Estábamos ebrias de alegría por el reencuentro después de un año sin vernos. En casa nos esperaba un enorme cocido madrileño (me quedó riquísimo) y unos vinos tintos al calor de la estufa de leña en el salón. Después de comer, a la hora del café y los dulces, Isabel comenzó a contarnos la historia de su vida. Ya les conté en el prólogo lo feliz que me siento cuando alguien habla desde el corazón y se comparte con el resto sin su máscara de protección.

Me encantó la generosidad con la que desnudó su alma. Además de hablar desde lo más profundo de su ser, es una grandísima narradora de cuentos. Su discurso estaba plagado de imágenes locas, comentarios graciosos, momentos dramáticos, estampas felices.

Nos habló de su infancia y nos moríamos de la risa. Vibramos todas cuando nos contó ese momento en que te das cuenta de que eres lesbiana, y lo que supone eso como punto de inflexión en tu vida. Nos detalló sus primeras experiencias, sus primeros miedos y gozos, sus amores. Nos sentimos dichosas cuando nos contó de la aceptación de su familia y su entorno más cercano.

Isabel nos hizo sentir mil cosas con esta narración biográfica tan sincera, nos puso románticas, y nos hizo reír mucho. El momento al borde de las lágrimas fue cuando llegó a contarnos como conoció a Helen y cómo se hicieron amigas, y cómo surgió poco a poco el amor entre ellas sin que pudieran darse cuenta, y cómo estalló la cosa. Nos contó con lujo de detalles cómo vivieron esa liberación, y finalmente, lo feliz que estaba siendo con ella.

Isabel hizo toda una declaración de amor hacia su chica que nos derritió a todas por dentro. Porque a ella siempre le gusta hablar de su relación con Helen, y es muy cariñosa con todo el mundo. En aquel momento estaba tan inspirada, estaba tan llena de la dulzura y la pasión que sentía por ella, que sin darse cuenta llegó la Gran Declaración de Amor, que nos dejó mudas y nos detuvo en el tiempo.

Yo sé que Helen no lo olvidará jamás. Porque a Helen la han amado mucho, pero con tanto valor y tanta poesía, nunca. Isabel es valiente, pero no porque ama a una mujer.

Creo que es valiente porque ama y lo expresa, ama y lo comparte, ama y nos llena de amor a los demás. Ama y se lo dice a su amor en susurros cuando sus rostros se rozan pegados a la almohada, pero también lo grita a los cuatro vientos, y lo publica en facebook, y lo celebra con nosotras.

Y mientras Isabel hablaba, nosotras acompañábamos con bromas y preguntas. Helen reía con timidez porque nunca le ha gustado ser el centro de atención. Aportaba su granito de arena a la narración-declaración de amor de Isabel, le daba detalles para que nos haga volar a las demás, le contradecía cuando no estaba de acuerdo, le mandaba un beso silencioso con la mirada mientras la escuchaba.

Les conté que el primer día que las vi juntas fue por skype. A pesar de la pantalla, pude sentir que esas dos se querían, se lo pasaban pipa, se entendían muy bien. Pero pensé que no era posible haber captado aquello por una pantalla desde el otro lado del charco, por eso no le pregunté a Helen qué onda con Isabel.

Un año después, yo estaba en España con ellas y el resto de la pandilla, escuchando una historia de amor hermosa, y sintiendo que Isabel nos estaba pidiendo la mano de Helen. Yo las miraba absorta, y embebida por la magia romántica que habían creado y que compartían con nosotras.

Lo pasamos muy rico imaginando cómo podría ser su boda, aunque yo las dije que ya estaba siendo, es decir, que se estaban casando, que a veces pasan cosas así en la vida, momentos mágicos.

Terminamos el café y empezamos con el ron y el licor café que me trajeron Uxía y Kasu de Galicia. Escuchando a Isabel y el crepitar del fuego, la vida tenía sentido. Anoheció y seguíamos hablando. De ellas, de nosotros, del amor, del pecado, de la norma, de la diversidad, de las leyes, del género, de los modelos que nos ofrecen a seguir, de los cuentos que nos cuentan. Hablamos del capitalismo, del patriarcado, del erotismo, de los afectos y las emociones, de las bodas y de las utopías emocionales. Hablamos tanto que acabamos cantando y brindando al son de la guitarra mientras caía la noche.

Siempre que estoy con ellas, he percibido ese lazo profundo que puede con todo. Puede con el cansancio, con el estrés, con el miedo, con la estupidez de la cotidianidad, con las manías, con la homofobia de la sociedad en la que viven.

Me siento muy orgullosa de ellas, y también de sus familias, porque aceptan sin peros. Y me siento feliz de saber que podrán casarse cuando quieran, porque ya es legal en España. Y de saber que están disfrutando mucho de la vida, que se dan calorcito en invierno, que se cuidan y se acompañan. Me hace feliz de saber que se comunican, que se apoyan la una a la otra en los malos momentos, que son un equipo frente al mundo, que juntas caminan de la mano, sabiéndose correspondidas. Saben que cuando lleguen a casa alguien las estará esperando con los brazos abiertos. Para llorar, para reír, para analizar, para dar un abrazo largo, para lo que haga falta.

Y siento ese amor que sale de ellas y entra en mí, y en todas las que estamos allí. Qué bonito cuando la gente se junta, se quiere, se cuida, se abre y comparte. Ojalá todo el tiempo que quieran estar juntas haciendo el camino de la vida.

EPÍLOGO

Y vivieron felices, y comieron perdices

La industria nos impone los finales felices con el argumento de que son los preferidos de la gente. Y es cierto que se pasa mejor cuando nos cuentan historias felices de gente exitosa, porque nos ayudan a evadirnos de nuestra realidad y a distraernos de los problemas cotidianos.

Sin embargo, no es casualidad que todas las historias de amor acaben en boda y casi siempre con la frase "y vivieron felices, y comieron perdices". Los relatos acaban aquí porque son el principio de otra historia, probablemente el declive del amor por el desgaste de la convivencia, el peso de los años o la imposibilidad de mantener el pacto de fidelidad después de veinte años.

No nos cuentan el después para que imaginemos la felicidad de los protagonistas en su nido de amor hasta el final de sus días, y para que construyamos nuestras propias metas y sueños en torno a estos imaginarios felices. No nos cuentan qué hay después de las bodas porque no fastidiaría la apoteosis romántica de las celebraciones nupciales y porque nos mostraría la vida tal cual es.

De lo que se trata es de darnos felicidad, no de reproducir la realidad. Ya lo dijo Walt Disney: "*Lo que estoy intentando vender es lo que todo el mundo quiere, felicidad. Eso es lo que todo el mundo quiere, ¿no es así?, un poco de felicidad*".

Ana María Matute, sin embargo, nos cuenta otros cuentos: "*Después del beso, la Bella Durmiente descubrió una suegra infame, un príncipe no tan azul y unos niños no tan indefensos. Es decir, la vida misma*".

La escritora española nos desvela el mito y la artista canadiense Dina Goldstein nos regala unas imágenes que nos cuentan lo que hay después del final. Ella nos muestra en sus fotografías eso que no nos cuentan: que diez años después Blancanieves está hasta el moño de vivir encerrada en el palacio pariendo y hasta los ovarios del príncipe azul, que es un marido y un padre ausente; que Cenicienta se volvió alcohólica en la soledad de su palacio o que la Bella Durmiente se encontró con un viejo cuando despertó después de cien años y no le hizo mucha gracia.

O, como nos contaba Enrique Gil Calvo, el caso de Penélope y Ulises en la posmodernidad: tras el regreso de él, no paran de pelearse. El héroe se encontró con cambios que no podía asimilar: un hijo que no reconoce su autoridad porque no hay vínculo emocional entre ambos después de tantos años, una esposa que se ha convertido en una mujer autónoma acostumbrada a tomar decisiones por sí misma...

También hay finales trágicos que acaban en separación o en muerte, pero no son nuestros favoritos, ni tampoco son los más comunes. Me acuerdo del tremendo dolor que sentí viendo *Los Puentes de Madison*. Pasé una hora y media infernal deseando que ella se fuera con él. Sufrí el final con dolor de mi corazón, preguntándome cómo era posible que esta película tan bonita no tuviera final feliz. Casi no pude soportar la realidad.

Me consolé pensando, bueno, así es la vida. Y de algún modo Meryl Streep podrá amar siempre a su Clint Eastwood porque lo tendrá siempre en la distancia. Ni la convivencia ni la rutina podrá separarlos, me decía yo: se amarán eternamente en el recuerdo.

Esto es una forma absurda de consolarse, lo sé. Pero creo que lo hacemos todos cuando un final no nos convence: imaginamos otros posibles para seguir soñando, esta vez como guionistas o directores de la película.

Se nos da muy bien imaginar felicidades ajenas, pero nos cuesta más construir la nuestra en la realidad de la vida cotidiana, en la que los finales no suelen ser muy felices, porque no sabemos estar juntos y tampoco sabemos separarnos.

Nuestras estructuras amorosas están ya obsoletas, no nos sirven para relacionarnos desde la libertad y el cariño, ni para disfrutar del amor. Nuestros infiernos conyugales no se parecen en nada a los paraísos románticos de las películas... quizás por eso a Hollywood le van más los finales felices que las tormentas de la cotidianidad.

Si se paran a pensar, ¿quién va hoy a ver una película que te recuerde cómo es tu vida y la de la gente que te rodea? La gente paga por ver relatos que le permita vivir otras realidades, asomarse a otras vidas, soñar con otras posibilidades y deleitarse con finales felices. Esta industria que nos vende felicidad romántica tiene tanto éxito porque necesitamos estos relatos mitificados para poder soportar la realidad, que es gratis y bastante más dura que la de los cuentos.

Los cuentos que nos cuentan

La mayor parte de las películas o las novelas se construyen en base a la estructura narrativa del *chico-conoce-chica*. Son siempre los mismos mitos románticos, pero con nombres y rostros diferentes. La historia se repite por los siglos de los siglos: "para poder estar juntos ella ha de esperar y él ha de enfrentarse a los numerosos obstáculos que encuentran en el camino. Después de vencer al dragón/monstruo/comunistas/alienígenas/orcos/terroristas/mafiosos, etc., los novios pueden juntarse, vivir felices y comer perdices".

En la música popular se tocan todos los grandes temas: el amor loco, el amor desgraciado, el amor imposible, el amor adúltero, el amor prohibido, el amor puro, el amor para un ratito. Sin embargo, como la mayoría de compositores y cantantes de éxito son hombres, nuestras canciones están hechas bajo la filosofía de la doble moral. Basta con recordar ciertos títulos de canciones y pasajes memorables, para darnos cuenta que los hombres en su mayoría cantan al desamor y justifican su machismo con tiernas palabras: "Si me quisieras", "Vente conmigo", "Mátala", "Perdóname que yo te amo", "Sin ti no soy nada", "Si tú me dices ven, lo dejo todo", "Muero de amor", "Yo soy tuya y tu eres mío", "La mataré", "Si no eres mía no eres de nadie", "Mala mujer", "No me dejes nunca", "Vete, olvida que existo, que me conociste y pega la vuelta".

En la mayor parte de las canciones de pop, en las coplas, los boleros, los tangos, los *quejíos* flamencos o la rumba, la mujer que no te ama es una ingrata, la que te deja por otro es una cruel desgraciada, la "que no abraza el amor, no merece llamarse mujer". Muchas de esas canciones han sido compuestas por hombres que se quejan de amor y hacen de su doble moral un producto artístico (una es el amor sagrado/compañera de mi vida, esposa y madre a la vez/ y la otra es el complemento de mi vida/ a quien no renunciaré,/ y ahora ya puedes saber cómo se pueden querer dos mujeres a la vez,/ y no estar loco).

Las productoras y las distribuidoras siguen comprando y vendiendo historias basadas en el romanticismo patriarcal, aunque hay mucha gente creando en base a otros esquemas, rompiendo normas narrativas no escritas, *despatriarcalizando* las tramas y los protagonistas.

Los medios, los productores, los inversores y los creadores del siglo XXI invierten mucho en tecnología y efectos especiales, pero no innovan en contenidos, ni apuestan por tramas complejas. Siguen transmitiendo la ideología hegemónica bajo la magia del romanticismo patriarcal, consciente o inconscientemente, porque creen que es lo que la gente pide: relatos entretenidos, emociones fabricadas y *utopías exprés*.

Mientras nos entretenemos en mundos más bonitos que el nuestro, asimilamos las estructuras emocionales sobre las que vamos a construir nuestra identidad y nuestras relaciones afectivas. Las asumimos, las reproducimos y las retransmitimos a la siguiente generación.

Estos patrones emocionales que heredamos fueron contruidos hace muchos siglos desde el pensamiento binario (buenos/malos), pero hoy nos las presentan *modernizadas* desde el *pensamiento único* de la globalización. Los consumimos en forma de relatos y los reproducimos con fidelidad en nuestras bodas, por ejemplo.

Las mujeres somos las que más consumimos historias de amor, ya sean de finales trágicos o felices. Y sin darnos cuenta, o peor aún, dándonos cuenta, asumimos los estereotipos y los roles de género envueltos en esa magia romántica de la feminidad mitificada, la masculinidad hegemónica, y el amor idealizado.

A través de estas historias aprendemos cómo son (o deben ser) las mujeres, cómo son (y deben ser) los hombres, cómo se relacionan (y deberían relacionarse) entre ellos. Los modelos femeninos que nos proponen son siempre los mismos: las chicas *buenas* encuentran esposo y las *malas* solo pueden aspirar a ser las amantes. Hay series de televisión, por ejemplo, en las que seguimos las peripecias de mujeres ricas y ociosas que buscan *desesperadamente* el amor. Hay películas en las que todas las princesitas ponen la misma carita de súplica cuando te dicen pestañeando con coquetería "elígeme".

En Hollywood no se salva ni la valiente protagonista de "Avatar": las chicas se ponen humildes y encantadoras para ser las elegidas. Se dulcifican para ser rescatadas. Se empequeñecen y se victimizan un poquito para ser objetos de amor. Han estado años esperando con paciencia la llegada del príncipe azul, que está resolviendo sus asuntos y encontrándose a sí mismo antes de "entregarse" a la dama. Así que cuando llega el momento, las princesas tienen que mostrarse agradecidas y felices.

El peso de la cultura hegemónica en la construcción de nuestras emociones y afectos, afortunadamente, no es absoluto. Son cada vez más las películas, canciones, novelas, etc. en las que la diversidad no se simplifica para ofrecer productos sencillos de engullir, sino que se utiliza como fuente de inspiración y como apuesta política para visibilizar todo lo que está en los márgenes y las periferias de los grandes grupos de comunicación.

En la nube digital se multiplican las propuestas narrativas innovadoras, completamente alejadas de la ideología homofóbica y machista que recorre la mayor parte de nuestra producción artística, cultural e informativa. La gente se une para crear sinergias y crear procesos artísticos colectivos *on line*, yo no dejo de maravillarme navegando por estos canales virtuales en los que podemos compartir cultura e información de una forma tan horizontal.

El reto que tenemos para el presente es *viralizar* nuevos contenidos a la vez que surgen nuevas estructuras narrativas. Otros retos son diversificar las fuentes creativas, apostar por nuevas tramas, abrir el espacio a la diversidad sexual y afectiva, dar voz a aquellos que nunca son protagonistas de las tramas narrativas, visibilizar a nuevos creadores y creadoras que luchan por mostrar sus trabajos y por llegar al gran público.

El patriarcado en nuestras venas

Nuestros modelos de pareja son capitalistas y patriarcales. Las referencias culturales o la realidad social nos muestra un mundo de hombres y mujeres que se relacionan desde la idea de la propiedad privada y desde las jerarquías de género. Y así es como aprendemos nosotros también a relacionarnos.

Por eso hay mujeres a las que les gusta sentirse propiedad de un hombre, y hay hombres que necesitan sentirse superiores a otros hombres y a las mujeres. Se nos educa para que unas se pasen la vida suspirando por tener un marido o ser la *esposa de*, y para que otros se pasen la vida disfrutando de su libertad hasta que decidan sentar la cabeza.

A unas se nos enseña a llevar un hogar y a asumir todas las responsabilidades domésticas, y a los otros no se les enseña ni a hacer un huevo frito. De ahí las luchas de poder y la violencia (psicológica, física, emocional) que se desatan en el seno de las parejas. Reproducimos en nuestras relaciones la lógica hegeliana del amo y el esclavo, por la división de roles en la pareja, y por la idea que nos venden de que los hombres y las mujeres somos diferentes, y por lo tanto, complementarios.

Nosotras tenemos la sensibilidad, ellos la fuerza bruta. Nosotras somos tiernas, ellos son valientes. Nosotras somos buenas en la cocina, ellos en los negocios. Nosotras somos buenas madres, ellos buenos guerreros. Ellos se hacen las heridas, nosotras las curamos. Ellos traen los alimentos, nosotros los cocinamos. Y así hasta el infinito...

De aquí vienen, creo, las relaciones marcadas por el pensamiento binario que nos divide en dos grupos opuestos cuyos miembros se complementan. Esta dicotomía de dos opuestos que se complementan, con el tiempo, da lugar a esos infiernos en los que la gente se atrapa durante décadas y que se van calentando hasta extremos insoportables con millones de reproches, reclamos, peleas, luchas de poder, estrategias de control o de liberación. El sufrimiento por amor empeora por la dependencia mutua, los adulterios de cada uno, la doble moral, la sobrecarga laboral y doméstica, la incomunicación, la rutina, las infidelidades, las dependencias, las mentiras, el miedo al abandono...

Son muchos los motivos por los que sufrimos el amor en vez de disfrutarlo, pero sin duda el peso del patriarcado recae con más fuerza sobre nosotros. A ellos les educan para que le den la importancia justa al amor, para nosotras es el gran tema.

Yo pienso que se acumula mucho rencor cuando ellas, entregadas, sufridas y generosas lo dan todo, y cuando ellos, huidizos y hedonistas, evitan situaciones, guardan sus secretos, eluden preguntas o escapan a la mínima que pueden. O viceversa.

Otro factor que nos separa y nos desencanta es la sobrecarga de trabajo que sufre un miembro de la pareja cuando el otro se desentiende de las tareas comunes. La división tradicional de roles no es solo una característica de las parejas heterosexuales. También las parejas no heterosexuales dividen los roles y reproducen los mismos esquemas patriarcales para relacionarse. Esto quiere decir que tu grado de machismo no depende tanto del género ni de la orientación sexual. Más bien depende de lo interiorizado que tenga una el patriarcado, a nivel consciente e inconsciente.

No nos salvamos del virus patriarcal ni las feministas ni las punkis ni las hippies ni las comunistas ni las ecologistas ni las lesbianas ni las bisexuales ni las activistas sociales. Tenemos todos y todas ahí inserto el patriarcado en nuestras venas, por los cuentos que nos contaron desde pequeñas.

Aunque estemos ya hablando, reflexionando y escribiendo sobre los cuerpos, la sexualidad y las emociones, el trabajo que nos queda por hacer es ingente. El cuestionamiento intelectual del patriarcado no es suficiente para acabar con él. Sólo habrá cambios cuando, además de los logros políticos y económicos, trabajemos individual y colectivamente por la transformación de nuestra formas de relacionarnos sexual y afectivamente. Tenemos que liberarnos de las dependencias, los miedos, los egoísmos y otros muchos patrones sentimentales que nos hacen sufrir tanto. Hay que trabajarse las emociones para poder liberarse de las contradicciones entre nuestros sentimientos romántico-patriarcales y nuestros discursos feministas. El patriarcado aún late con fuerza en nuestro interior, aunque a veces sentimos que hemos avanzado mucho en el tema del empoderamiento, la sororidad, la autonomía e independencia de las mujeres.

Hemos avanzado mucho, pero no hemos resuelto apenas. Seguimos sufriendo por amor, seguimos buscando príncipes azules, seguimos construyendo infiernos conyugales, seguimos dependiendo emocionalmente de los demás... creo que sólo poniendo todo esto en común y hablando sobre los problemas que creemos individuales, podremos avanzar colectivamente en la lucha por un mundo mejor.

Entre las múltiples acciones que podemos llevar a cabo para esta necesaria transformación, creo que es fundamental cambiar nuestra cultura. Tenemos que visibilizar historias de vida que nos muestren la diversidad de nuestra realidad social y apoyar las producciones culturales que van más allá de las etiquetas. Tenemos que reciclar las estructuras narrativas tradicionales y abrir el abanico de posibilidades tanto como nos permita nuestra imaginación.

No sé cuánto tiempo hace falta para que la gente renuncie a sus privilegios y obligaciones de género, ni tampoco cuánto tiempo tardan nuestros corazones, nuestros genitales, nuestras fantasías y nuestros cerebros en asimilar todos estos cambios.

Creo que es un trabajo continuo, colectivo, y apasionante. Tenemos que trabajárnoslo, individual y colectivamente, en la cama y en las calles, en los congresos y las asambleas.

Por qué es tan difícil quererse.

Empecé el libro hablando de lo alegres que son las celebraciones humanas, del lado más divertido de las bodas, del teatrillo que montamos cuando jugamos a la realidad en la infancia, y de las anécdotas curiosas de las bodas tradicionales y de las alternativas.

Sin embargo, aunque nos casemos mucho, el amor hoy en día es un tema difícil: pueden preguntar a los millones de psicólogos, terapeutas, psiquiatras, sanadores y chamanas que tratan de responder a las preguntas de sus pacientes: ¿cómo puedo hacer que se enamore otra vez de mí?, ¿por qué es tan difícil quererse?, ¿dónde puedo encontrar a mi media naranja?...

Lo sorprendente es que dedicamos muchos fondos a estudiar fenómenos como las auroras boreales, pero no nos parece interesar mucho los porqués de estas relaciones conflictivas. Para poder conocernos mejor como especie, creo que es esencial analizar los ritos y los mitos románticos; nos ayudará a entender porqué nos organizamos de dos en dos y por qué sufrimos tanto por amor.

Es en la cultura donde se construyen los sentimientos y sólo estudiándola a fondo podremos idear herramientas para mejorar nuestras relaciones sexuales, familiares, amistosas, sentimentales, vecinales o laborales. Y de paso, también, mejorar las relaciones entre instituciones, entre colectivos, entre países y continentes.

Creo que el principal escollo que tenemos para relacionarnos con alegría y amor, son las jerarquías. Esa manía que tenemos de etiquetarnos y organizarnos piramidalmente para diferenciarnos y discriminarnos unos a otros es lo que produce las divisiones del nosotros vs. *los otros*.

La desigualdad es uno de los grandes obstáculos a la hora de relacionarnos entre nosotros con amor. Las etiquetas que nos diferencian sirven para discriminarnos, porque nos colocan en un bando u otro del género, en una determinada clase socioeconómica, en una religión concreta, en una etnia, en una orientación sexual.

Las dependencias mutuas y la necesidad de tener pareja al precio que sea también nos impiden ser felices, creo, porque nos saca el sádico o el masoquista que todos llevamos dentro. Por miedo a la soledad la gente hace barbaridades, y desde mi punto de vista, resulta altamente antierótico a la hora de relacionarse con alguien. Además, la necesidad y la dependencia desequilibran a todas las parejas: es muy complicado amar a alguien que no tenga un mínimo de autoestima, alegría de vivir y autonomía para caminar por el mundo.

Otro gran escollo para el amor en nuestros tiempos modernos y posmodernos creo que es el individualismo. Yo he sido una persona muy afortunada porque tengo muchos amigos y amigas a los que adoro, algunos los conservo desde la infancia, otros desde la adolescencia y otros surgieron ayer. Cuido a mi gente y valoro mucho mis relaciones afectivas, y nunca me ha supuesto ningún problema compaginar esta red con una pareja.

Pero conozco a muchos que se aíslan en nidos de amor que devienen en infiernos conyugales tremendos. A menudo están cansados por la falta de aire fresco, la condensación de las tensiones cotidianas, el aburrimiento y la rutina, o el aislamiento. Son muchos los dúos que se sumergen en una suerte de esquizofrenia de amor y odio plagada de putadas y reproches mutuos...

Lo llaman *amor pasional* y no lo es. Desde mi punto de vista, es una pena que no podamos construir relaciones igualitarias exentas de luchas de poder y egoísmos. Seguimos anclados a miedos y emociones fosilizadas por el patriarcado.

Las redes sociales, decía el psiquiatra Guillermo Rendueles, son fundamentales para nuestra supervivencia porque somos animales gregarios que hemos sobrevivido gracias a la cooperación y a las redes de ayuda mutua.

El individualismo es una forma de organización social cuyas consecuencias son toda la serie de patologías compartidas como el miedo a la soledad, la desconfianza hacia el otro, el odio hacia el diferente y la pérdida de la fe en la Humanidad. Siendo la soledad un problema social, es preciso tener en cuenta entonces su dimensión colectiva: si todos nos sentimos solos, habrá que ponerse manos a la obra para recuperar las redes de ayuda mutua que perdimos en las grandes ciudades. Tener buenos amigos y amigas es bueno para nuestra salud emocional, mental, sexual y física.

Nuestra sociedad no es muy proclive ni al amor, ni a la amistad: no podemos dedicarle tiempo a la gente a la que queremos por la tremenda cantidad de horas que dedicamos a trabajar.

Conforme avanzan las tecnologías de la comunicación, el neoliberalismo salvaje va empequeñeciendo nuestros núcleos afectivos, sobre todo en los mundos urbanos, cada vez más individualistas.

El poco tiempo y espacio que nos sobra después de dormir y producir hace que mantener las redes de afecto, cariño, solidaridad, cooperación y disfrute sea difícil. Y expandirlas casi imposible.

Quizás por esta falta de tiempo y por el eterno cansancio la gente se encierra cada vez más en dúos pasionales y descuida sus relaciones sociales y afectivas. Es normal si pensamos que vivimos en una sociedad que da más importancia a la productividad que a las personas. Es una sociedad que nos individualiza para tenernos casi en exclusiva: trabajamos, llegamos a casa, trabajamos en casa, descansamos para poder seguir trabajando. Nuestros relojes pasan veloces porque nuestros horarios están marcados y llenos de cosas.

El momento del amor es por la noche, una vez cumplidas todas las tareas del día. Esa hora en que una siente morir de cansancio. O los fines de semana, que usualmente están llenos de obligaciones de uno u otro tipo que no permiten disfrutar de la vida lentamente.

Pocas son las parejas que se desconectan del mundo, por ejemplo, para estar toda la tarde haciendo el amor.

Y este es el principal escollo: dedicamos demasiadas energías a la producción, para que otros se enriquezcan con la fuerza de nuestro trabajo.

En nuestras sociedades occidentales no hay tiempo para el amor: ni para el de pareja, ni para construir redes de amor colectivo en el vecindario o en el pueblo. Y sin embargo, la soledad nos mata. Necesitamos llenar nuestro vacío con compañía y sabemos que el efecto del abrazo de nuestra gente querida es más potente que los antidepresivos, que una charla profunda es mejor que cualquier ansiolítico, que una noche de amor cura todos los males del alma, que una tarde de trabajo compartido con la gente del barrio es más potente que una tarde de chat por internet.

Pero nos hacen creer que la gente en general es *pura mierda*, y que la solución a nuestros problemas pasa por encontrar a una sola persona que colme todas nuestras necesidades afectivas y de ocio. Una *media naranja* que nos haga sentir que nunca más estaremos solas o solos.

La realidad es que tampoco tenemos mucha suerte en esto. El mercado de princesas y príncipes azules está fatal. Las quejas ilustran muy bien lo que está pasando: "son todos gays", "los mejores están casados, solo quedan *Peterpanes* eternos con miedo al compromiso", "solo quedan mujeres conflictivas que buscan atarte como sea", "son unas estrechas", "son unos inmaduros", "todos son iguales".

Nos debatimos entre la ilusión romántica y la decepción permanente. Nos enamoramos y nos desenamoramos, nos buscamos y nos encontramos, nos pasamos meses sin tener relaciones o nos zambullimos de pleno en sucesivos romances fallidos. Y a pesar de todo, seguimos pensando que algún día podremos encontrar a alguien maravilloso con la que poder formar un lindo hogar.

Mientras llega la media naranja, unos comen mandarinas y otros siguen esperando bajo el convencimiento de que la vida les regalará un amor de película. Estos que esperan solos y solas son incapaces de apreciar a la gente que tienen alrededor. Cuanto más aislados estamos del vecindario o del entorno, más nos cuesta relacionarnos y más difícil es encontrar gente interesante.

Por eso las buscamos en comunidades virtuales de solteros y solteras que buscan pareja por Internet, en foros para ligar con desconocidos, en empresas que organizan excursiones y actividades para *singles*, en concursos de televisión.

Como decía Fromm, el amor es difícil en la era de la soledad. Los índices de bodas no miden los niveles de amor y el enamoramiento correspondido es un suceso extraordinario. Estamos muy solos y solas, y a menudo la gente disponible para buscar pareja que tenemos alrededor no nos convence, no nos excita, no nos encaja en el modelo idealizado de príncipe azul o princesa rosa.

Sí, la gente se casa, pero a veces lo hace extasiado por la borrachera erótica, o por inercia social, por resignación, o por necesidad económica. Nos cuesta querernos con generosidad, en el fondo, y en esta era del narcisismo la gente lo que anhela es que la quieran.

Nos gusta sentirnos especiales y nos frustra mucho no poder conocer a alguien tan especial como nosotros. Esto se aprecia claramente en las redes sociales, en las que siempre se habla de los demás como gente envidiosa y malvada que te critica y murmura sobre tu vida sin saber. Esa *mala gente* te roba el novio, te rompe el corazón o juega con tus sentimientos. Nosotros siempre somos los *buenos*, las *buenas*. Y si nos volvemos *malos* o *malas* es porque nos han hecho daño.

Hay mucho miedo a los demás, mucha desconfianza a los otros. Por eso cerramos el pestillo en el coche, echamos las llaves de la puerta al entrar o no nos quitamos el bolso de encima en una reunión social. Pensamos que los demás pueden robarnos, criticarnos, amenazarnos, violarnos, secuestrarnos o humillarnos en público... por eso en los encuentros públicos la gente suele estar tensa hasta que empieza a confiar un poco en los desconocidos.

La cultura individualista promueve el calor del hogar, la seguridad de las rejas y las alarmas, los recintos cerrados y exclusivos, los rayos infrarrojos de los aeropuertos y el miedo al diferente (de piel, de religión, de aspecto, de orientación sexual, de nacionalidad o etnia, de clase económica).

Este miedo al otro es común en nuestra especie, por eso somos tan guerreros. Nos da miedo el futuro, la muerte, el dolor, la pérdida, la precariedad, las sequías, las gripes que matan, los desahucios, el desempleo, la soledad. No tenemos herramientas para gestionar colectivamente las emociones, por eso utilizamos la agresión para comunicarnos. Y por esto mismo, creo también que estamos a años luz de poder llegar a sentir que todos los humanos y los habitantes de la Tierra estamos en el mismo barco.

Hay motivos para el optimismo porque son muchas las personas que están trabajando para construir un mundo mejor en las calles y en las plazas.

Las mayorías están dormidas o distraídas, y todo sigue funcionando, a pesar de las crisis y los recortes de derechos y libertades. Las masas se sienten impotentes, asumen la corrupción y la injusticia como parte del sistema democrático, y hacen frente como pueden al deterioro de sus vidas bajo el lema del "sálvese quien pueda".

Quizás por esa sensación de que poco se puede hacer a nivel colectivo, porque aunque se salga a protestar una y mil veces todo sigue igual o empeora, la gente trata de salvarse a sí misma y emplea su tiempo a buscar a un compañero con el que poder pagar las facturas y encerrarse en un nido de confort y seguridad. Necesitamos certezas para sobrevivir, por eso queremos amor eterno y nos comprometemos en público a construirlo unidos.

Aunque no estemos seguros de que vayamos a poder amar eternamente, emitimos la promesa para mostrar nuestra intención de hacerlo. Nos encantan las palabras definitivas como: "siempre", "nunca", "jamás", "para siempre" o "eternamente". Las utilizamos mucho en los ritos sociales, lo que demuestra que nos hacen falta los adverbios de tiempo para sentirnos seguros en un mundo incierto. Y es que la incertidumbre, si lo piensan, es terrible. Puede venir un meteorito a nuestro planeta y aniquilarnos en quince días. Puede caer un rayo, puede venir un terremoto, puede picarte una serpiente venenosa y matarte en diez minutos, puede atropellarte un conductor borracho. Puede que te echen de tu casa porque no puedes pagarla, puede que te echen del trabajo porque hay recortes, puede que estés solo y no tengas a nadie con quien contar para construir una nueva vida.

Por eso creo que buscamos en el matrimonio esa estabilidad y certidumbre que la vida no nos ofrece. Aunque lo mismo que te casas, te descasas (al menos en estos mundos en los que existe el derecho al divorcio), nos gusta hacernos la ilusión de que el amor es para siempre.

Es bien contradictorio que le pidamos al matrimonio que además de darnos seguridad, sea una fuente inagotable de amor y felicidad eterna. Ahí es donde fracasamos, porque queremos unir institución, mito y emociones en una fórmula imposible. Y por eso nos volvemos locos o locas tratando de formar un castillo de naipes que se sostenga en el aire y nos dure mucho.

Para mí la locura es la forma en la que la gente fuerza la realidad para que se adapte a sus deseos. Muchos locos manipulan hasta tal punto la realidad para adecuarla a la suya propia, que pierden la cabeza porque no pueden controlar nada: ni el entorno, ni su interior.

Todos y todas estamos un poco *locas*, y es normal si tenemos en cuenta que aquello que llamamos "realidad" es solo una construcción humana: las fronteras entre la fantasía, la verdad y la mentira, lo correcto, lo incorrecto, lo normal y lo anormal, son ciertamente difusas. Y creo que las utopías románticas vienen a confundirnos todavía más.

No pasaría nada si supiéramos disfrutar del amor sin pedirle que sea la quintaesencia de la felicidad, pero nos cuesta porque nos apegamos a la gente y porque nos creemos los mitos que fabricamos. Además, no tenemos herramientas para gestionar las emociones y tampoco tenemos lo que se diría un arsenal para hacer frente a los cambios.

En las escuelas nos enseñan a reprimir las emociones, pero no nos enseñan a gestionar el miedo. No se reflexiona en torno a las emociones, ni se nos permite expresarlas, por eso a veces nos comunicamos con actos violentos. En las escuelas aprendemos cuándo debemos contenerlas y cuándo podemos mostrarlas.

Cuando nos hacemos adolescentes y adultos, entonces, solo sabemos de represiones y de luchas. No disponemos de herramientas para hablar de nuestros sentimientos con claridad y eso dificulta mucho nuestras relaciones. Nos da miedo desnudarnos, exhibir nuestras contradicciones y angustias, dar información al otro... porque nos vuelve vulnerables.

Los hombres lo tienen peor porque se han pasado toda la infancia aprendiendo a reprimirse y se ven obligados a gestionarse en soledad el llanto o el miedo. A veces no tienen más herramientas que la violencia para expresar este miedo, para imponer su realidad, para controlar lo que se les escapa de las manos.

A las mujeres también nos pasa que nos sentimos impotentes y nos faltan mecanismos para conversar pacífica y tranquilamente mientras se contienen las emociones. Por eso nos peleamos utilizando los gritos, los golpes secos, los llantos. Somos muchas las personas que, ante la falta de herramientas para comunicarnos y llegar a acuerdos, reaccionamos torpe o absurdamente ante los conflictos.

Unos echan mano de la violencia física, otros recurren a la humillación, las amenazas, los chantajes emocionales, los victimismos, las mentiras y traiciones... Aunque dedicamos mucho tiempo a crear estrategias de guerra que nos permitan resolver nuestros problemas y carencias, no nos sirve de mucho tratar de doblegar la realidad y forzarla a ser como deseamos.

Para transformar esta realidad en la que vivimos, tenemos que aprender a hacerlo unidos.

Las instancias educativas se desentienden de la tarea del aprendizaje y la inteligencia emocional, mientras las instancias culturales asumen toda la responsabilidad social y cultural. Ellos se dedican a ofrecernos relatos, siglo tras siglo y en diferentes soportes y formatos, con las mismas estructuras sentimentales y los repetitivos modelos de relaciones idealizadas. Ignoran todas las propuestas artísticas o narrativas que reflejen la diversidad de la realidad y se aferran al modelo dual, heterosexual y monógamo.

De ahí no salen porque a las otras industrias les conviene que todo siga como está. Por eso nos seducen con la magia del romanticismo y por eso las bodas son un símbolo del triunfo del amor. Funcionan como finales felices para invisibilizar el coste que tiene aferrarse a una sola persona. No nos enseñan las consecuencias de caer en las redes de la dependencia emocional: celos, miedo al abandono e infiernos conyugales asegurados. Hay parejas que colapsan sobre sí mismas y se convierten en agujeros negros.

La exaltación de las bodas románticas sirve para vendernos sueños y que adoptemos como metas propias las ajenas. No nos muestran la diversidad sexual y afectiva de nuestra realidad para no escandalizar a los poderes patriarcales, religiosos y capitalistas que nos prefieren organizados de dos en dos, heterosexualmente.

Nos adaptamos a estas pautas impuestas por la cultura con diversos grados de dificultad. Los que no pueden adaptarse son los locos. Estamos bajo el influjo cultural de una utopía colectiva que nos hace creer que a través del amor nos salvaremos de la soledad, de la precariedad económica, de la injusticia social y del vacío existencial.

Además, el matrimonio tiene muchas ventajas: sirve para salir de casa, para integrarse en la sociedad adulta, para obtener cierto estatus y ciertos derechos, y además sale más barato vivir con alguien que solo o sola. En su dimensión narrativa, las magias de las bodas nos ofrecen la plenitud, la fusión de las almas, la armonía, el equilibrio, la estabilidad, la lealtad incondicional, la fuente constante de cariño. En su dimensión terrenal, Hacienda te desgrava si actúas como Dios manda: si te casas, si tienes hijos, si compras vivienda.

Que gays y lesbianas puedan convivir legalmente como cualquier pareja es, sin duda, un gran avance para la Humanidad. Que puedan acceder a los mismos derechos y que el amor homosexual deje de ser delito es un hito histórico. Pero aún queda por ver si el matrimonio igualitario logrará acabar con la homofobia, si podrá transformar nuestras sociedades y eliminar el patriarcado, y queda por ver también cuál es el coste de *heterosexualizar* la homosexualidad para integrarla al sistema.

El debate está abierto: unos piensan que habría que acabar con el matrimonio, y otros creen que lo importante es ampliarlo para que sea inclusivo. Yo pienso que para poder acabar con el matrimonio hay primero que garantizar que todo el mundo pueda acceder a él, pero también pienso que la gente soltera debe tener acceso a los mismos derechos que se obtienen sólo cuando te casas.

Es preciso despatologizar la diversidad cuanto antes y legalizar el matrimonio para todos: así después podremos cuestionar el matrimonio, abrirlo, transformarlo o abolirlo, como nos apetezca. Creo que es importante que todos tengamos los mismos derechos sea cual sea nuestro estado civil o sentimental. Pero hay que despojar al amor de sus opresiones políticas y económicas para hacerlo más libre, más sano y más bonito.

Propuesta subjetiva de transformación del amor y las bodas

Hay que celebrar el amor más a menudo. Deberíamos poder casarnos más veces y poder transformar el matrimonio, dejaría de ser un contrato mercantil para ser celebrado como un pacto de convivencia entre personas que se quieren. Las bodas deberían ser ritos alegres que no nos atasen por razones económicas o políticas, sino que sirviesen para unirnos y desunirnos con libertad.

Porque hay que celebrar el amor todas las veces que hagan falta, con la misma pareja o con diferentes, y no solo una vez en la vida.

Hay que desmitificar el mito del matrimonio y expandir el abanico de posibilidades que se abren cuando dos personas o más deciden celebrar su unión, o declarar su compromiso mutuo en público. Casarse debería ser tan fácil como inscribirse por Internet y después construir la ceremonia a medida de cada pareja. Deberíamos también celebrar con la misma solemnidad y alegría otras ceremonias: aniversarios de amistad, separaciones de parejas que deciden celebrar el final del ratito de vida que han compartido, unión de amores sin sexo, parejas sin más vínculos que los eróticos, o las parejas virtuales que no pueden tocarse y se aman locamente.

Celebrar como una quiera y con quien quiera que estamos vivos, que sentimos cosas, que nos unen redes y alianzas, en definitiva. Diversificar los ritos de unión, ampliar el paradigma de la boda tradicional, representar otras relaciones, otros modos de quererse, otras formas de convivencia, otras redes sociales y afectivas. Esas que jamás encuentran eco en los medios tradicionales si no es para presentárnoslas como excepciones a la norma, extravagancias curiosas o disidencias poco ejemplarizantes.

Desde la cultura y los medios de comunicación, desde las academias y los congresos, desde los debates asamblearios y las luchas sociales, desde los espacios de reflexión virtuales, desde el arte... debemos innovar, destrozarnos los modelos obsoletos, evidenciar la doble moral del patriarcado, ofrecer otros ejemplos, otras tramas, otras situaciones.

Y ahí tenemos la vida misma, repleta de historias de amor silenciadas o invisibilizadas porque no cumplen con las normas morales de nuestra sociedad capitalista. Saquemos a la luz esas historias, inventemos otras nuevas, y aprendamos a querernos desde una nueva óptica.

Trabajar para el bien común nos hace sentir útiles y necesarios, nos sube la autoestima, nos da un sentido a la vida, y mejora inevitablemente nuestras condiciones de vida. Creo que los psicólogos y psiquiatras tendrían menos trabajo si la gente saliese más a las calles y participase en grupos de afinidad para construir algo en común. Está comprobado que la terapia ocupacional y trabajar en causas colectivas mejora la salud mental y emocional de las personas.

Así pues, mi propuesta es que visibilicemos otro tipo de uniones y de ritos nupciales, que amplíemos nuestros círculos afectivos, que sustituyamos la desconfianza por el apoyo mutuo, que celebremos las uniones solidarias y trabajemos unidos por los objetivos comunes.

Tenemos que dar más tiempo y espacio al amor, porque una de las cosas que más merecen la pena en nuestras cortas y precarias historias es poder disfrutar de la vida con la gente que queremos.

Para poder estar bien y construir una sociedad más amorosa es necesario dejar a un lado los miedos que nos mantienen enjaulados y separados, los intereses individualistas y las etiquetas que nos discriminan. Se trata de aprender a convivir en paz con los demás.

Se trata de aprender a querernos más y mejor.

Para así poder celebrarlo más, y mejor.

ANEXO

EL DERECHO UNIVERSAL AL AMOR

Propuesta para la elaboración de la *Carta de Derechos Humanos en el campo de la sexualidad, los afectos y las emociones*:

1. Todos tenemos **derecho a querer y a ser queridos** en este mundo diverso, sin que nadie pueda verse excluido o discriminado por razones de género, orientación sexual, etnia, origen, clase socioeconómica, edad, religión, etc.
2. Todas tenemos **derecho a elegir libremente compañero/a (s)** sin imposiciones sobre el género o el número de compañeros/as. También tenemos **derecho a elegir la soltería** sin sufrir las presiones de nuestro entorno.
3. Todas tenemos **derecho a relaciones igualitarias** donde no exista la división de roles tradicional y en las que podamos repartir las cargas de trabajo de un modo equitativo o equilibrado. Todos tenemos derecho a ser bien tratados y a tratar bien a los demás. Tenemos derecho, pues, a tener relaciones amorosas sanas y bonitas, sin jerarquías ni luchas de poder.
4. Todos tenemos **derecho a iniciar o romper nuestras relaciones amorosas o sexuales con libertad**, por ejemplo cuando no nos apetece continuar compartiendo o conviviendo con la pareja, sin coerciones de tipo legal, económico, social, moral o religioso.
5. Todos tenemos **derecho a controlar nuestra sexualidad** en el ámbito de la reproducción, tener acceso a una educación sexual y emocional, y a métodos anticonceptivos. Tenemos derecho a elegir libremente la maternidad/paternidad, tanto cuando se tiene pareja, como cuando se decide afrontarlo en soledad o en grupo.

6. Todas tenemos **derecho a expresar nuestras emociones en público** o a no expresarlas si no es nuestro deseo. Esto supone también que todas somos libres **para mostrar nuestros afectos en lugares públicos** sin discriminaciones basadas en nuestro aspecto físico, nuestra edad, color de piel, clase social u orientación sexual.
7. Todos tenemos derecho a tener relaciones monogámicas o poliámicas, abiertas o cerradas, efímeras o eternas, y renovar los acuerdos conyugales como nos apetezca o según las circunstancias vitales de cada persona. **Tenemos derecho a inventar**, probar, y buscar nuevas estructuras emocionales al margen de los modelos tradicionales basados en la pareja heterosexual y monogámica.
8. Todas tenemos **derecho a disfrutar de nuestra sexualidad y nuestro erotismo** sin coerciones. Tenemos derecho al placer, a la ternura, al juego y al amor. Y también tenemos derecho a ser respetados/as cuando no queremos tener relaciones sexuales o establecer lazos sentimentales.
9. Todos tenemos **derecho a comprometernos, a no comprometernos**, o a elegir el grado de compromiso de mutuo acuerdo con la o las parejas. También tenemos derecho a celebrar nuestro compromiso con una gran fiesta o en la intimidad; y el derecho, asimismo, a no celebrarlo.
10. Todas tenemos **derecho a formar comunidades amorosas** donde nos unamos con la gente por lazos afectivos, de amor o amistad, sin estar determinados por el parentesco o por la monogamia obligatoria. Podemos elegir vivir con una persona o con varias, fundar una familia con quién nos plazca, y elegir nuestro grado de implicación afectiva o sexual en cada una de nuestras relaciones.

Si deseas el libro en formato físico, visita mi página en Amazon, te lo envían a casa:

<http://www.amazon.com/author/coralherreraagomez>

Si deseas leer otros libros de Coral gratis, visita: Haika Ediciones:

<http://haikaediciones.blogspot.com/>

Haika



ediciones

Blog de Coral Herrera: El Rincón de Haika

<http://haikita.blogspot.com/>